

" EL ANGEL EXTERMINADOR "

Cinedrama de:

LUIS BUÑUEL

Basado en el Script de Luis Alcoriza y Luis Buñuel

"Los Náufragos de la Calle de la Providencia"

UNA PRODUCCION DE:

GUSTAVO ALATRISTE

" EL ANGEL EXTERMINADOR "

Cinedrama de:

LUIS BUÑUEL

Basado en el Script de Luis Alcoriza y Luis Buñuel

"Los Náufragos de la Calle de la Providencia"

UNA PRODUCCION DE:

GUSTAVO ALATRISTE

PERSONAJES:
(Por Orden de Aparición)

| | |
|-----------------------|-------|
| Mayordomo..... | _____ |
| Lucas | _____ |
| Camarero I | _____ |
| Camarero II | _____ |
| Meni | _____ |
| Camila | _____ |
| Marmitón | _____ |
| Pablo | _____ |
| NOBILE | _____ |
| BLANCA | _____ |
| CORONEL | _____ |
| LUCIA | _____ |
| LEANDRO | _____ |
| ANA MAYNAR | _____ |
| SR. ROC | _____ |
| ALICIA ROC | _____ |
| FRANCISCO AVILA | _____ |
| SILVIA | _____ |
| RUSSELL | _____ |
| RAUL | _____ |
| LEONORA | _____ |
| DOCTOR | _____ |
| RITA | _____ |

PERSONAJES:
(Por Orden de Aparición)

Mayordomo
 Lucía
 Camarero I
 Camarero II
 Mari
 Camilla
 Martín
 Pablo
 Noble
 Blanca
 Coronel
 Lucía
 Leandro
 Ana Mayra
 Sr. Rog
 Alicia Rog
 Francisco Avila
 Silvia
 Russell
 Raue
 Leonora
 Doctor
 Rita

Personajes: Hoja # 2.

CRISTIAN
 JUANA AVILA
 BEATRIZ
 EDUARDO
 LETICIA
 Ingeniero
 Mayor
 Abate
 Policía I
 Profesor
 Policía II
 Comisario
 Niño

..... CRISTIAN
..... LUANA AVILA
..... BEATRIZ
..... EDUARDO
..... LETICIA
..... Ingeniero
..... Mayor
..... Abate
..... Policía I
..... Profesor
..... Policía II
..... Comisario
..... Niño

" EL ANGEL EXTERMINADOR "

2 EXT. CALLE PROVIDENCIA. NOCHE,

Aparece la placa con el nombre de la calle que, a estas horas, las doce de la noche, está desierta. Residencias con jardines a ambos lados. Destacamos una de ellas, lujosa mansión rodeada de árboles frondosos con su gran verja de hierro cerrada.

2 EXT. JARDIN. NOCHE,

Desde el interior de la mansión avanza por la avenida que termina en la verja un hombre que camina de prisa. Se detiene para abrir ésta cuando alguien lo llama, alguien que acaba también de salir de la casa y que viene a su encuentro dando grandes zancadas.

MAYORDOMO

¡Hey!... ¿A dónde va Ud.?

LUCAS

(se ha turbado)

Es... sólo un ratito. Voy a dar una vuelta.

MAYORDOMO

(frunciendo el ceño)

Tenemos veinte personas para el "souper". Sólo a Ud. podía ocurrírsele el ir a dar una vuelta ahora.

LUCAS

(confuso)

No había pensado en eso. Quizás tenga Ud. razón. Pero le aseguro que volveré lo antes posible.

El criado abre la verja, más el mayordomo trata de impedirlo.

MAYORDOMO

¡Ud. de aquí no sale!

LUCAS

No lo tome a mal, se lo ruego. Déjeme salir.

El mayordomo lo mira de arriba abajo.

MA YORDOMO

Está bien. Váyase. Y no vuelva a poner los pies en esta casa.

Sin contestar, el criado sale y, después de dudar un instante qué dirección tomar, camina como quien tiene prisa. El mayordomo malhumorado cierra la verja.

3 INT. SALITA. NOCHE.

En el interior de la mansión, este saloncito o salita comunica por medio de una amplia puerta de cristales con el gran salón de recepciones. Empotrado en el muro de la izquierda vemos un inmenso armario de tres cuerpos cada uno con su puerta. Estas, aparecen primorosamente labradas con altorrelieves que simulan escenas bucólicas galantes. Enmarcan las puertas de roble macizo, bien torneadas columnas salomónicas y por encima de los marcos se enredan complicadas hojarascas delicadamente talladas. Este gran armario llega del suelo al techo y de un extremo de la pared al otro.

La puerta de la primera sección del armario está abierta y dentro del mueble, en donde cabe sobradamente, vemos a un camarero, vestido de frac, que está buscando algo. Aparecen en el interior dos tibores chinos de unos ochenta centímetros de altura, un cuadro al óleo, montones de viejas revistas, etc. y unos candelabros de oro de ocho brazos que son los que toma en sus manos el camarero. Sale y cierra la puerta del mueble. Luego pasa al salón por la gran puerta de cristales.

CORTE A:

4 INT. SALON. NOCHE.

Lo atraviesa el camarero y entra en el comedor adyacente. El salón está amueblado con más opulencia que buen gusto.

CORTE A:

5 INT. COMEDOR. NOCHE.

Una gran mesa espléndidamente puesta para veinte personas. Otro camarero da los últimos toques mientras el que acaba de entrar coloca los candelabros sobre la mesa. Ambos comienzan a poner

E. T. CALLE PROVIDENCIA, NOCHE.

Troncosos con su gran variedad de hierro curules.
lados. Destacamos una de ellas, la zona marcada rodeada de árboles
grande de la noche, está destrozada. Residuos con jirafas y camélidos
Apretos la plaza con el nombre de la calle que, a estas horas, las

REV. ARDIN WOOD

la casa y que viene a su encuentro dando grandes saltos.
 En la casa alguien lo llama, alguien que acaba también de salir de
 la casa. Se desliza para arriba. Se desliza para arriba.
 Desde el interior de la mansión avanza por la avenida que termina

OLIGOZYAM
 5. BU av abob Ab ... kohl

...Voy a dar
Es... sólo un ratito...
(se ha tirado)
-LUCAS

MAYOR DOMO
(Tratando al caso)
Tenemos veinte personas para el
"sueño". Sólo a U. podrá ocurrir
dele el fin de una vez más.

que volveré lo antes posible.
tenga Ud. razón. Pero le aseguro
No había pensado en eso. Quisiera
(continúa)
LUCAS

El círculo abre la verja, más el mayordomo trata de impedirlo.

MA YORDOM
Lulu Be apul no katal

Lucas
No le tome a mal, se lo ruego.
Dileme salir.

El mayor como lo mira de arriba abajo.

las bujías. Vemos llegar, todavía agitado por su discusión con Lucas, el criado desertor, al mayordomo.

MAYORDOMO

Lucas acaba de largarse de esta casa. ¿Qué mosca le ha picado? ¿Algún disgusto con Uds.?

CAMARERO I

Con nosotros, no.

CAMARERO II

Nos entendíamos muy bien. Es un buen muchacho.

MAYORDOMO

Pues si no estaba a gusto aquí mejor es que se haya ido.

CAMARERO I

Cuestión de faldas. Quién sabe.

Ahora comienzan ambos a encender las velas.

CORTE A:

6 INT. COCINA. NOCHE.

Por su amplitud y utensilios es la última palabra de la cocina moderna. Se encuentran allí Pablo, el cocinero, su marmitón y dos criadas. El marmitón saca del horno una magnífica fuente de manjar. Pablo está revisando un cisne de hielo, mitad tamaño natural, cuyo dorso ahuecado está relleno de caviar. Una de las criadas, Meni, seca una larga fila de copas de champaña. Se acerca a su compañera, Camila, que está lavando vajilla.

MENI

¡Camila!

CAMILA

¿Qué?

MENI

Por fin, ¿qué hacemos?

MAYORDOMO
Está bien. Váyase. Y no vuelva a poner los pies en esta casa.

En el interior de la mansión, este saliente o salita comunica por medio de una amplia puerta de cristales con el gran salón de recepción. Empotrado en el muro de la izquierda vemos un nicho en el que se sitúan tres cuadros cada uno con su propia. Entre ellos, el más grande, el que está en el centro, es el que representa a Lucas, el criado desertor, con su esposa y sus hijos, en un momento de su vida pasada.

INT. SALITA. NOCHE.

En el interior de la mansión, este saliente o salita comunica por medio de una amplia puerta de cristales con el gran salón de recepción. Empotrado en el muro de la izquierda vemos un nicho en el que se sitúan tres cuadros cada uno con su propia. Entre ellos, el más grande, el que está en el centro, es el que representa a Lucas, el criado desertor, con su esposa y sus hijos, en un momento de su vida pasada.

En el interior de la mansión, este saliente o salita comunica por medio de una amplia puerta de cristales con el gran salón de recepción. Empotrado en el muro de la izquierda vemos un nicho en el que se sitúan tres cuadros cada uno con su propia. Entre ellos, el más grande, el que está en el centro, es el que representa a Lucas, el criado desertor, con su esposa y sus hijos, en un momento de su vida pasada.

CORTE A:

INT. SALON. NOCHE.

En el interior de la mansión, este saliente o salita comunica por medio de una amplia puerta de cristales con el gran salón de recepción. Empotrado en el muro de la izquierda vemos un nicho en el que se sitúan tres cuadros cada uno con su propia. Entre ellos, el más grande, el que está en el centro, es el que representa a Lucas, el criado desertor, con su esposa y sus hijos, en un momento de su vida pasada.

CORTE A:

INT. COMEDOR. NOCHE.

En el interior de la mansión, este saliente o salita comunica por medio de una amplia puerta de cristales con el gran salón de recepción. Empotrado en el muro de la izquierda vemos un nicho en el que se sitúan tres cuadros cada uno con su propia. Entre ellos, el más grande, el que está en el centro, es el que representa a Lucas, el criado desertor, con su esposa y sus hijos, en un momento de su vida pasada.

CAMILA

Lo que tú quieras. Pero en seguida. Ya no aguanto las ganas que tengo de salir.

MENI

Igual me pasa a mí. Ahora, que... ¿dónde va una a ir a estas horas?

CAMILA

(indecisa)

Si: es tarde y hace mala noche.

MENI

Yo tengo una amiga que nos dejaría dormir en su casa.

El marmitón que las ha estado oyendo, interviene.

MARMITON

Si quieren, las acompaño. Yo mismo voy un poco lejos de manera que puedo llevarlas en taxi a donde vayan.

Pablo mira ceñudo a su acompañante.

PABLO

Tú te quedas. Ya te he dicho que me esperes a mí.

El marmitón hace un gesto de resignación y se excusa con las criadas con una sonrisa. Entran en la cocina los dos camareros que vimos en el comedor y uno de ellos va a coger la fuente de plata que sirve de nido al cisne de hielo, pero Pablo lo detiene:

PABLO

Eso va después. La señora quiere que se sirva el guiso antes que nada.

CAMARERO I

Y me lo ha encargado a mí.

CAMARERO II

(riendo)

¡Si: por payaso!

Sonríe maliciosamente y le guiña el ojo al cocinero. Mientras hablaban, las dos criadas han salido de la cocina por la puerta de servicio.

CORTE A:

las niñas. Vernon llega, todavía agitado por su discusión con las
cas, el criado de servicio, al momento.

MAYORDOMO

¡Buena noche de la noche de esta
casas. ¿Qué meses le ha pasado?
¿Alguno de los meses con Uds.?

CAMARERO I

Con nosotros, no.

CAMARERO II

Nos enteramos muy bien. Es un
buen momento.

MAYORDOMO

Pues si no están a punto de irse,
¡por lo que se ve ya!

CAMARERO I

¿Qué hora es, señor?

Ahora comienza a encender las velas.

CORTE A:

INT. COCINA. NOCHE.

Por su simpatía y amabilidad es la única criada de la cocina que
distingue. Se encuentra allí Pablo, el cocinero, en compañía y dos
criadas. El marmitón, desde el horno una magnífica fuente de man-
jar. Pablo está revisando un cazo de hielo, mitad tamaño natural,
cuyo borde alude a un cisne de hielo. Una de las criadas,
Meni, trae una jarra de agua de champagne. Se acerca a su
compañera, Camila, que está lavando vajilla.

MENI

Camila!

CAMILA

¿Qué?

MENI

Por fin, ¿qué hacemos?

ESC. CONT.

7 EXT. JARDIN. ENTRADA DE LA MANSION. NOCHE.

Por la avenida del jardín que comunica con la casa están entrando unos cuantos autos de lujo con choferes de librea al volante. El primero de ellos se ha detenido ya y sus ocupantes, dos señores de frac y dos damas envueltas en abrigos de pieles, descienden de su interior. Quedan hablando animadamente en la escalinata del peristilo esperando, sin duda, a los ocupantes de los otros vehículos.

CORTE A:

8 INT. COCINA. NOCHE.

Las dos criadas vestidas de calle, y una llevando en la mano una maletita, atraviesan la cocina y se dirigen a la puerta que por un pasillo conduce al hall de entrada de la mansión. Ni el cocinero ni los camareros parecen darse cuenta de aquello, ocupados como están en la preparación del servicio.

CORTE A:

9 INT. PASILLO. NOCHE.

(La puerta final de este pasillo, que se supone se abre sobre el hall, debe concordar exactamente con la del Interior Natural.)

Vienen las dos criadas caminando de prisa y una de ellas abre la puerta que da al hall, pero, casi inmediatamente, la vuelve a cerrar asustada, haciendo señas a la otra de que no hable.

CORTE A:

10 EXT. HALL. NOCHE. (Interior Natural).

Acaban de entrar en tropel los invitados y los dos anfitriones hablando animadamente: se oye alguna risa cristalina de mujer, alguna palabra suelta dicha en voz más alta por algún hombre. Todos se dirigen hacia la escalera monumental que conduce al primer piso, pero antes de subir, Nobile se detiene y mira a un lado y otro del vestíbulo.

ESC. CONT.

NOBILE

¡Qué raro! No está Lucas. (Se dirige a los que tiene más cerca.)
Arriba nos recogerán los abrigos.

Sin dejar de hablar ni reír, aunque en tono mesurado, la gárrula compañía comienza a subir la escalera.

CORTE A:

11 INT. PASILLO. NOCHE.

Las criadas con la oreja pegada a la puerta oyen alejarse las discretas voces de los invitados.

CAMILA

Ya deben estar arriba. A poco nos agarran.

MANI

La verdad... Eso de irnos así...

CAMILA

Haberlo pensado antes. ¡Vamos!

Abren la puerta y salen al hall.

CORTE A:

11 A EXT. HALL. NOCHE. (Interior Natural)

Sale Camila y a continuación la otra. Pero apenas dan dos o tres pasos hacia la puerta que conduce al jardín, vuelve a oírse la algarabía de voces, esta vez más ruidosa y mezclada con risas, y que proviene precisamente del jardín y no del primer piso, en donde ya debían estar los invitados. Apenas si tienen tiempo de volverse a meter en el pasillo y cerrar la puerta.

Vemos desembocar en el hall, llegando del jardín, el mismo idéntico tropel de gente de mundo e incluso Nobile, el anfitrión, vuelve a detenerse y a repetir las mismas palabras:

NOBILE

¡Qué extraño! ¿Dónde se habrá metido Lucas? Vamos. Arriba nos recogerán los abrigos.

EXT. JARDÍN. ENTRADA DE LA MANSIÓN. NOCHE.

Por la avenida del jardín que comunica con la casa están entrando unas cuantas parejas de lujo con chales de lince al volante. El primero de ellos se ha detenido ya y sus ocupantes, dos señores de lino y dos damas envueltas en abrigos de pieles, descienden de su interior. Quedan hablando animadamente en la escalinata del portón esperando, sin duda, a los ocupantes de los otros vehículos.

CORTE A:

INT. COCINA. NOCHE.

Las dos criadas vestidas de calle, y una llevando en la mano una maleta, atraviesan la cocina y se dirigen a la puerta que por un pasillo conduce al hall de entrada de la mansión. En el comedor, al fondo, los camareros parecen darse cuenta de aquello, ocupados como están en la preparación del servicio.

CORTE A:

INT. PASILLO. NOCHE.

(La puerta final de este pasillo, que se supone se abre sobre el hall, debe concordar exactamente con la del Interior Natural.)

Vienen las dos criadas corriendo de prisa y una de ellas abre la puerta que da al hall, pero casi inmediatamente, la vuelve a cerrar sin mirar, haciendo señas a la otra de que no hable.

CORTE A:

EXT. HALL. NOCHE. (Interior Natural)

Acaban de entrar en tropel los invitados y los dos señores hablando animadamente; se oye alguna risa cristina de mujer, algunas palabras sueltas dadas en voz más alta por algún hombre. Los dos se dirigen hacia la escalera monumental que conduce al primer piso, pero antes de subir, Nobile se detiene y mira a un lado y a otro del vestíbulo.

CORTE A:

INT. CASTLE. NOCHE.

Las celadas con la ore a pegada a la puerta oyen alavez las di-
crinas voces de los invitados.

La verdad... Eso de limos ñal...
MANI

meter en el patio y cerrar la puerta. Apenas se tienen tiempo de volver a
provisiona precisamente del jardín y no del primer piso, en donde ya
había de voces, esta vez más ruidosa y mezclada con risas, y que
pasos hacia la puerta que conduce al jardín, vuelve a oírse la alga-
ra de Camila y a continuación la otra. Pero apenas dan dos o tres

Vamos demostrar en el ball, llegando del jardín, el mismo idéntico tropel de gente de mundo e incluso Nobile, el refugio, vuelve a detenerse y a repetir las mismas palabras:

MOBILE

ESC. CONT.

85

CORTE A:

12 INT. PASILLO. NOCHE.

Detrás de la puerta del pasillo, las criadas se miran en el colmo de la extrañeza. Una de ellas se pasa la mano por la frente, como si quisiera deshacerse de una pesadilla. La otra se encoge de hombros decidida y abre la puerta.

CORTE A:

12A EXT. HALL. NOCHE.

Vemos salir a las dos criadas, atravesar casi corriendo el hall y desaparecer por la puerta de cristales que se abre sobre el peristilo que da al jardín.

CORTE A:

13 INT. COMEDOR. NOCHE.

La gran mesa del convivio resplandece con el brillo de los metales y el color inmaculado del mantel y las servilletas. El comedor está iluminado solamente por las dieciseis bujías de los candelabros de oro. Sentados a la mesa están los dieciocho invitados de Edmundo y Lucía Nobile, que ocupan las cabeceras. Conversaciones discretas, risillas femeninas, frac, algún smoking, grandes descotes, algún rutilante pendantif. Julio, el mayordomo, termina ahora de servir la última copa de champaña.

Los comensales se sitúan del siguiente modo:

| | | | | |
|------------------------|--------------|-------------------|--------|---------|
| Leticia Raúl Beatriz | Eduardo Rita | Cristian J. Avila | Doctor | Silvia |
| Lucía | | | | Nobile |
| Coronel Blanca Russell | Ana Leandro | Leonora F. Avila | A. Roc | Sr. Roc |

ESC. CONT.

El anfitrión, Edmundo, Marqués de Nobile, tiene unos cuarenta años. Es de porte distinguido, afable y su interés hacia las personas y las cosas se basa más en la educación que en la pasión. Tiene ese aire fino y decadente que aureola a ciertos tipos de la rancia aristocracia. Al hablar lo hace con entonación francesa aunque tiene el buen gusto de no entremezclar en su excelente castellano oraciones de lengua extranjera.

El único comensal que puede competir en pergaminos con Nobile, es Raúl Yebenes, Conde del mismo nombre, tipo perfecto del noble español de "abolengo feudal" y no del "advenedizo potifical". Tiene unos treinta años y fué un amateur apasionado de los "rallies" automóviles en uno de los cuales se fracturó una pierna. Habla en tono hiriente y despectivo y como la de Nobile, su entonación es ligeramente gangosa y afectada.

Edmundo, se levanta de su asiento y toma una copa de champaña en la mano, mirando sonriente a sus amigos, en actitud de brindar.

Los comensales se dan cuenta y a su vez, se van levantando, menos el Coronel y Blanca, la pianista, que se hallan en animada conversación.

BLANCA

(extrañada)

De modo que no es Ud. ni pundonoroso ni heróico.

CORONEL

Detesto el retumbar de los cañones, Blanca.

BLANCA

Entonces, la Patria...

CORONEL

Es un conjunto de ríos, que van a dar en el mar.

Ríen los dos.

LUCIA

(sonriendo)

¡Coronel...!

Este se da cuenta de lo que intenta Nobile y se levanta, copa de champaña en la mano.

CORONEL

¡Ah! Perdón.

13A Nobile levanta su copa.

NOBILE

Por la deliciosa noche que nos
ha ofrecido nuestra amiga Silvia,
con su estupenda creación de la
novia-virgen de Lamermoor.

Silvia, sentada al lado de Nobile, sonríe amablemente y todos beben con ella. En seguida, vuelven a sentarse.

LEANDRO

(en voz baja)

Lo de novia, pase... Pero lo de
virgen...

Ana Maynar, su compañera de mesa, señala a Leticia, con un movimiento de cabeza.

ANA MAYNAR

Lo de virgen le hubiera ido mejor
a la Walkiria.

13B Leticia, vista por Leandro, está desplegando la servilleta con aire impasible. En efecto: Leticia es muy bella y de aire fiero y arrogante.

LEANDRO (off)

¿La Walkiria?

ANA MAYNAR (off)

Si: a Leticia. Yo la nombro así
porque es fiera y... virgen.

LEANDRO

(incrédulo, pero deseando creer)

¡No es posible!

ANA MAYNAR

Dicen que todavía conserva ese ob-
jeto.

Ríen discretamente, pero Leandro lo hace para disimular, pues le ha interesado mucho esa posibilidad.

13C Ya todos han desplegado las servilletas.

LUCIA

Me van a perdonar si altero un poco el orden natural del menú. Comenzaremos por un guiso maltés que, según costumbre en la isla, se sirve como "Hors d'oeuvre". Parece que abre el apetito. ¡Hígado, miel, almendras! Y con salsa muy especiada.

SR. ROC

(desde el otro extremo de la mesa)

¡Delicioso! Lo tomé en Capri... un concierto que dirigí allá hace años...

El mayordomo desaparece por la puerta del buffet, al tiempo que entra el Camarero I con una magnífica y enorme fuente de plata llena del succulento manjar.

LUCIA

¡Como en el teatro! "Precisamente, ahí llega."

14 Todos vuelven sus miradas hacia el sirviente que tiene que recorrer unos cinco metros hasta llegar a la mesa. Avanza unos pasos majestuosamente, pero de pronto da un tropezón descomunal y mide el suelo con toda su longitud, esparciendo por la alfombra el contenido del plato. Incluso llega a salpicar los pantalones de algún invitado con la célebre salsa de especias.

Las conversaciones se han interrumpido, pero casi en seguida se producen diferentes, aunque siempre discretas, reacciones de sorpresa, de risa y aún alguna de consternación. El Camarero muy digno se incorpora, se sacude un poco, se inclina respetuosamente y sale, seguramente a traer algo con qué limpiar el desaguisado.

Lucía, gozosa, observa a sus amigos y se echa a reír. Raúl es el primero en darse cuenta de que el accidente estaba preparado.

RAUL

¡Delicioso, Lucía, realmente inesperado!

170 Ya todos los días... (mirando a los invitados)

LUCIA

Me van a parecer... (mirando a los invitados)
el orden... (mirando a los invitados)
estoy por... (mirando a los invitados)
según... (mirando a los invitados)
ya como... (mirando a los invitados)
que... (mirando a los invitados)
simplemente... (mirando a los invitados)

SILVIA

(mirando a los invitados)
¡Dichosa... (mirando a los invitados)
un... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)

El mayordomo... (mirando a los invitados)
entre... (mirando a los invitados)
llega... (mirando a los invitados)

LUCIA

(mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)

14 Todos vuelven... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)

... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)

... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)

SILVIA

(mirando a los invitados)
... (mirando a los invitados)

Continúa Esc. 14.

Ríe con ella y pronto les siguen los demás.

ALICIA ROC

¿Pero es posible...?

NOBILE

(grave)

Con Lucía todo es posible, amiga mía.

FRANCISCO AVILA

¡Oh, mais... o'est exquis!

SILVIA

¡Divino, Lucía!

El Camarero II entra con el cisne de caviar en sus brazos y comienza a servir.

15 Russell está sentado junto a Blanca Besnault, la gran pianista.

BLANCA

Lucía tiene un "chic" especial.
No todos saben emplear con distinción este tipo de sorpresas.

RUSSELL

A mí no me ha hecho ninguna gracia,

Blanca lo mira con extrañeza y Lucía, que está cerca de ellos, se da cuenta del desagrado de Russell. Se levanta discretamente y va a una puerta que da al "buffet".

16 INT. BUFFET. NOCHE.

Es una pieza pequeña con mesa, frigidaire, armario y aparadores para el servicio del comedor. Lucía acaba de entrar. El mayordomo está allí quitando el collar a un gran oso pardo.

LUCIA

(por el oso)

¡Llegué a tiempo! No lo deje salir, Julio. Al señor Russell no (MAS)

ESC. CONT.

Continúa Esc. 16.

LUCIA (CONT.)

...le gustan las bromas. Vuelva a llevarlo al jardín.

Julio le coloca otra vez el collar al animal. Seguramente es un oso amaestrado con el que Lucía pensaba producir otra sorpresa para "bálsamo espiritual" de sus invitados.

MAYORDOMO

La señora me tranquiliza con esa medida porque hay asuntos graves que requieren la inmediata atención de la señora.

Deja encima de la mesa un gran pandero que llevaba bajo el brazo.

LUCIA

¿Ocurre algo?

MAYORDOMO

Suceden cosas muy extrañas, señora.

Ella hace un gesto de impaciencia.

MAYORDOMO

Los criados están abandonando la casa sin la menor justificación.

LUCIA

No es posible. ¿Por qué? ¿Algún disgusto entre ellos?

MAYORDOMO

Ninguno sabe dar una explicación. Se acaban de ir las dos criadas... más Lucas que abrió la marcha antes. Y ahora parece que el cocinero...

LUCIA

Entonces se trata de una pesada broma.

MAYORDOMO

(sin ironía)

No creo que ninguno de ellos se atreva a imitar a la señora.

Lucía le corta la palabra.

LUCIA

Vamos a ver.

Sale seguida del sirviente por la puerta que da a la escalera de servicio.

CORTE A:

17 INT. COCINA. NOCHE.

Una cacerola sobre el fuego. La leche que contiene hierve y se derrama sobre el fogón. No hay nadie en la cocina para separarla de la llama lo que, sin pérdida de tiempo, efectúa el mayordomo, quien acaba de entrar con Lucía en la pieza.

Por la puerta que comunica con las habitaciones de la servidumbre, sale el cocinero con gabardina y sombrero puesto y trás él, el marmitón, que lleva una gorra y bufanda arrollada al cuello. Al ver a la señora se descubren ambos y el cocinero saluda desconcertado.

PABLO

¡Señora !...

LUCIA

¿Qué significa ésto, Pablo? ¿Se van Uds. ?

PABLO

El caso es que... si, señora. Tengo que irme de prisa a ver a mi hermana. La pobre...

Lucía no le permite terminar.

LUCIA

¡Basta! ¿Qué le sucede a su hermana? ¿Está enferma?

PABLO

Esta mañana no se sentía bien y temo que...

LUCIA

(contiene su cólera)

Pero esto es una locura, un insulto.. ¿Cómo quiere irse en el momento en que mis invitados acaban de sentarse a la mesa?

Continúa Esc. 17.

PABLO

Perdone la señora, pero todo queda a punto para servir a los señores.

LUCIA

¡Paciencia, Dios mío! ¿No se encuentra a gusto aquí?

PABLO

Al contrario, señora. He estado cinco años a su servicio y sólo conservo buenos recuerdos.

LUCIA

Entonces...

PABLO

(con auténtico pesar)

Créame que lo lamento.

Impaciente, irritada, se dirige al marmitón.

LUCIA

¿Y Ud. por qué se va?

El marmitón calla, azarado.

PABLO

Viene a acompañarme en la visita. Mañana a primera hora regresaremos los dos.

LUCIA

No se molesten. Si se van ahora, pueden considerarse despedidos.

PABLO

(suspira)

Daría cualquier cosa por darle gusto, pero... Le ruego que nos disculpe.

El cocinero hace una inclinación de cabeza y seguido del marmitón sale por la puerta que conduce al vestíbulo. La señora queda totalmente desconcertada.

LUCIA

No hay duda: se han puesto todos de acuerdo. Pero, ¿por qué? En fin...

Continúa Esc. 16.

LUCIA

Vamos a ver.

Salí, seguida del viviente por la puerta que da a la escalera de servicio.

COSTE A:

INT. COCINA. NOCHE.

17

Una catatonia sobre el fuego. La noche que comienza a nublarse y se desmenuza sobre el fogón. No hay nadie en la cocina más que el cocinero, que lleva una gorra y botones arrojados al suelo. Al ver a la señora se desconcierta y el cocinero saluda desconcertado.

Por la puerta que comunica con las habitaciones de la residencia, sale el cocinero con garbino y sombrero puesto y tira al marmitón, que lleva una gorra y botones arrojados al suelo. Al ver a la señora se desconcierta y el cocinero saluda desconcertado.

PABLO

¡Señora!...

LUCIA

¿Qué significa esto, Pablo? ¿Se van Ud. y...

PABLO

El caso es que... al señor. Ten- go que irme de prisa a ver a mi hijo. La noche...

LUCIA

¿Qué le sucede a mi hijo? ¿Está enfermo?

PABLO

Esta mañana no se sentía bien y temo que...

LUCIA

(conteniendo la respiración)

Pero esto es una locura, un engaño. ¿Cómo puede irse en el momento en que mi hijo está enfermo de algo?

MAYORDOMO

Permítame insinuar, señora, que el servicio cada día se vuelve más impertinente.

LUCIA

Confío en su habilidad para que continúe el servicio con la ayuda de los dos camareros.

Con aire enojado se va por donde entró, seguida solícitamente del mayordomo.

- 18 Apenas desaparecen, se abre la puerta que comunica con las habitaciones de la servidumbre y entra uno de los camareros poniéndose un abrigo ligero por encima del frac. Seguramente ha escuchado el diálogo entre Lucía y el mayordomo y tenía sus razones para no presentarse. En seguida se une a él el camarero II que va igualmente ataviado para salir a la calle.

CAMARERO II

Debíamos de llevarnos nuestras cosas.

CAMARERO I

Ahora no. Vamos de prisa. Mañana volvemos por ellas.

CAMARERO II

Mañana no nos dejarán ni entrar en la casa. Yo me hago la maleta en un instante. Espérame afuera.

Vuelve grupas y se va otra vez por la puerta de servicio. El camarero I se acerca a una botella de champaña y se sirve una copa. La bebe de un trago y se dirige hacia la calle poseído, como los otros, de una extraña prisa.

CORTE A:

- 19 INT. COMEDOR. NOCHE.

Estamos en el comedor con la mesa desordenada del convivio en primer término. Todos los invitados han pasado al salón, todos menos la bella y fiera Walkiria que, con mirada distraída y gesto

mecánico, está plegando meticulosamente la servilleta.

De la salita de música, adyacente al gran salón - la salita no puede verse desde el comedor - llegan las notas de un piano que está tocando "Los Millones de Arlequín". Al fondo, por el salón, vemos pasar al mayordomo empujando una mesita de ruedas con servicio de champaña y licores.

Leticia se levanta de la silla y contempla un momento la mesa, como buscando algo. No lejos de ella hay un cenicero de oro macizo, grande como la palma de la mano. Lo coge, lo sopesa e, inesperadamente y con gran fuerza, lo lanza contra el balcón haciendo añicos los cristales de una de sus hojas.

CORTE A:

20 INT. SALON. NOCHE.

Raúl y Leandro estaban encendiendo sendos puros. El ruido de los cristales al romperse los hace sobresaltar. Vuelven la cabeza en dirección al comedor.

LEANDRO

(con desprecio)

¡Algún judío que pasaba...!

RAUL

(sonriendo)

No: fué la Walkiria.

LEANDRO

¡Ah! ¡Qué interesante!

Los dos ven a Leticia que ha entrado al salón y después de sonreírles sigue lentamente su camino hacia la salita de música. La mayor parte de los invitados están allí. En el salón, además de Leandro a Raúl, se hallan Eduardo y Beatriz, Cristian y Rita, que forman parejas, bailando, y sentados en un diván, Leonora y el doctor. El carrito se ha detenido frente a ellos y el doctor sirve a Leonora y se sirve una copa de champaña.

LEONORA

Esta noche me siento admirablemente, doctor. He comido con gran apetito. No hay duda. Su tratamiento me ha transformado.

...and the other side of the mountain.

(obrolan)

CONCLUSIONS

1. The Commission has received information from the
 2.
 3.
 4.
 5.
 6.
 7.
 8.
 9.
 10.
 11.
 12.
 13.
 14.
 15.
 16.
 17.
 18.
 19.
 20.
 21.
 22.
 23.
 24.
 25.
 26.
 27.
 28.
 29.
 30.
 31.
 32.
 33.
 34.
 35.
 36.
 37.
 38.
 39.
 40.
 41.
 42.
 43.
 44.
 45.
 46.
 47.
 48.
 49.
 50.
 51.
 52.
 53.
 54.
 55.
 56.
 57.
 58.
 59.
 60.
 61.
 62.
 63.
 64.
 65.
 66.
 67.
 68.
 69.
 70.
 71.
 72.
 73.
 74.
 75.
 76.
 77.
 78.
 79.
 80.
 81.
 82.
 83.
 84.
 85.
 86.
 87.
 88.
 89.
 90.
 91.
 92.
 93.
 94.
 95.
 96.
 97.
 98.
 99.
 100.
 101.
 102.
 103.
 104.
 105.
 106.
 107.
 108.
 109.
 110.
 111.
 112.
 113.
 114.
 115.
 116.
 117.
 118.
 119.
 120.
 121.
 122.
 123.
 124.
 125.
 126.
 127.
 128.
 129.
 130.
 131.
 132.
 133.
 134.
 135.
 136.
 137.
 138.
 139.
 140.
 141.
 142.
 143.
 144.
 145.
 146.
 147.
 148.
 149.
 150.
 151.
 152.
 153.
 154.
 155.
 156.
 157.
 158.
 159.
 160.
 161.
 162.
 163.
 164.
 165.
 166.
 167.
 168.
 169.
 170.
 171.
 172.
 173.
 174.
 175.
 176.
 177.
 178.
 179.
 180.
 181.
 182.
 183.
 184.
 185.
 186.
 187.
 188.
 189.
 190.
 191.
 192.
 193.
 194.
 195.
 196.
 197.
 198.
 199.
 200.
 201.
 202.
 203.
 204.
 205.
 206.
 207.
 208.
 209.
 210.
 211.
 212.
 213.
 214.
 215.
 216.
 217.
 218.
 219.
 220.
 221.
 222.
 223.
 224.
 225.
 226.
 227.
 228.
 229.
 230.
 231.
 232.
 233.
 234.
 235.
 236.
 237.
 238.
 239.
 240.
 241.
 242.
 243.
 244.
 245.
 246.
 247.
 248.
 249.
 250.
 251.
 252.
 253.
 254.
 255.
 256.
 257.
 258.
 259.
 260.
 261.
 262.
 263.
 264.
 265.
 266.
 267.
 268.
 269.
 270.
 271.
 272.
 273.
 274.
 275.
 276.
 277.
 278.
 279.
 280.
 281.
 282.
 283.
 284.
 285.
 286.
 287.
 288.
 289.
 290.
 291.
 292.
 293.
 294.
 295.
 296.
 297.
 298.
 299.
 300.
 301.
 302.
 303.
 304.
 305.
 306.
 307.
 308.
 309.
 310.
 311.
 312.
 313.
 314.
 315.
 316.
 317.
 318.
 319.
 320.
 321.
 322.
 323.
 324.
 325.
 326.
 327.
 328.
 329.
 330.
 331.
 332.
 333.
 334.
 335.
 336.
 337.
 338.
 339.
 340.
 341.
 342.
 343.
 344.
 345.
 346.
 347.
 348.
 349.
 350.
 351.
 352.
 353.
 354.
 355.
 356.
 357.
 358.
 359.
 360.
 361.
 362.
 363.
 364.
 365.
 366.
 367.
 368.
 369.
 370.
 371.
 372.
 373.
 374.
 375.
 376.
 377.
 378.
 379.
 380.
 381.
 382.
 383.
 384.
 385.
 386.
 387.
 388.
 389.
 390.
 391.
 392.
 393.
 394.
 395.
 396.
 397.
 398.
 399.
 400.
 401.
 402.
 403.
 404.
 405.
 406.
 407.
 408.
 409.
 410.
 411.
 412.
 413.
 414.
 415.
 416.
 417.
 418.
 419.
 420.
 421.
 422.
 423.
 424.
 425.
 426.
 427.
 428.
 429.
 430.
 431.
 432.
 433.
 434.
 435.
 436.
 437.
 438.
 439.
 440.
 441.
 442.
 443.
 444.
 445.
 446.
 447.
 448.
 449.
 450.
 451.
 452.
 453.
 454.
 455.
 456.
 457.
 458.
 459.
 460.
 461.
 462.
 463.
 464.
 465.
 466.
 467.
 468.
 469.
 470.
 471.
 472.
 473.
 474.
 475.
 476.
 477.
 478.
 479.
 480.
 481.
 482.
 483.
 484.
 485.
 486.
 487.
 488.
 489.
 490.
 491.
 492.
 493.
 494.
 495.
 496.
 497.
 498.
 499.
 500.
 501.
 502.
 503.
 504.
 505.
 506.
 507.
 508.
 509.
 510.
 511.
 512.
 513.
 514.
 515.
 516.
 517.
 518.
 519.
 520.
 521.
 522.
 523.
 524.
 525.
 526.
 527.
 528.
 529.
 530.
 531.
 532.
 533.
 534.
 535.
 536.
 537.
 538.
 539.
 540.
 541.
 542.
 543.
 544.
 545.
 546.
 547.
 548.
 549.
 550.
 551.
 552.
 553.
 554.
 555.
 556.
 557.
 558.
 559.
 560.
 561.
 562.
 563.
 564.
 565.
 566.
 567.
 568.
 569.
 570.
 571.
 572.
 573.
 574.
 575.
 576.
 577.
 578.
 579.
 580.
 581.
 582.
 583.
 584.
 585.
 586.
 587.
 588.
 589.
 590.
 591.
 592.
 593.
 594.
 595.
 596.
 597.
 598.
 599.

DOCTOR

No hay en ello ningún mérito. Su dolencia era insignificante.

LEONORA

¡Qué música tan conmovedora! Lle
na de nostalgia, para mí. Este fue
mi primer baile con mi primer "flirt"

Lo contempla con expresión nostálgica.

LEONORA

¿Baila Ud., Doctor?

DOCTOR

Nunca lo he intentado.

LEONORA

! Lástima !

Una pausa. Acerca su cabeza a la de él para decirle confidencialmente.

LEONORA

¡Quería que me tuviera Ud. en sus brazos!

DOCTOR

(alarma do)

Me enorgullece que mi paciente se muestre tan cordial conmigo, pero...

No le permite terminar. Sin mirar siquiera si la ven, toma con las palmas de las manos las mejillas del doctor y con suavidad, entornando los ojos, estampa un prolongado beso en sus labios. Por fin el doctor puede respirar.

DOCTOR

(por decir algo)

Transferencia :

LEONORA

(con naturalidad)

Hace tiempo que quería satisfacer ese deseo.

Continúa Esc. 21.

a ellos. La pareja a iniciativa del marido se detiene. El doctor aprovecha la ocasión para levantarse del diván. Russell, fumando un cigarro, se pasea abstraído no lejos de ellos.

DOCTOR

¿Está cansada?

RITA

Gracias. Es Cristian. ¿Qué te pasa?

El, con un ligero gesto de dolor, se toca el estómago.

RITA

Te lo advertí. "No comas tanto, Cristian". La úlcera no perdona.

Cristian extrae una cajita con grajeas del bolsillo, cuando ve que Raúl y Leandro se aproximan.

RAUL

Cristian: permítame que le presente a mi amigo Leandro Gómez recién llegado a nuestra ciudad.

Russell fumando silenciosamente, observa la presentación.

LEANDRO

Encantado.

CRISTIAN

Igualmente.

(Busca algo con la mirada)

Perdónenme. Un momento.

Se dirige al carrito de ruedas para servirse un poco de agua y tomar la cápsula.

RITA

¿Piensa permanecer largo tiempo entre nosotros?

LEANDRO

Por desgracia sólo unos días más.

El vals ha terminado y la pareja de novios se detiene junto a Rita y Leonora, que se une a ellos.

22 Raúl y el doctor han entablado diálogo aparte.

RAUL

(con mundana indiferencia)

¿Qué le ha ocurrido a Leonora?

¿Por qué ese beso tan... apasionado?

El doctor se encoge de hombros con resignación.

RAUL

(bajando la voz)

¿Cómo va lo de su cáncer? ¿Hay esperanza?

DOCTOR

Por desgracia ninguna. No le doy tres meses de vida.

23 Mientras hablaban el doctor y Raúl, se oye de nuevo el piano, pero esta vez manejado por la gran pianista Blanca. Interpreta una sonata de Scarlatti. El doctor y Leonora que lo toma del brazo, Raúl, Eduardo y Beatriz se dirigen a la salita. Quedan únicamente en el salón Russell, Leandro y los Ugalde. Ingerida ya su cápsula se acerca Cristian y al ver a Leandro una gran alegría se refleja en su rostro. Lo mismo le ocurre al otro.

CRISTIAN

¡Leandro!

LEANDRO

¡Querido Cristian!

Se estrechan efusivamente las manos ante la estupefacción de Russell que los vió presentar un momento antes.

CRISTIAN

¡Qué alegría! Les hacía como siempre en New York.

LEANDRO

Pues ya ves. Aquí se quedan.
¡A mal tiempo buena cara!

CRISTIAN

Tenemos que verlos muy a menudo, ¿verdad?

LEANDRO

¡No faltaba más ! Por lo pronto
ven mañana a casa y les regala-
ré una caja.

Cristian parece azararse algo. Tose.

CRISTIAN

(casi en un aparte)

¡Cuidado, que no estamos solos !
Te voy a presentar a Sergio Russell...

El aludido le corta la palabra bruscamente.

RUSSELL

No se moleste. Sigan, sigan pre-
sentándose. Yo no estoy para je-
rigonzas. Con su permiso...

Se dirige a la salita de música. Los otros quedan con la boca
abierta ante lo que les parece un exabrupto de Russell.

CRISTIAN

Este Russell es un excéntrico.

LEANDRO

Debe ser hombre de letras. ¡Allá
él !

RITA

Ahora, si les parece, vamos a oír
a Blanca.

Los tres se dirigen a la salita en donde Blanca interpreta con ex-
traordinaria brillantez a Scarlatti.

CORTE A:

24 INT. SALITA. NOCHE.

Las manos de la pianista moviéndose como con vida propia sobre el
teclado. Abarcamos ahora la totalidad de la estancia en donde se
encuentran los dos anfitriones y sus dieciocho invitados. La mayo-
ría sigue con interés la interpretación de Blanca, pero en algunos
se nota el cansancio producido por lo avanzado de la hora. La sa-
lita de unos siete por siete metros, sin contar el gran armario, es
demasiado pequeña para tanta gente, ya que los muebles abundantes

reducen todavía más el espacio libre. Los canapés y sillones están ocupados por las damas y la mayoría de los hombres permanecen de pie.

El Coronel Alvaro Aranda, junto al piano, consulta disimuladamente su reloj de pulsera.

- 25 El señor Roc, famoso director de orquesta, está sentado con su esposa Alicia en un canapé, haciendo esfuerzos prodigiosos para no cabecear. Alicia tiene sólo veintidos años, es muy bonita y la admiración y cariño que siente por su anciano esposo llega a la idolatría. De pronto la mirada adormecida del señor Roc cobra vida. Sus ojos se fijan en Cristian Ugalde. Este parece seguir atentamente el concierto, pero observándolo bien vemos que su mano derecha hace, con gran disimulo, un gesto extraño. El Sr. Roc se yergue. Seguramente es el único que se ha percatado del gesto misterioso. Y apenas Cristian lo mira le responde con el mismo extraño signo, igualmente disimulado. A continuación, adoptan una expresión indiferente.

- 26 Ana Mayner, de unos treinta y cinco años y tal vez la dama más elegante de las allí reunidas, abre su bolso para sacar un pañolito de encaje. Mientras lo busca, vemos que el bolso contiene algo inesperado e inexplicable: un manojo de plumas de gallina y las dos patas seccionadas del ave. Cierra el bolso y se frota delicadamente las comisuras de los labios con el pañolito.

- 27 Después de un pasaje difícil y brillante, la pianista termina de tocar. Algunos invitados aplauden muy delicadamente y se miran unos a otros haciendo signos de aprobación. Nobile, Silvia y Francisco de Avila se acercan a Blanca que se ha incorporado y agradece con una sonrisa las muestras de admiración. (El diálogo que sigue tiene más importancia de lo que parece.)

SILVIA

¡Qué interpretación deliciosa!

NOBILE

Y qué lástima no disponer de un clavicémbalo. La audición hubiera sido maravillosa.

RAUL

(a Blanca)

Algo más de Scarlatti, Blanca,
se lo suplico.

BLANCA

Les ruego me disculpen. Es
tarde y me siento cansada...

NOBILE

¿Tarde? Estamos en el momento
más íntimo y agradable de la no-
che.

Se han aproximado otros invitados que dan muestras ad lib. del
placer que les ha ocasionado el concierto. Leticia, a dos pasos
de Blanca, ha presenciado, casi con terror, la banal escena. ¿Por
qué terror? Ella misma no sabría explicarlo.

28 Cristian abriéndose paso entre los grupitos, se acerca al Sr. Roc
y le estrecha la mano.

CRISTIAN

¿Quién me iba a decir que el gran
"chef d' orchestre" de fama inter-
nacional era...

SR. ROC

Tengo una gran satisfacción de co-
nocerle bajo un aspecto tan... fra-
ternal.

Cristian mira desconfiadamente a su alrededor, pero nadie se fija
en ellos. Y dice en voz susurrada:

CRISTIAN

¿Qué logia?

SR. ROC

Fuerza Numantina.

CRISTIAN

(por sí mismo)

Columna Sublime. ¿Qué grado?

Roc vuelve a hacer otro complicado gesto, pero casi imperceptible.
El rostro de Cristian se ilumina. Lo mira con respeto. Se in-
clina. En ese momento llega hasta ellos Leandro.

LEANDRO

(a Roc)

Maestro: me complacería mucho
saber su opinión sobre el
"pizzicatto" que acabamos de oír.

A Roc le molesta esta estúpida intervención:

SR. ROC

Sonata, señor, sonata.

Se cree obligado a presentar a Cristian para quitarse de encima al intruso.

SR. ROC

Permítanme presentarles. El Sr.
Ugalde y...

(a Leandro)

¡su nombre, por favor!

LEANDRO

Leandro Gómez. ¡Encantado!

CRISTIAN

(muy frío)

Mucho gusto.

- 29 Los tres quedan callados, molestos. Uno tose... Russell acaba de presenciar esta tercera presentación de los mismos dos sujetos y su cara refleja el estupor que aquello le produce. Se pasa la mano por la frente. ¿Estará soñando? ¿Cómo es posible que aquéllos dos majaderos cuanto más los presentan se conozcan menos? Leticia se acerca a Russell y sonriendo, lo toma del brazo perdiéndose con él entre los invitados.

- 30 Estamos ahora con el grupo formado alrededor de Blanca, la pianista.

BLANCA

Lucía, Edmundo: si me lo permiten desearía retirarme.

LUCIA

No faltaba más, Blanca.

LEONARDO

(a Roc)

Masacra: me compasate mucho
haber en opinión sobre el
"aleatorio" que acasamos de ser.

A Roc le molesta esta estúpida intervención

ROC

Gonata, selet, gonata.

Se cree obligado a presentar a Cristian para que participe de la fiesta

ROC

Terminamos presentando. El Sr.

Ugarte y...

(a Leonardo)

Las señoras, por favor!

LEONARDO

Leonardo Gómez, ¿verdad?

CRISTIAN

(muy tímido)

Buenos días.

Los tres quedan callados, inquietos. Uno tras otro, Leonardo, Cristian y Roc, se acercan a la presentación de los nombres de los señores y señoras. Se pasa la mano por la frente. ¿Están nerviosos? ¿Cómo es posible que aparezcan los invitados cuando más los necesitan se conocen mejor? ¿Por qué se acerca a Roc y Leonardo, la hija del Sr. Gómez, con él entre los invitados.

29

Estamos ahora con el grupo formado alrededor de Blanca, la hija

30

BLANCA

Lucía, Leonardo: es mi hermana.

Milton debería estar aquí.

LUCÍA

No llama más, Blanca.

ESC. CONT.

24

FRANCISCO AVILA

También mi hermana y yo nos "solidarizamos" - ¡quel mot degoutant! - con Blanca. ¡Llegó la hora de irnos!

Francisco, convierte en gutural el sonido de las "erres".

JUANA AVILA

(tendiendo su mano a Lucía)

Nos veremos pronto, ¿verdad?

- 31 Nobile se ha dirigido a la puerta de cristales y busca con los ojos al mayordomo que acude solícito antes que su señor trasponga el umbral.

NOBILE

Disponga el guardarropa, Julio.

MAYORDOMO

Si, señor.

Se aleja a cumplir la orden. Más, ocurre algo extraño. Excepto el pequeño grupo formado por Lucía, Blanca y los hermanos Avila, se diría que los demás invitados no tienen la menor intención de moverse de allí, y siguen ya sentados, ya de pie, charlando.

- 32 Don Alberto Roc duerme beatíficamente alargado en un diván. Su esposa, la tierna Alicia, está sentada a su lado. Llega Nobile.

ALICIA

(por su marido)

Discúlpenlo. Esta noche se sentía rejuvenecido. Hacía tiempo que no probaba el vino y tal vez éso y el cansancio...

NOBILE

Es admirable la resistencia de Alberto. No hay más que verlo dirigir. No sé cómo puede resistir dos horas de tan gran tensión y actividad.

La joven aproxima confidencialmente su cabeza a la de Nobile.

ALICIA

Pues por la noche, cuando nos retiramos a descansar después del concierto, todavía intenta... (guiña un ojo). En ese sentido le aseguro que no tengo queja de él. Al contrario, debo frenarle.

Ha hablado con tan gran ingenuidad que Nobile queda yerto. Y reacciona como hombre educado, poniéndose a su nivel, siguiendo lo que él cree una broma de dudoso gusto.

NOBILE

Entonces... déjelo que siga descansando, no sea que intente...

ALICIA

(ingenuamente)

No, por Dios, Edmundo, no creo que aquí se atreviera...

NOBILE

(azarado)

¡Claro que no! No me expresé bien. Quería decir...

Se miran los dos, confundidos, sin saber como arreglar lo dicho.

CORTE A:

- 33 Silvia y Juana de Avila se levantan del sofá en que están departiendo para que Cristian acueste en él a su esposa Rita, medio desfallecida de cansancio. Cristian les agradece su cortesía con una sonrisa. Lucía acude al darse cuenta de que algo anómalo ocurre.

CRISTIAN

No es nada, no es nada. Se siente algo fatigada. En su estado, es natural.

LUCIA

Ese sueño de Rita es un buen síntoma. ¡Mis felicitaciones!

JUANA AVILA

Este va a ser el cuarto, ¿verdad?

CRISTIAN

No sé, señora. Voy perdiendo la cuenta.

- 34 Lucía parece intranquila. Ha escuchado a Cristian con aire distraído. Se separa del grupo para llegar hasta la puerta de cristales. Blanca, que hace rato debía haberse ido, está todavía allí.

LUCIA

¡Blanca! Creí que ya se había marchado.

BLANCA

Es que me entretuve un instante.

Con ella se encuentran ahora Raúl Yebenes y Ana Maynar.

BLANCA

Nos explicaba Raúl que la fauna de Rumania...

Tiene un sobresalto y reacciona súbitamente.

BLANCA

¡Pero ya es demasiado charla y me retiro definitivamente!

Mira a su alrededor.

BLANCA

¿Dónde habré dejado mi chal?

LUCIA

Un momento.

- 35 Lucía se dirige hacia la pequeña escalinata que conduce a una especie de nicho abierto a un metro del suelo, que viene a ser el estrado en donde se encuentra el piano. El nicho queda enmarcado por un suntuoso cortinón. En efecto: el chal está en una silla que queda oculta por la colgadura. El coronel se ha precipitado detrás de Lucía. Se acerca a ella. Nadie los puede ver. La ciñe y la besa en los labios.

CORONEL

¿Qué pasa que no se van? Son casi las cuatro.

LUCIA

Cuestión de minutos. Aprovecha ahora la confusión de la despedida y espérame en mi recámara.

CORONEL

¿Y Edmundo?

LUCIA

Si se presenta le diré que quería enseñarte el incunable.

CORONEL

¡Buena idea!

Otro peso rápido y Lucía vuelve a descender la escalinata para llevarle el chal a Blanca.

- 36 La actitud de los invitados es desconcertante. No solamente no se van, sino que la mayor parte se han sentado y al no haber sitio suficiente en sillas y sillones, algunos lo han hecho sobre la alfombra. Leandro se alarga sobre la misma, pero vuelve a quedar sentado - porque le incomoda el frac. Se desabrocha sin embargo el cuello de pajarita y se suelta la corbata. Las conversaciones han decaído. Cinco o seis, además de Roc y Rita, duermen pacíficamente.

- 37 Nobile sentado en el brazo de un sillón, muestra una máscara de preocupación. Se le acerca Lucía, que viene de entregar el chal a Blanca. Tiene los labios ligeramente destefidos por el beso que le dió el Coronel.

NOBILE

(en voz baja)

Todo salió perfecto, Lucía, a pesar de...

Nota el desaliño de sus labios y le pasa suavemente el índice por una de las comisuras.

NOBILE

(irónico)

A estas horas hasta el color de los labios se desvanece.

Ella saca un espejito y un lápiz de labios y se arregla mientras el esposo sigue hablando.

NOBILE

Ahora el problema es cuidar de nuestros amigos. Deben de sentirse incómodos.

Nobile se acerca a un interruptor y corta la luz que proviene de la gran araña. La estancia queda iluminada únicamente por una lámpara de pantalla que da al ambiente un tono íntimo y velado. Nobile se dirige al grupo de invitados que están junto a él.

NOBILE

Me agrada la espontaneidad de esta situación. Si desean pasar la noche en casa, vamos a prepararles a todos las habitaciones necesarias. Observo satisfecho que sigue vivo el viejo espíritu de la improvisación.

Al Coronel parece no agradarle nada esa idea.

CORONEL

Es Ud. el anfitrión ideal Edmundo. Pero por mi parte no quiero forzar gratuitamente su amable hospitalidad.

SILVIA

Por desgracia, mañana tengo función de tarde y...

CRISTIAN

Y yo tengo una cita importante a primera hora de la mañana, es decir, dentro de cuatro horas.

Los dos parecen preocupados, pero no hacen nada para irse.

CORTE A:

38 INT. SALON. NOCHE.

El mayordomo ha terminado de recoger algunas copas que deposita en el bar portátil y empuja éste para llevárselo al comedor. Al pasar frente a la salita observa como todos los invitados descansan ya en los sillones o en la alfombra. Se encoge de hombros resignado y antes de entrar en el comedor apaga las luces del gran salón.

NOBILÉ

Ahora el problema es cuidar de
nuestros amigos. Deben de ven-
tirse también.

Nobilé se acerca a un interruptor y con la luz que proviene de la
gran estufa. La estancia queda iluminada únicamente por una lámpa
para la pantalla que da al ambiente un tono íntimo y velado. Nobilé
le se dirige al grupo de invitados que están junto a él.

NOBILÉ

Estos señores se espantan en
esta situación. Si desean pa-
sar la noche en casa, vamos a
prepararles a todos las habita-
ciones necesarias. Querido, va-
mos a ver si alguien vive en la
casita de la improvisación.

Al Coronel parece no acordarle nada en idea.

CORONEL

Es un, el señor ideal Edmundo.
de. Pero por mi parte no quiero
forzar, gratuitamente su amable ho-
pitalidad.

SILVIA

Por desgracia, mañana tengo fun-
ción de tarde y...

CRISTIAN

Y yo tengo una cita importante a
primera hora de la mañana, es
decir, dentro de cuatro horas.

Los dos parecen preocupados, pero no hacen nada para irse.

CORTE A:

INT. SALÓN. NOCHE.

El camarero ha terminado de recoger algunas copas que deposita
en el bar portátil y camina hacia la alfombra. Se encorva de hombros resig-
nado y antes de entrar en el comedor espanta las luces del gran an-
fiteatro.

CORTE A:

39 INT. SALITA. NOCHE.

En el umbral mismo de la puerta de cristales, percibimos a Rus-
sell, al Coronel y al Doctor que se han acercado al ver apagar las
luces del salón. Ya no se oye ninguna conversación, por lo que pro-
curan hablar en voz muy baja, para no molestar a los que duermen.

DOCTOR

Parece que esto va en serio. Es-
tán apagando las luces.

RUSSELL

Ha llegado el momento de tomar
una decisión. Debemos irnos aho-
ra mismo. Si los demás están
ebrios o se han vuelto locos que
se queden.

El Coronel mira hacia adentro y ve algo que lo llena de cólera.

CORONEL

¡Esto es ya intolerable! Si no
fuera por el respeto que debo a
nuestros anfitriones, me gustaría
darle una lección a ese majadero.

40 Se trata de Leandro que se ha puesto de pie y con toda calma y
bostezando, se despoja del frac, chaleco, cuello y corbata.

Le habla a Cristian, que está recostado en el estrecho canapé en
donde duerme profundamente su esposa Rita.

LEANDRO

Estas ropas tan rígidas son pa-
ra las estatuas, no para los hom-
bres; sobre todo a las cinco de la
mañana.

Sin decir palabra, Cristian se incorpora e imita a Leandro quitán-
dose las prendas más molestas. Luego se tiende en el canapé jun-
to a su esposa. Leandro entonces, ocupa en la alfombra el sitio
que queda libre y se pone bajo la cabeza el frac enrollado a mane-
ra de almohada.

- 41 Lo anterior ha sido visto por Nobile y Lucía que permanecían silenciosos en un rincón. Lucía, en voz muy baja dice:

LUCIA

(por Leandro y Cristian)

¿No crees que se están excediendo?

A Nobile le apena aquella situación, pero trata de atenuarla.

NOBILE

Ten en cuenta que Leandro vive en los Estados Unidos. Además, en esta hora en que el cuerpo alcanza la máxima depresión...

LUCIA

Estoy segura de que cuando recapaciten sobre su conducta, se sentirán avergonzados.

NOBILE

(de educación exquisita)

Es seguro y quisiera evitarles ese bochorno. Pongámonos a su nivel para atenuar su incorrección.

Con naturalidad, muy discretamente comienza él mismo a despojarse del frac.

CORTE A:

42 INT. COMEDOR. NOCHE.

El mayordomo que ha retirado de la mesa casi todo el servicio, se quita a su vez el frac y se sienta en el sillón de la cabecera. Bosteza: está cansado por el esfuerzo que ha tenido que desplegar al suplir con su actividad la de los criados desertores. Se sirve una copa de champaña y se la bebe. Luego, cruza los brazos sobre la mesa y apoya en ellos la cabeza. Queda inmóvil, como persona agobiada por el cansancio.

CORTE A:

43 INT. SALITA. NOCHE.

Casi todo el mundo duerme en la salita. O en los muebles o en el suelo, sobre la alfombra espesa y blanda. Juana de Avila descansa

Vemos avanzar silenciosamente a Lucía Nobile entre los cuerpos, cuidando de no pisar a nadie. Al pasar junto al Coronel - el único que aún vela, sentado en el borde del estrado o nicho del piano - se lo queda mirando un instante como diciendo: "Qué le vamos a hacer. Otra vez será". El Coronel, de malísimo humor, baja la cabeza. Ella sigue su camino buscando un sitio donde acostarse, aunque resulta algo difícil, porque sillones y suelo están abarrotados. Ve un espacio aceptable en la alfombra entre Raúl y Leandro, que ya duermen. Duda un momento si acomodarse entre ellos, pero Cristian la toma del brazo amablemente.

Se lo ruego, Lucía. Ocupe mi sitio.

Y Lucía acepta, ocupando su lugar en el canapé, junto a Rita. Cristian se tiende entre los dos durmientes antes dichos.

44 Una mano apaga la única lámpara que dejó encendida Nobile. Las penumbras invaden el silencioso recinto, ritmadas por el metrónomo del reloj de péndulo que hay en la estancia.

45 Vemos moverse en la casi completa oscuridad la cortina que en-
marca el estrado. Los novios están detrás.

(susurrando)

Nuestra primera noche juntos.

Pensar que sólo nos faltaban cinco días.

Se besan. Se tocan ardientemente. Ella lo detiene.

¿Qué hacemos aquí? ¿Cómo no nos fuimos?

EDUARDO

Porque todos decidieron que-
darse.

BEATRIZ

¿Lo encuentras natural?

EDUARDO

La vida es divertida.
(vuelve a besarla)
Y extraña.
(vuelve a tocarla)

BEATRIZ

Casi no puedo tenerme en pie.

EDUARDO

(reacciona)

¡Ven!

El Coronel todavía conserva su frac. A dos pasos de él ha tenido lugar el idilio. Ve como los novios salen de su rincón y se acuestan en el suelo junto al piano. Su exceso de corrección al conservar el frac comienza a molestarle y se lo quita. Mira a ambos lados y no hay sitio más que muy cerca de Beatriz, la novia. Allí se tiende el Coronel. Eduardo al darse cuenta y sin ponerse de pie, pasa por encima de ella e interpone su cuerpo entre el Coronel y Beatriz.

- 46 Leandro tiene los ojos bien abiertos. Se incorpora y queda sentado. mira a su alrededor, como buscando algo que al fin parece encontrar y, levantándose con cautela, se dirige hacia un lado de la salita en donde la Walkiria, sentada en la alfombra, se recoge el pelo para dormir. Leandro, sin dar importancia a su gesto, toma sitio junto a ella, que lo mira frunciendo el ceño. Termina de arreglarse el pelo y se alarga igualmente, dando la espalda al caballero.

Apoyado en una de las jambas de la puerta de cristales se distingue una silueta masculina, la única que a través de las sombras podemos distinguir todavía de pie. Es Sergio Russell. Su rostro expresa una ansiedad indescriptible. Mira el salón, luego a los cuerpos yacentes. Un sudor frío baña su frente. Se diría que quiere irse, pero una extraña indecisión le domina. Termina por sentarse en el umbral, inclinando la cabeza sobre un hombro.

su cabeza sobre el regazo de su hermano Francisco, ambos miran
donde se va.

Vienen avanzando silenciosamente a Lucía Nohia entre los cuerpos,
cuidando de no pisar a nadie. Al pasar junto al Coronel - el único
que aún veía, sentada en el borde del estado o nicho del piano
- se lo queda mirando un instante como diciéndole: "Qué le vamos a
hacer. Otra vez será". El Coronel, de malísimo humor, deja la
cabeza. Ella sigue su camino buscando un sitio donde acostarse,
aunque resulta algo difícil, porque alfonas y suelo están
dura. Ve un espacio disponible en la alfombra entre Raúl y Leandro,
donde ya duerme. Dada su momento se acomodará entre ellos, se-
to Christian la toma del brazo amablemente.

CHRISTIAN

Se lo tengo, Lucía. Ocupa mi
sitio.

Y Lucía acepta, ocupando su lugar en el canapé, junto a Raúl.
Christian se tiende entre los dos durmientes antes dichos.

44 Una mano apaga la única lámpara que dejó encendida Nohia. Las
penumbra invade el silencio profundo, iluminada por el resplandor
mo del reloj de péndulo que hay en la estancia.

45 Vienen moverse en la casi completa oscuridad la cabeza que con-
marca el estado. Los novios están dormidos.

EDUARDO

(suspirando)

¡Qué noche primera noche!

BEATRIZ

¿Pasar que sólo nos faltaban cinco
días.

Se despierta. Se tapan arduamente. Ella lo detiene.

BEATRIZ

¿Qué hacemos aquí? ¿Cómo no
nos fuimos?

De pronto, Russell oye un grito ahogado y vuelve la cabeza. Cerca de él, Leandro sentado en el suelo se cubre un ojo con la mano derecha, como la persona que acaba de recibir un golpe. Se levanta y con el frac bajo el brazo, se dirige a buscar sitio en otro lado.

RUSSELL
(en voz baja)
¿Qué ha pasado?

LETICIA
(igual)
He sido yo.

Con gran dureza en su mirada, va alejarse a Leandro.

Russell respira trabajosamente. Debe de estar enfermo.

FADE OUT.

FADE IN:

47 EKT. JARDIN. DIA.

Un sol recién salido ilumina el frondoso jardín de la residencia. Deben de ser las siete de la mañana.

48 INT. COMEDOR. DIA.

Todo sigue en el mismo desorden en que quedó la noche anterior. El mayordomo, que se acaba de despertar, se está poniendo el frac que dejó colgado en una silla. Con gesto de desagrado se pasa la lengua sobre los labios reseca y se retoca el cabello con los dedos. Consulta su reloj que marca las siete y pasa al salón.

CORTE A:

49 INT. SALON. DIA.

El mayordomo avanza perezosamente por el salón, cuyas ventanas dejan entrar tamizada la luz del día. La salita sigue con su puerta de cristales abierta de par en par. Julio nota un cierto . . .

ESC. CONT.

Continúa Esc. 49.

movimiento entre los improvisados huéspedes. La mayoría aún - duerme, pero puede distinguir a Lucía, su señora, que del diván en que pernoctó se dirige al otro extremo de la salita donde Nobile, de pie, termina de ponerse el frac. Ve también a Leonora frente a una cornucopia alisarse el cabello. Y junto a un canapé en donde yace acostado el Sr. Russell, un grupito formado por Leonora, Silvia y Leandro. El Coronel y el Doctor sentados en el borde del estrado del piano, fuman en silencio y se dicen algo en voz baja.

CORTE A:

50 INT. SALITA. DIA.

En primer término se incorpora, quedando sentada en el canapé, Rita Ugalde que contiene un bostezo y mira con ojos somnolientos a su alrededor. Silvia y en seguida Ana Maynar, llegan junto a ella. Todas están lamentablemente desgredadas.

SILVIA

Buenos días, Rita. ¿Ha dormido bien?

RITA

No me lo va a creer, pero no me he despertado ni un instante.

ANA MAYNAR

En cambio yo... ¡qué noche!... Ni siquiera cuando el descarrilamiento del expreso de Niza me he sentido tan adolorida.

Rita detiene un momento el arreglo de su traje.

RITA

¿Pero Ud. ha descarrilado alguna vez? ¡Qué interesante!

Siguen hablando.

51 Nobile, de pie junto a su esposa, impecable, como si se hubiera acabado de aseo en su sala de baño. Pasea una mirada preocupada por sus invitados.

NOBILE

(en voz baja)

Me siento confuso. ¿Qué sucede aquí? No sé cómo hemos podido llegar a... ésto. Pero todo tiene sus límites.

LUCIA ESCO AVILA

No se qué decirte. Por el momento habrá que ofrecerles el desayuno. Después... se irán de seguro a sus casas.

NOBILE

¡No faltaba más! Confío en su discreción.

Se interrumpe al notar que ocurre algo cerca de ellos.

NOBILE

Perdona. Algo le pasa a Russell.

Se separa de Lucía y va hacia el canapé donde está acostado Russell.

52 Volvemos otra vez al grupo de Ana Maynar, Silvia y Rita. Aquella sigue hablando del descarrilamiento.

ANA MAYNAR

El tren era un montón humeante de hierros retorcidos y gritos desgarradores. ¡Qué escena dantesca! Y no sé por qué, los heridos de tercera clase me inspiraban menos lástima que los de primera. Qué extraño, ¿verdad?

RITA

Tal vez sea porque la gente baja es más ruda, menos sensible al dolor... como los animales.

SILVIA

(se toca el pelo con las manos. Está inquieta)

Voy a retocarme un poco. Estamos todas hechas unos adefesios. Pero, ¡es tan divertido!

Se aleja riendo. Se oye su voz fuera de cuadro dando los buenos días a alguien, al tiempo que nos detenemos en los hermanos Avila que durmieron en el suelo. El se acaba de despertar y se incorpora quedando apoyado en un brazo y mirando turbiamente a su hermana que lo mira sonriente, toda desgredada.

FRANCISCO AVILA

¿Por qué me miras así, hermana?
Debo de estar horrible.

JUANA AVILA

Te encuentro más interesante que
nunca. El desaliño te va muy
bien.

Lo peina con sus dedos. Francisco de Avila en sus maneras y temperamento es extremadamente femenino. Francisco separa la mano de su hermana con brusquedad y se levanta. Va hacia la cornucopia, pero tiene que esperar su turno pues Silvia y Leonora están retocándose el pelo y pintándose los labios frente al espejito.

- 53 Queda próximo a los novios, Eduardo y Beatriz, sentados en el borde del nicho del piano.

BEATRIZ

(a Eduardo)

¿Por qué me miras así? Debo
estar horrible.

EDUARDO

Te encuentro más interesante que
nunca. El desaliño te va muy
bien.

Francisco los mira colérico al oír que repiten exactamente la conversación que acaba de tener con su hermana. Pero ellos ni se dan cuenta. Simple coincidencia. Beatriz con un pañolito de encaje está limpiando los labios teñidos de rojo de su novio.

CORTE A:

- 54 En un canapé, con los ojos cerrados y respirando trabajosamente, se halla tendido Russell. El Doctor Conde termina de examinarlo. Presenciando el examen vemos a Leonora Palma, Silvia, Leticia y Nobile.

LETICIA

Pasó muy mala noche. Se ahogaba y al amanecer perdió el conocimiento. Luego se repuso algo.

El doctor se incorpora y sin decir palabra, preocupado da unos pasos. Leonora va a reunirse con él, mientras se oye decir a Nobile.

NOBILE

¿Por qué no nos avisaron inmediatamente? Debemos subirlo a una habitación y acostarlo.

El Doctor lo ha oído.

DOCTOR

Por el momento es preferible no moverlo. Vamos a ver lo que se puede hacer por él.

Leonora le pregunta en voz baja al doctor:

LEONORA

¿Cómo lo encuentra?

DOCTOR

Le quedan pocas horas de vida.

Leonora se apesadumbra.

LEONORA

Es horrible porque Ud. nunca falla en sus predicciones.

(luego agrega)

Tampoco yo me siento muy bien.

DOCTOR

¡Tonterías!

La dama lo mira enternecida y le toma una mano con intención de besarla, pero el Doctor, un poco enojado, se desprende de ella y vuelve junto al enfermo.

55 Lucía se acerca a la puerta de la salita y ve al mayordomo, siempre vigilante, en el salón. La señora no tiene necesidad de cruzar el umbral, para decirle:

ESC. CONT.

Continúa Esc. 55.

LUCIA

Julio; arrégleselas como mejor pueda, pero necesito un buen desayuno para nuestros invitados.

MAYORDOMO

Discúlpeme la señora. Es tan temprano. Los proveedores no han venido aún.

LUCIA

¿Tampoco el lechero?

MAYORDOMO

Tampoco. ¡Y eso si que me extraña!

Lucía piensa un momento y toma una decisión.

LUCIA

Quedaron carnes frías de la cena. Traiga eso y café bien caliente.

El mayordomo se inclina y se aleja a cumplir la orden. Lucía ve el grupito alrededor de Russell y va hacia el mismo. Pero le salen al paso Rita y Ana Maynar. En seguida se une a ellas Beatriz.

RITA

Lucía querida, perdona. ¿Dónde podríamos "refrescarnos" un poco?

LUCIA

Es muy fácil y excúseme de que no me haya ocupado antes de eso. Vamos a mi tocador.

Se dirigen a la puerta de cristales.

- 56 El Coronel, Raúl y Eduardo tienen los ojos pendientes del grupito de las cuatro mujeres que se encaminan a la puerta.

CORONEL

(sin dejar de mirarlas)

Apuesto a que no salen.

En efecto: las cuatro hablando animadamente se han detenido en el quicio.

CORONEL

¿Ven Uds.? ¿Qué me dicen de esta situación?

RAUL

La verdad no sé. Me parece inverosímil. O quizás demasiado normal.

EDUARDO

Para mí, lo malo es que nadie se hace esas preguntas.

CORONEL

(a Eduardo, bruscamente)

¿Por qué no se fué Ud. anoche con su novia?

EDUARDO

(turbado)

Pues... no sé. ¡Como todos...!
¿Y usted?

CORONEL

Lo ignoro.

Su expresión se ensombrece.

CORONEL

Y éso es lo que me preocupa. Anoche después de la fiesta, ninguno de nosotros hizo el menor intento de regresar a su casa. ¿Por qué? ¿Les parece natural que haya mos pasado la noche en esta sala, faltando a los más elementales deberes de la etiqueta y que la hayamos convertido en un increíble campamento de gitanos?

Se van acercando algunos invitados muy interesados por el diálogo. Entre otros Ana, que estaba en la puerta de cristales.

ANA MAYNAR

Yo lo encontré muy original. Adoro las cosas que se salen de la rutina.

Silvia Goya, recién llegada al grupo.

El Coronel, Raúl y Eduardo tienen los ojos pendientes del grupo de las cuatro mujeres que se encaminan a la puerta.

CORONEL

(sin dejar de mirarlas)

¿Qué es eso, Ana?

En efecto, las cuatro hablando animadamente se han detenido en la puerta.

SILVIA

Yo me dí cuenta y no me agradó la idea. No dije nada por... cortesía.

57 Leandro que también se ha acercado, se está poniendo un zapato.

LEANDRO

Vamos, señores, vamos. No hay que sacar las cosas de quicio. Todos estábamos encantados: la música, la conversación cordial, el buen humor, la... ¿qué tiene de extraño?

58 Lucía, que se había quedado hablando en la puerta antes de salir a "refrescarse" en el tocador con sus amigas, se acerca al grupo. El Doctor acaba de hacerlo un momento antes.

DOCTOR

Por ejemplo: ¿quiere decirnos nuestra exquisita amiga Lucía por qué ha ordenado al mayordomo que nos sirva el desayuno aquí y no en el comedor.?

LUCIA

(desconcertada)

Pues... no sé, doctor... como todos estábamos aquí reunidos... pensé que...

RAUL

(bromeando)

Se ve que al doctor le gusta jugar a Sherlock Holmes.

Sin embargo, un rumor de alarma crece entre los invitados.

BLANCA

(muy nerviosa)

Tengo que regresar a mi casa. Mi marido, mis hijos... deben estar alarmados. Me voy inmediatamente.

SILVIA

Yo me di cuenta y no me acordé
de nada. No dije nada por... por
lo más.

57 Leandro que también se ha acordado, se está poniendo un zapato.

LEANDRO

Vamos, señores, vamos. No hay
que sacar las cosas de debajo. Yo
donde estábamos encantados: la mamá
ca, la conversación con ella, el
buen humor. La... que tiene de ex-
traño?

58 Lucía, que se había quedado hablando en la puerta antes de salir a
"refrescarse", se el tocador con sus amigas, se acerca al grupo.
El Doctor acaba de hacerle un momento antes.

DOCTOR

Por ejemplo: ¿deleste delectos
nuestra exquisita amiga Lucía
por que ha ordenado al mayor
homo que nos sirve el desayuno
ahí y no en el comedor?

LUCIA

(Desconcertada)
Pues... no sé, doctor... como
todas las cosas aquí reunidas...
pienso que...

RAUL

(Protestando)
Se va que al doctor lo gusta
jugar a Sherlock Holmes.

59 Sin embargo, un rumor de alarma crece entre los invitados.

BLANCA

(muy nerviosa)
Tengo que regresar a mi casa.
Mi marido, mis hijos... deben
estar alarmados. Me voy inme-
diatamente.

SR. ROC

Y Alicia y yo la acompañamos.
¡No faltaba más! Esto es fran-
camente absurdo.

En medio de la expectación general, Roc, Alicia y Blanca se abren
paso hacia la puerta de cristales. Más a medida que se acercan,
desaparecen los ánimos. Alicia se detiene un momento para arre-
glar la corbata del viejo y Blanca para hablar con Rita que está to-
davía en la puerta con Beatriz.

BLANCA

¿Viene Ud. Rita?

RITA

(con desgana)

No: todavía no.

59 Blanca la mira asombrada y se retuerce las manos casi con deses-
peración.

BLANCA

Rita, por Dios: usted también tie-
ne niños como yo que van al cole-
gio...

RITA

(retocándose el pelo, muy frívola)

Mis hijos tiene preceptor en casa.
El abate Samson. Un hombre cul-
to, de trato exquisito. Yo creo
- y perdone si exagero - que tie-
ne ribetes de santo. Aunque Cris-
tian opina...

El Sr. Roc muy excitado le corta bruscamente la palabra.

SR. ROC

¡Por favor, no nos hable ahora
de abates! Qué nos importa su...

El viejo director de orquesta se contiene. Toma del brazo a Ali-
cia para salir, pero el mayordomo aparece con el carrito del de-
sayuno obstruyendo el paso. En la plancha superior trae las car-
nes frías que le pidieron y en la inferior tazas de café, azúcar,
cafetera.

Continúa Esc. 59.

MAYORDOMO

Si los señores me permiten.

El mayordomo cruza el fatídico umbral y entra en la salita. Roc mira con avidez la cafetera humeante.

SR. ROC

(refunfuñando)

Con tomar un café nada se pierde.
Estoy sin fumar por tener el estómago vacío.

ALICIA

También a mí me apetece. ¿Nos
acompaña, Blanca?

Van hacia la mesita que se ha detenido a dos pasos de ellos pero Blanca, sin responderles, cae sentada en una silla junto a Rita y se cubre la cara con sus manos con gesto de desesperación.

En voz de salir, Julia se dirige al Coronel.

60 Junto al carrito está Lucía y a poco llegan Raúl y Ana Maynar. El mayordomo sirve café en las tazas y el Sr. Roc espera ansioso, que le ofrezcan una.

ANA MAYNAR

Me parece excesivo, casi histérico, este ambiente de alarma que se está creando.

RAUL

No es la primera vez que me dan las ocho de la mañana en algún "party" parecido a éste.

Se sirven carnes frías. Leticia, con toda calma, está comiendo un sandwich. Pero la mayor parte de los invitados no parecen hacer mucho caso del refrigerio. Un ambiente de tristeza comienza a planear sobre todos. El Sr. Roc, con su taza en las manos, busca una cucharilla.

ALICIA

Perdón Lucía: no hay cucharillas para servirse azúcar.

LUCIA

Oh, perdóneme a mí. El pobre Julio no puede con todo.

Continúa Esc. 58.

SR. ROC

Y Alicia y yo la acompañamos.
¡No falte más! Esto es lo
caramelo aburrido.

En medio de la expectación general, Roc, Alicia y Blanca se abren paso hacia la puerta de cristales. Más a medida que se acercan, desaparecen los ánimos. Alicia se detiene un momento para arreglar la corbata del viejo y Blanca para hablar con Rita que está todavía en la puerta con Beatriz.

BLANCA

¿Vienes tú, Rita?

RITA

(con desgana)

No; todavía no.

89 Blanca la mira asombrada y se retuerce las manos casi con desesperación.

BLANCA

Rita, por Dios; ¿también te
parece como yo que van al col-
lo...?

RITA

(retrocediendo el pelo, muy tímida)

Mis hijos tienen preceptor en casa.
El señor Samson. Un hombre cul-
to, de trato expeditivo. Yo creo
- y perdona el exagero - que te
repare de tanto. Aunque él
tira opina...

El Sr. Roc muy excitado le corta bruscamente la palabra.

SR. ROC

¡Por favor, no nos hable ahora
de usted! Qué nos importa su...

El viejo director de orquesta se contiene. Toma del brazo a Alicia para salir, pero el mayordomo aparece con el carrito del desayuno obstruyendo el paso. En la plancha superior trae las carnes frías que le piden y en la inferior tazas de café, azúcar,
cafetera.

Continúa Esc. 60.

Le dice al mayordomo que está muy atareado con el reparto de viandas.

LUCIA

Julio, por favor, vaya a traer las cucharillas.

MAYORDOMO

Si, señora.

- 61 El mayordomo llega a la puerta y se detiene antes de pisar el umbral. Se ha apoderado de él una extraña indecisión. A dos pasos de la puerta están el Doctor y el Coronel observándole con gran interés, pues han oído la orden que le dió Lucía.

En vez de salir, Julio se dirige al Coronel.

MAYORDOMO

¿Los señores no necesitan nada...?
¿Una taza de café, algún fiambre...?

CORONEL

(seco)

Nada, Julio. Vaya ud. a donde le han ordenado.

El mayordomo se desconcierta por instantes. Trata de disimular su turbación dirigiendo la vista a su alrededor.

MAYORDOMO

(por decir algo)

Creo que es más prudente esperar a que los señores terminen de desayunar para llevarme el servicio...

Lucía, extrañada de ver a su servidor todavía allí, se acerca a éste.

LUCIA

¿Qué le ocurre, Julio? ¿No me oyó? Le he pedido que nos traiga las cucharillas.

La cara de Julio refleja ansiedad.

Continúa Esc. 61.

MAYORDOMO

Me permití sugerir a los señores...

LUCIA

Basta. Le ruego que cumpla mis órdenes.

El mayordomo vuelve a mirar el salón casi con terror. Da un paso hacia el umbral y queda parado. Se deja caer sentado en la silla que poco antes ocupaba Rita. Su cabeza se dobla sobre el pecho. La señora asombrada, llena también de turbación, le pregunta con cariñoso interés.

LUCIA

¿Qué le pasa? ¿No se encuentra bien?

El mayordomo levanta hasta ella sus ojos suplicantes, pero no le responde.

62 El Doctor y el Coronel.

CORONEL

(ceñudo)

¿Qué opina Ud. sobre lo que acaba de ocurrir?

El Dr. Conde, con el ceño fruncido como la persona que medita sobre algo de difícil solución, calla un momento. Después, dándose por vencido, se encoge de hombros.

DOCTOR

Esa extraña resistencia del mayordomo para cumplir las órdenes que le han dado, comprueba mis observaciones.

Trás una pausa, agrega, subrayando bien sus palabras.

DOCTOR

Desde anoche, ni uno solo de nosotros, aunque lo haya intentado, ha podido salir de esta habitación. ¿Qué está ocurriendo aquí, Coronel?

DISOLVENCIA.

63 EXT. JARDIN. NOCHE.

Por entre las copas de los árboles se percibe la silueta de la residencia de los Nobile. Excepto el gran balcón del principal cuyos cristales aparecen débilmente iluminados, el resto de los huecos de la fachada están oscuros. Cae una lluvia fina que desdibuja las masas sombrías de los vegetales y las líneas arquitectónicas de la mansión.

CORTE A:

64 INT. SALON. NOCHE.

El aguacero azota los cristales del balcón. La gran estancia, aunque con las luces apagadas, está iluminada en parte por el resplandor que llega de la salita. Se oyen unas notas sueltas en el piano, como producidas por unos dedos nerviosos pues se interrumpen, vuelven a repetirse, cambian de ritmo o enmudecen por unos segundos. Rasga la penumbra un relámpago seguido del retumbar de un trueno.

CORTE A:

65 INT. SALITA. NOCHE.

El reloj inglés de péndulo que hay en la salita, da las siete de la tarde. Ni uno solo de los invitados, incluyendo a los anfitriones y al mayordomo, se ha movido de allí. Ahora, la confianza ha desaparecido para dar paso al abatimiento. Casi todos guardan silencio, abrumados por la absurda situación en que se hallan. Blanca, abstraída, con la mirada ausente, es quien deja correr sus dedos a intervalos sobre el teclado del piano.

Leticia se acerca a Blanca y aunque con suavidad, le aparta las manos de las teclas y cierra la tapa.

LETICIA

¡Hay un enfermo muy grave...!

La pianista la mira entre asombrada y ofendida. El Doctor se dirige al diván en donde, sin conocimiento, yace Sergio Russell. Sentados cerca del enfermo están los Roc y Silvia y algo más lejos Raúl, Ugalde y Francisco de Avila.

ESC. CONT.

SR. ROC

(en voz baja, señalando al enfermo)
¿Y, qué, doctor?

DOCTOR

No tiene objeto ocultar la verdad.
Está entrando en coma. Si al me-
nos pudiera disponer de coramina
o aceite alcanforado...

Se vuelve apremiante hacia Ugalde.

DOCTOR

Por simple humanidad hay que rea-
lizar un esfuerzo para romper esta
abulia. Se lo ruego, señores: hay
que sacar de aquí a Russell y lle-
varlo a donde pueda ser debidamen-
te atendido.

CRISTIAN

(sin darse por aludido)

Conde tiene razón. ¡Hay que ha-
cerlo! ¿Quién de Uds. se ofrece
a intentarlo?

RAUL

(brusco)

Y, ¿por qué no lo intentan Uds.
mismos? Verán como todos los
seguimos.

El Doctor y Ugalde se miran sorprendidos primero y luego con de-
saliento. Francisco de Avila dice casi gritando:

FRANCISCO AVILA

Es inútil. Estamos perdidos.

Se hace un silencio general.

66

Leticia se mueve inquieta en su silla. Al parecer algo le moles-
ta, está nerviosa. Con actitud que pretende ser indiferente se le-
vanta y se acerca paso a paso a la sección izquierda del armario.
Entreabre una de sus hojas. Percibimos dentro algunos objetos
que ya conocemos: los dos tibores chinos, el cuadro, etc. Como

Continúa Esc. 66.

nadie la observa, Leticia saca la llave de la cerradura y comprueba con satisfacción que puede igualmente funcionar por la parte interior.

- 67 En un rincón ha quedado el carrito que trajo el mayordomo para el desayuno. Se ve que el apetito no ha sido la nota dominante del día, pues quedan más de la mitad de las provisiones. Se acercan Beatriz y Eduardo.

BEATRIZ

Ya se que no hay agua, Julio, pero un café... un poquito de café frío. Estoy muerta de sed.

MAYORDOMO

La señorita sabrá excusarme; no queda ni una sola gota.

Eduardo ha visto algo sobre un bagueño que atrae su atención. Es un florero. Llega hasta él, le quita las flores y vuelve junto a Beatriz.

EDUARDO

El agua huele ligeramente, pero no puede ser mala.

Sirve agua en una taza que ofrece a su novia y toma medio limón de la mesita.

EDUARDO

Esto le quitará el gusto desagradable.

Ella intenta beber, pero hace un gesto de repugnancia.

BEATRIZ

Gracias, Eduardo, prefiero esperar.

- 68 Otra vez se hace el silencio. Todos están sentados o medio recostados en sillones y canapés. Raúl se levanta y da unos pasos nerviosamente por el escaso y estrecho espacio que dejan los muebles y los cuerpos. Se detiene y dice en voz alta:

ESC. CONT.

RAUL

No entiendo nada, la verdad. Debe haber alguna solución. ¡Mírenme a la cara! ¿No estamos locos, verdad?

BLANCA

(llorosa)

Llevamos aquí veinticuatro horas y nadie ha aparecido. ¡Nos han olvidado!

SR. ROC

La actitud de los de afuera me inquieta más que nuestra propia situación. ¿Qué les ocurre? Algo deberían haber intentado ya para...

CORONEL

(en tono jocoso)

...A menos que todos hayan muerto en la ciudad y nosotros seamos los únicos supervivientes.

De pronto se oye un chillido, un grito histérico de mujer. Todos vuelven la cabeza.

LEONORA

(gritando)

¡Yo quiero salir de aquí! ¿Por qué no vienen a buscarnos?

Se arma un revuelo. Se oyen otros gritos o sollozos. Y voces sueltas ad libitum.

VOCES (Ad Lib.)

Calma, no pierdan la cabeza. Por algo yo no quería ir a la ópera. Mis hijos... ¿qué hacen que no se preocupan de mí?

69 El Sr. Roc se incorpora y dice con voz enérgica.

SR. ROC

Esto tiene relación con la huída de los criados. ¿Por qué se fueron?

Le ha dirigido la pregunta a Nobile.

NOBILE

Señores: se lo suplico. No hay por qué aventurar tesis alarmistas. Los criados deben de haber tenido sus razones...

Raúl interviene. Mira rencorosamente a Nobile.

RAUL

Si: las razones que tienen las ratas cuando sienten que se hunde el barco.

El mayordomo interviene en la disputa con su tono de siempre, respetuoso, apacible.

MAYORDOMO

Si los señores me lo permiten... Me pareció que se iban sin saber por qué. Una hora antes de la llegada de los señores estaban contentos.

CRISTIAN

En fin: que nada explica nada. Todo esto es formidable.

RAUL

- 70 Francisco de Avila y Leonora van de nuevo hacia la puerta y se detienen en el umbral. Se miran entre sí atemorizados y luego al salón en sombras, como si de aquellas pudiera surgir la salvación. Se oye, fuera de cuadro, la voz del Doctor.

DOCTOR (off)

Calma ante todo. Peor que el pánico no hay nada. Una situación como ésta no puede durar indefinidamente. No estamos encantados, amigos. Esto no es el castillo de un brujo.

NOBILE

- 71 Edmundo Nobile extiende un brazo hacia sus amigos, como pidiéndoles que lo escuchen.

RAUL

No ojalá nada, la verdad. Debe haber alguna solución. ¡Miserable a la casa! ¿No estamos locos, verdad?

BLANCA

(Morosa)

Llevamos aquí veinticuatro horas y nadie ha aparecido. ¡Nos han olvidado!

SR. ROC

La actitud de los de afuera me intriga más que nuestra propia situación. ¿Qué les ocurre? Algo deberían haber intentado ya para...

CORONEL

(en tono jocoso)

...A menos que todos hayan muerto en la ciudad y nosotros seamos los únicos supervivientes.

De pronto se oye un chillido, un grito histérico de mujer. Todos vuelven la cabeza.

LEONORA

(gritando)

¡Yo quiero salir de aquí! ¿Por qué no vienen a buscarnos?

Se oye un revuelco. Se oyen otros gritos o lloros. Y voces que se alejan.

VOCES (A lo lejos)

Calma, no pierdan la cabeza. Por algo yo no quiero ir a la guerra. ¡Ahí sí que hacen que no se preocupan de mí!

El Sr. Roc se incorpora y dice con voz enérgica.

SR. ROC

Esto tiene relación con la puerta de los criados. ¿Por qué no intentan...

NOBILE

Yo les propongo lo siguiente: cállémonos un instante y hagamos un esfuerzo supremo, un acto enérgico de la voluntad que encierre el firme propósito de salir de aquí, de lograr...

Raúl, que parece muy puesto en cólera, se abre paso entre los invitados para encararse con Nobile a quien interrumpe.

RAUL

Cállese usted, Nobile. Es lo menos que pude hacer. Usted nos ha metido en esta trampa, nos ha hecho víctimas de esta pesada broma... ¡lo que sea.

La acusación es tan injusta, tan falta de sentido, que Nobile tarda un momento en poder hablar. De nuevo reina la silenciosa expectación. Por fin, el anfitrión reacciona.

NOBILE

¿Yo, amigos míos? ¿Por haberlos invitado a cenar? ¿Por haberles ofrecido mi casa?

Raúl, excitadísimo, comienza a moverse y a sortear nerviosamente los obstáculos que encuentra a su paso.

RAUL

¡Precisamente! Usted nos fué llamando uno a uno para que viniéramos a cenar después de la ópera.

(hace la caricatura de Nobile, imitándole la voz)

"Un rato amable, amigos cordiales..."

"Me harán el honor, etc" Cada uno pudo haberse ido a dormir a su casa... o a un prostíbulo, mejor que aquí. Diga: ¿A qué obedeció aquella invitación extemporánea?

Nobile, azaradísimo, contempla a Raúl con los ojos abiertos por la sorpresa y el temor.

NOBILE

¿Extemporánea? ¿Por qué? Todos parecían encantados... Usted mismo (MAS)

NOBILE

Yo les propongo lo siguiente: en-
tremos un instante y hagamos un
esfuerzo supremo, un acto de
co de la voluntad que encierre el
firme propósito de salir de aquí
de lograr...

Raúl, que parece muy pesado en el
momento para escribir con Nobile a guisa de
vittorio para escribir con Nobile a guisa de
vittorio.

RAUL

¿Cómo está, Nobile? Es la me-
nos que puede hacer. Usted nos ha
metido en esta trampa, nos ha he-
cho víctimas de esta pesada trama
... lo que sea.

La acusación es tan injusta, tan falta de sentido, que Nobile tarda
un momento en poder hablar. De nuevo reina la silenciosa
tensión. Por fin, el silencio trasciende.

NOBILE

¿Yo, amigos míos? ¿Por haberlos
invitado a cenar? ¿Por haberlos
ofendido mi casa?

Raúl, excitadísimo, comienza a moverse y a sortear nerviosamente
los obstáculos que encuentra a su paso.

RAUL

¡Preziosamente! Usted nos ha he-
cho una a una parte que vivíamos
a cenar después de la guerra.
(hace la caricatura de Nobile,
imitándolo la voz)
"Un rato agradable, amigos queridos."
"Me hacen el honor, etc." Cada uno
pudo haberse ido a dormir a su casa
... a un prostíbulo, mejor que aquí.
Diga: ¿A qué obedeció aquella invi-
tación extraordinaria?

Nobile, azarado, contempla a Raúl con los ojos abiertos por la
sorpresa y el dolor.

NOBILE

¿Extemporánea? ¿Por qué? ¿Por
haberlos escuchados... Usted mismo
(MAS)

NOBILE (CONT.)

...me expresó su satisfacción por
lo cordial de la recepción...

RAUL

Pues rectifico y declaro que aquí
no hay más que un culpable de es-
ta envilecedora situación y es...
usted.

NOBILE

(con dignidad)

Creo que ha perdido Ud. la cabeza,
Raúl.

Leticia se acerca a Raúl.

LETICIA

Edmundo tiene razón. ¡Es usted
un majadero!

El joven, iracundo, mide a Leticia con la mirada.

RAUL

Si no fuera Ud. una dama...

Leticia lo mira como si acabara de oír un insulto y le da dos so-
noras bofetadas. Raúl está a punto de lanzarse contra ella, pero
termina por dar media vuelta e irse a un rincón donde va a reunír-
sele Leandro. Ambos siguen hablando muy excitadamente en voz
baja.

72 Una de las hojas de la sección izquierda del armario se entreabre
poco a poco y asoma con precaución la cabeza del Sr. Roc. Na-
die se fija en él, por lo que termina de salir con aire indiferente,
volviendo a cerrar la puerta.

73 Blanca está sentada junto a la puerta de cristales, inmóvil, con la
cabeza escondida entre sus manos y los codos apoyados sobre las
rodillas. Se la oye sollozar. Junto a ella también sentados están
Francisco de Avila y Silvia. El joven da muestras de una gran in-
quietud, un tic nervioso le hace contraer los músculos faciales.

FRANCISCO AVILA

¿Qué hacen los hombres que están
(MAS)

Continúa Esc. 73.

FRANCISCO AVILA (CONT.)

...aquí para remediar esto? Hablar y hablar como...rameras. Silvia, piense algo para que podamos irnos todos. ¡Je jure de ne plus remettre les pieds dans ce bordel!

Juana de Avila, la hermana de Francisco, viene a sentarse a su lado y pasándole el brazo por los hombros lo atrae hacia sí cariñosamente.

JUANA AVILA

(excusándole)

No extrañe su nerviosidad, Silvia. Es más sensible que una niña. Estoy segura de que a ninguno de nuestros amigos le afecta tanto esta situación como a él.

Francisco la interrumpe elevando histéricamente la voz y acentuando mucho las "erres" guturales.

FRANCISCO AVILA

¡Tais-toi, Xana, no me exasperes más de lo que estoy! ¿No ves mis nervios? Quisiera no oír a nadie, estar solo.

Se tapa los oídos con las manos.

- 74 Russell con los ojos cerrados, respira trabajosamente. El Doctor a su lado le toma el pulso. Inesperadamente, el enfermo abre los ojos y mira turbiamente al doctor. Hace un esfuerzo para hablar, quiere decir algo. El Doctor que lo creía en coma, se asombra. Al fin, Russell dice trabajosamente, con voz casi ininteligible y haciendo una mueca que quisiera ser sonrisa:

RUSSELL

¡Contento...no veré exterminio!

El Doctor se pone el dedo en los labios, indicándole que no debe hablar. Pero el otro ha vuelto a cerrar los ojos y quedar inconsciente. Conde se levanta preocupado. Habrá dicho eso el enfermo refiriéndose al desenlace de la situación en que todos se encuentran?

FRANCISCO AVILA (CONT.)

...¿qué para remediar esto? Hacer
y hablar como... vambas, Silvia,
ganas algo para que podamos irnos
todas. La parte de la que tenemos
las cosas que se necesitan.

Juana de Avila, la hermana de Francisco, viene a nosotros a su
de y parándose el brazo por los hombros lo abraza y se queda.

JUANA AVILA

(encarando)

No entiendo su nerviosidad, Silvia.
Es una ansiedad que una niña.
Estoy segura de que a ninguna de
nuestros amigos le afecta tanto es-
ta situación como a ti.

Francisco la interrumpe elevando histéricamente la voz y exclamando:
¡Oh, muchos las "terras" guineas!

FRANCISCO AVILA

¡Tata-ta, tata! No me expones
más de lo que estoy! ¿No ves mis
nervios? ¿Qué me pasa? No sé a nadie,
estar así.

Se tapó los ojos con las manos.

Russell con los ojos cerrados, respira tranquilamente. El Doctor
a su lado le toma el pulso. Inesperadamente, el enfermo abre los
ojos y mira tristemente al doctor. Hace un esfuerzo para hablar,
pero dice algo. El Doctor que lo mira en forma, se apresura.
Al fin, Russell dice tranquilamente, con voz casi inaudible y
haciendo una mueca que parece ser sonrisa:

RUSSELL

¡Contento... no veré exterior!

El Doctor se pone el dedo en los labios, indicándole que no debe
hablar. Pero él, otro ha vuelto a cerrar los ojos y quedar incon-
sciente. Cuando se levanta precipitado. Había dicho que el enfermo
registrase al despertar la situación en que todos se encuentran.

75 Eduardo y Beatriz se sientan en la alfombra y ella apoya su cabeza
en los hombros de Eduardo. Han presenciado la escena del Doctor
con Russell.

BEATRIZ

A mí tampoco me importaría morir-
me, pero no así... rodeada de gente,
sin poder estar sola contigo.

EDUARDO

Ese es mi gran martirio. ¡No po-
der estar solos!

Ella levanta sus ojos hasta encontrar los de él.

BEATRIZ

(en voz muy baja)

Y sin embargo... hay un medio de
separarnos de los otros.

EDUARDO

¿De veras? No es posible. ¿Có-
mo?

BEATRIZ

Te lo diré cuando todos duerman...
si es que se deciden a dormir.

Eduardo la besa tiernamente en los labios. Leandro ve el signo de
amor y hace una mueca de enfado, como si pensase: "Si; para be-
sitos estamos".

Ese pequeño diálogo de los enamorados ha tenido lugar a unos pa-
sos del armario. Ambos, sentados en el suelo, de espaldas al
mueble. He aquí el ir y venir que durante el mismo ha tenido lu-
gar en la sección izquierda del armario:

A un metro de la misma se ha formado un pequeño grupo de tres
mujeres: Ana Maynar, Leonora y Alicia Roc. La puerta del ar-
mario se ha abierto muy suavemente y del interior ha salido Rita
Ugalde, quien se ha unido al pequeño grupo y en voz muy baja y
brevemente les ha dicho algo.

Como resultado de la confidencia de Rita, Alicia a su vez se ha di-
rigido al mueble y rápidamente ha abierto la puerta, ha entrado en
él y la ha vuelto a cerrar. Su acción ha quedado casi oculta por
la valla que a la vista de todos oponía el grupito de señoras.

Por último, se ha oído girar la llave en la cerradura y Alicia ha
quedado, encerrada, dentro.

Continúa Esc. 75.

Reina un gran silencio lleno de pesadumbre en la estancia. Sólo se oye el monótono tic-tac del reloj inglés.

CORTE A:

76 INT. SALON. NOCHE.

El agua escurre por los cristales del gran balcón. Sigue lloviendo intensamente. Se oye el gárrulo azotar del agua en las frondas del jardín.

DISOLVENCIA.

77 INT. SALON. NOCHE.

Ya no llueve. La luz de la luna penetrando por los cristales del balcón baña de una luz sonámbula los muebles del salón. De la salita no llega ningún ruido. La luz está apagada. Parece una tumba.

CORTE A:

78 INT. SALITA. NOCHE.

Las dos y cuarto de la noche. Una lámpara de mesa, cubierta por un "foulard" para hacer más tenue la luz, apenas si llega a romper la penumbra. Nadie habla. La mayoría duerme con sueño inquieto. Otros permanecen inmóviles, con los ojos cerrados, pensando seguramente en su inquietante situación.

Vemos el armario, abierto en su sección del medio. Subido en una silla Leandro está sacando del interior del mueble una funda blanca y una colgadura. Desciende y se va a un rincón libre, en donde se improvisa un lecho. Al pasar entre los durmientes hemos visto a otros que tuvieron la misma idea y que se envuelven ya en fundas de sillones o en cortinas.

79 Eduardo, tendido en la alfombra, con la cabeza apoyada en la mano, y el codo en el suelo, mira inquieto a su alrededor. Parece tra--

Continúa Esc. 79.

mar algo. Cosa extraña: su novia Beatriz no está a su lado, ni tampoco en lugar alguno de la estancia. Ha desaparecido.

80 El Doctor que estaba sentado junto al cuerpo yacente de Sergio Russell se incorpora, mira tristemente al anciano y extiende sobre su rostro un pañuelo. Luego, de puntillas, muy silenciosamente, se dirige a donde está acostado igualmente el Coronel.

DOCTOR
(en un susurro)
¡Consumatum est!

CORONEL
(idem)
¿Ya?

El otro asiente:

CORONEL
¡Eso nos faltaba! Al morir debíamos evaporarnos.

DOCTOR
(en un susurro)
Mañana cuando lo vean se van a desmoralizar.

Se sienta en la tarima junto a su amigo.

CORONEL
(con macabra ironía)
En vez de él, podía haberse muerto Roc. ¡Un director de orquesta menos!...

DOCTOR
(en un susurro)
¿Qué hacemos?
Quedan pensativos: están realmente consternados.

81 De la sección izquierda del armario sale sigilosamente Ana Maynar. Respira con fruición y vemos que lleva su faja rollada en la mano derecha. ¡Veinticuatro hora aprisionada en aquel instrumento de

martirio! ¡Por fin!... A pasitos va a acostarse a su sitio, sin darse cuenta de lo que ocurre con Russell.

- 82 En la tarima del piano, Eduardo se incorpora. Ha visto acostarse a la Maynar. Nadie lo observa. Con gran cautela se aproxima a la sección derecha del armario, que hasta este momento no hemos visto emplear a nadie. Lanza una mirada precautoria a los durmientes y abriendo la hoja del armario, se mete dentro.

83 INTERIOR DEL ARMARIO.

Dos sombras se abrazan estrechamente. Un suspiro femenino, muy leve.

BEATRIZ

¿Te han visto?

EDUARDO

¡Calla!

Se confunden en una las dos cabezas.

84 FUERA DEL ARMARIO.

Vemos al Doctor y al Coronel Aranda acercarse en silencio al cuerpo de Sergio Russell. El Doctor hace un gesto a su acompañante señalando las piernas del muerto, para que las levante mientras él a su vez, lo toma por las axilas.

Llevaron el cadáver a la parte central del armario, lo abren y depositan allí el cuerpo, no sin haber antes sacado del interior, para hacerle sitio, un violoncello enfundado, dos atriles y varios cuadernos de música. Colocan las manos de Russell cruzadas sobre el pecho y dejan entornada la puerta. Más oyen de pronto, como viniendo del centro de la tierra, unas voces opacas, veladas, apenas audibles, que vienen en rigor de la sección vecina, separada por un ligero tabique de la central.

Oyen un ruido extraño como el que hace un cuchillo al desgarrar una pieza de seda.

¡Por fin!... A gritos va a acostarse a su lado, sin darse cuenta de lo que ocurre con Russell.

En la tarima del piano, Eduardo se incorpora. Ha visto acostarse a la Maynar. Nadie lo observa. Con gran cautela se aproxima a la sección derecha del armario, que hasta este momento no hemos visto ocupada a nadie. Lanza una mirada precipitada a los alrededores y abriendo la hoja del armario, se mete dentro.

INTERIOR DEL ARMARIO.

Las sombras se retiran estrechamente. Un suspiro femenino, muy leve.

BEATRIZ

¿Te has visto?

EDUARDO

¡Calla!

Se continúan en una de las cabezas.

FUERA DEL ARMARIO.

Vienen al Doctor y al Coronel Aranda acercarse en silencio al cuerpo de Sergio Russell. El Doctor hace un gesto a su acompañante señalando las piernas del muerto, para que las levante mientras él a su vez, la toma por las axilas.

Llevar el cadáver a la parte central del armario, lo sacan y depositan allí el cuerpo, no sin haber antes sacado del interior, para hacerle sitio, un violoncello enmascarado, dos sillas y varias cuerdas no de música. Colocan las manos de Russell cruzadas sobre el pecho y dejan entornada la puerta. Más oyen de pronto, como vibrando del centro de la tierra, unas voces opacas, veladas, apenas audibles, que vienen en rigor de la sección vecina, repartidas por un ligero tráfago de la central.

Oyen un ruido extraño como si que hace un cuchillo al desmenuzarse una pieza de seda.

VOZ DE EDUARDO

(muy velada)

Aquí, desemboca al mar.

VOZ DE BEATRIZ

(muy opaca)

No llego.

Ahora se percibe un golpeteo sordo como si un pájaro nocturno revolotease a ciegas dentro del armario.

VOZ DE EDUARDO

Desciende más.

Por fin, un crepitar como de vértebras que se quiebran.

VOZ DE EDUARDO

Ya... el rictus... ¡horrible!

VOZ DE BEATRIZ

¡Amor mío!

VOZ DE EDUARDO

¡Muerte mía! ¡Oh, redil!

Callan las voces. El Coronel y el Doctor se miran sin decir nada. Tal vez no hayan oído más que alguna palabra suelta. Se alejan para dirigirse a sus sitios.

85 Ana Maynar se incorpora del canapé en que dormía junto a Blanca y permanece sentada. Las greñas le caen sobre los ojos. Tiene los labios resacos y la lengua áspera. Debe de sufrir de una sed ardiente. El carrito está a su lado, pero no lleva agua ni café. Sus dedos toman el último medio limón que queda y lo sorbe con avidez. Más de pronto sus ojos se abren espantados.

La puerta del armario que dejó entornada el Doctor, se abre lentamente y aparece en el hueco la mano de Russell que se desliza hasta quedar colgada fuera del armario. Seguramente ha resbalado desde el pecho del muerto. Ana Maynar, sin un grito, cae desmayada. Leticia, está a su lado y se ha dado cuenta también de la macabra aparición. Su rostro permanece impávido. Se levanta, va al armario y vuelve a colocar la mano del cadáver en la posición que tenía.

FADE OUT

FADE IN:

86 EXT. CALLE DE LA PROVIDENCIA. DIA.

El extraño caso de los invitados de los Nobile ha convertido la calle próspera y tranquila en el punto de mayor interés de la ciudad. Una brigada de policías han acordonado la calle en los límites de la propiedad a fin de evitar el oleaje ciego de la muchedumbre.

Al fondo del jardín, entre los árboles, se yergue la silenciosa mansión, envuelta en misterio. Cinco o seis lujosos autos están detenidos frente a la verja que circunda el jardín. Sus ocupantes han echado pie a tierra y en pequeños grupos conversan en voz grave o callan apesadumbrados, sin apartar la vista del palacio de Nobile. Parecen todos personas de alta posición que visten elegantemente trajes de tono oscuro, apropiados para el caso.

En ese momento, un lujoso auto Mercedes atraviesa la barrera policial y viene a estacionarse junto a los otros. Indudablemente, tanto los recién llegados como los que estaban allí son familiares de los desaparecidos.

Pese a lo temprano de la hora, tras el cordón policiaco se agrupan más de doscientas personas que contemplan en silencio la mansión o hacen comentarios en voz baja sobre el extraño acontecimiento.

87 Cerca de la cancela enrejada que da paso al jardín, y que está abierta de par en par, un mayor del ejército está hablando con un ingeniero municipal. Este termina de encender un cigarrillo que le acaba de ofrecer el militar.

INGENIERO

¿Y qué quiere Ud. que hagamos?

Se encoge de hombros.

MAYOR

No sé. Pero, ¿vamos a seguir así siempre?

INGENIERO

Hace tres o cuatro días, el Alcalde considerando que lo más importante era establecer comunicación con los aislados, me encargó que instalara altavoces para que los de dentro, si viven, nos escucharan y siguieran (MAS)

VOZ DE EDUARDO

(muy velada)

Adul, desambrados al mar.

VOZ DE BEATRIZ

(muy opaca)

No llega.

VOZ DE EDUARDO

Desembarco más.

VOZ DE EDUARDO

Ya... el viento... ¡horrible!

VOZ DE BEATRIZ

¡Amor mío!

VOZ DE EDUARDO

¡Muerte maldita! ¡Oh, tedi!

Callan las voces. El Coronel y el Doctor se miran sin decir nada. Tal vez no hayan oído más que algunas palabras sueltas. Se alejan por la distancia a sus sitios.

Ana Mayner se incorpora del canapé en que dormía junto a Blanca y permanece sentada. Las grescas le caen sobre los ojos. Tiene los labios rosecos y la lengua húmeda. Dado de recibir de una a otra. El carrizo está a su lado, pero no lleva agua ni café. Sus dedos toman el último medio limón que queda y lo muerden con avidez. Más de pronto sus ojos se abren espantados.

La puerta del armario que dejó entreabierta el Doctor, se abre lentamente y aparece en el hueco la mano de Humbert que se desliza para la puerta colgada fuera del armario. Seguramente ha reaparecido con el pecho del muerto. Ana Mayner, sin un gesto, con desmayada. La puerta, está a su lado y se ha dado cuenta también de la reaparición. Su rostro permanece impasible. Se levanta, va al armario y vuelve a colocar la mano del cadáver en la posición que tenía.

EXT. CALLE DE LA PROVIDENCIA. DIA.

86

El extraño caso de los invitados de los Nobles ha convertido la calle en un teatro y atraído en el punto de mayor interés de la ciudad. Una brigada de policía ha acordonado la calle en los límites de la propiedad a fin de evitar el oleaje ciego de la muchedumbre.

Al fondo del jardín, entre los árboles, se ven las siluetas de algunas personas, convueltas en misterio. Cinco o seis personas están sentadas en el jardín, sus ocupaciones han echado pie a tierra y en pequeños grupos conversan en voz grave o callan apesadumbrados, sin apartar la vista del palacio de Nobles. Parecen todas personas de alta posición que visitan elegantemente las cosas de tono obscuro, apropiadas para el caso.

En ese momento, un lujoso auto Mercedes atraviesa la barreira por la izquierda y viene a estacionarse junto a los otros, indudablemente, tanto los recién llegados como los que estaban allí con familiares de los desaparecidos.

Pase a lo temprano de la hora, tras el cordón policial se agitan más de docenas de personas que contemplan en silencio la mansión o hacen comentarios en voz baja sobre el extraño acontecimiento.

Cerca de la cancela antejada que da paso al jardín, y que una alfombra de par en par, un mayor del ejército está hablando con un ingeniero municipal. Este termina de encender un cigarrillo que le acaba de ofrecer el militar.

87

INGENIERO

¿Y qué quiere Ud. que hagamos?

Se encoge de hombros.

MAYOR

No sé. Pero, vamos a seguir así siempre?

INGENIERO

Hace tres o cuatro días, el Alcalde consideraba que lo más importante era establecer comunicación con los afectados, me encargó que tratara alavez con los de dentro, al vivir, me encargaron y aligeran

INGENIERO (CONT.)

...nuestras instrucciones. Pero desistió cuando le hicieron comprender lo absurdo de la idea.

MAYOR

¿Absurdo? ¿Por qué? A mí me parece muy plausible.

INGENIERO

Porque más fácil que instalar altavoces es entrar en la casa, ya que nada nos lo impide y nadie ha entrado todavía.

MAYOR

Absolutamente cierto. Ayer enviamos aquí una brigada de zapadores a primeras horas de la tarde con su equipo completo. Pues bien: a las nueve de la noche regresaron al cuartel sin que un solo hombre hubiera entrado en la casa.

INGENIERO

Pero, ¿intentaron entrar, mi comandante?

88

MAYOR

No, y eso es lo grave del caso.

88

En medio del espeso silencio se oye de pronto gritar una voz:

VOZ

¡Queremos entrar!

OTRA VOZ

¡Silencio!

LA VOZ PRIMERA

¡Suéltanme!

Como si esta última palabra fuera una consigna, un rumor indescriptible se alza de la masa de curiosos. Se oyen gritos, imprecaciones. La multitud se encrespa. A través de la creciente algarabía amenazadora, se oyen voces sueltas más potentes.

INGENIERO (CONT.)

...nostrum inuentionem. Peris de-
stello cuando la historia comprendo
la abertura de la idea.

MAYOR

¿Ahurido? ¿Por qué? A mí me
parece muy plausible.

INGENIERO

Porque más allá que intentar al-
voco es entrar en la casa, ya que
nada nos lo impide y nada ha en-
trado todavía.

MAYOR

Absolutamente cierto. Aquí envia-
mos aquí una brigada de zapadores
a primera hora de la tarde con
su equipo completo. Pues bien:
a las nueve de la noche regresaron
al cuartel sin que un solo hombre
hubiera entrado en la casa.

INGENIERO

Pero, ¿intentaron entrar, mi cor-
mandante?

MAYOR

No, y eso es lo grave del caso.

88 En medio del espacio silencioso se oye de pronto gritar una voz.

VOZ

¡Queremos entrar!

OTRA VOZ

¡Silencio!

LA VOZ PRIMERA

¡Silencio!

Como si esta última palabra fuera una consigna, un rumor indes-
cristible se alza de la masa de curiosos. Se oyen gritos, im-
precaciones. La multitud no contuvo. A través de la abertura al-
gúnos avanzados, se oyen voces que dicen: ¡Adelante!

VOCES AD LIB.

No somos perros.

Queremos ver lo que pasa dentro.

¡Muera la policía!

¡Cerdos!

¡Muchachos: vamos allá!

¡Alto!

- 89 La primera fila de curiosos se desborda y arroja a la veintena de policías que quieren contenerla. Muchos de ellos caen por el suelo. Ya está libre el espacio que los separa de la casa y todos se lanzan en tropel hacia la misma. Pero como un auto veloz puede ser detenido en unos metros por sus potentes frenos, así la multitud va conteniendo su ímpetu al acercarse a la verja. Los primeros en llegar a ella titubean, no se deciden a entrar. Ya nadie intenta sobrepasar a nadie. La policía repuesta del ataque por sorpresa, comienza de nuevo a empujar brutalmente a los curiosos hasta enmarcarlos en los límites permitidos.

CORTE A:

- 90 EXT. EXTRAMUROS JARDIN NOBILE. ATARDECER.

Un paisaje poblado de árboles y tierra tapizada de prados. Al fondo puede verse el largo muro de piedra que circunda el jardín de la mansión.

Un rebaño de corderillos paca, diseminado entre la hierba, bajo el cuidado de un pastor que tañe una flauta de caña a la luz ya mortecina del crepúsculo.

En el muro, una puerta que dejaron entreabierta comunica el jardín con el campo. Uno de los corderillos se introduce por ella y a poco otros tres animales más siguen el mismo camino. El pastor se da cuenta y corre hacia la puerta. Se detiene en el umbral y sin siquiera hacer un movimiento para entrar en la propiedad silba a los descarriados corderillos, les lanza piedras para que vuelvan, pero con ello sólo consigue que se internen más en el jardín. Lo dejamos perplejo, sin atreverse a entrar y procurando alejar de la puerta el resto del rebaño, que intentaba seguir el mismo camino.

CORTE A:

VOCES AD LIB.

No somos pobres.
: Queremos ver lo que pasa dentro.
: ¡Muestranos la policía!
: ¡Córdenos!
: ¡Muchachos, vamos allá!
: ¡Allí!

La primera fila de curiosos se desbordó y arrolló a la vanguardia de policías que querían contenerlos. Muchos de ellos eran por el momento. Ya está libre el espacio que los separa de la casa y todos se lanzan en tropel hacia la misma. Pero como un auto veloz puede ser detenido en unos metros por una potente frenada, así la multitud va controlando su ímpetu al acercarse a la verja. Los primeros en llegar a ella titubean, no se deciden a entrar. Ya nadie intenta sobrepasar a nadie. Las policías repuestas del ataque por sorpresa, contentas de nuevo a empujar firmemente a los curiosos hacia un rincón en los límites permitidos.

CORTE A:

EXT. EXTRAMUROS JARDÍN NOBLE. ATARDECER.

Un paisaje poblado de árboles y tierra tapizada de prados. Al fondo se puede verse el largo muro de piedra que circunda el jardín de la mansión.

Un rebaño de corderillos pace, diseminado entre la hierba, bajo el cuidado de un pastor que tiene una flauta de caña a la luz ya mortecina del crepúsculo.

En el muro, una puerta que dejaron entredichas comunican el jardín con el campo. Uno de los corderillos se introduce por ella y a pocos otros tres animales más siguen el mismo camino. El pastor no da cuenta y corre hacia la puerta. Se detiene en el umbral y sin siquiera hacer un movimiento para entrar en la propiedad ellos a los desatendidos corderillos, las largas flechas para que vuelvan, pero con ello sólo consiguen que se internen más en el jardín. Los dejados por sí solos, sin atreverse a entrar y procurando alejarse de la puerta el resto del rebaño, que intentaba seguir el mismo camino.

CORTE A:

91 INT. SALITA. NOCHE.

En una de las paredes alguien ha socavado un gran hueco y una mano que empuña un hacha - proviene de la panoplia de armas antiguas que hay en la estancia - está agrandando todavía el hueco. El suelo contiguo al muro aparece cubierto de escombros, originados por el trabajo.

Ahora vemos el conjunto de la habitación y a sus ocupantes, entre los que reina un completo silencio. En el rostro de todos puede observarse la ansiedad con que siguen el trabajo que el mayordomo está llevando a cabo. En el fondo del agujero hay un tubo de conducción de agua. Julio redobla sus golpes con gran energía, intentando romper la cañería por el empalme.

El cambio que se ha efectuado en los invitados es impresionante: sucios, demacrados, algunas mujeres con su traje de noche medio desgarrado, casi todas desgredadas, sin maquillaje y los hombres en mangas de camisa igualmente sucias, rotas, abiertas sobre el pecho velludo. Pero, cosa extraña, todos aparecen pulcramente rasurados. Aparte de eso, reinan la suciedad y el desaliño. Notamos avidez en las miradas ante la próxima satisfacción de la terrible sed que los posee.

La mayor parte de los invitados andan descalzos aunque algunas damas todavía arrastran sus finos, pero maculados zapatos de raso. Es lógico que dada su forzada inacción se hayan desembarazado de esa prenda que obstaculiza la circulación, tal y como hacen los viajeros obligados a efectuar un largo viaje en avión.

La cortina que ornaba antes la puerta de cristales, pende ahora a uno de los lados del gran armario a un metro de distancia de su sección izquierda, quedando así oculta ésta de las miradas de los invitados.

92 Leandro avanza hacia el mayordomo y con brusquedad le arranca el hacha de las manos, impaciente por la torpeza que muestra su manejo. Introduce el espolón del instrumento entre el tubo y el muro a modo de palanca y empuja con todas sus fuerzas. Todo inútil.

93 Se une a Leandro, Raúl Yebenes, que lleva una maza de guerra, de la panoplia, en su mano derecha y juntando sus esfuerzos a los del otro, consiguen pronto que la cañería comience a ceder. Por fin, aparece un hilo de agua a través de la junta.

- 94 La mayor parte de los presentes se precipita hacia el agujero, estrujándose unos a otros e intentando ocupar el primer puesto para satisfacer la sed.

DOCTOR

Señoras, amigos míos: háganme caso. Pónganse en fila. Primero un sólo vaso para cada uno. Luego, a la segunda vuelta beban cuanto quieran. La falta de contención podría ser peligrosa para algunos, sobre todo para los enfermos.

- 95 En este momento brota un chorro de agua y todos se arremolinan oyéndose, ad libitum, suspiros, interjecciones y gritos que impiden seguir hablando al doctor. El chorro es irregular con una parte de su volumen deslizándose tubo abajo y otra en forma de pequeño surtidor arqueado.

Ha desaparecido toda noción de cortesía y respeto mutuo entre la turba elegante, lanzándose todos, en tropel, a saciar la sed, empujándose con imprecaciones, la mano del uno apartando la cara del otro para aplicarse sus labios resacos al fresco líquido. Las señoras llevan la peor parte, por lo que el Coronel, abriéndose paso a empujones, viene a colocarse junto a la fuente.

CORONEL

¡Las mujeres primero!

Varias manos femeninas alargan tazas y vasos hacia el chorro y comienzan a satisfacer la sed.

- 96 Francisco de Avila ya deslizándose o empujando consigue ponerse entre las damas y pone un vaso bajo la improvisada fuente. El Coronel lo aparta de un brutal empujón.

CORONEL

¿No me oyó usted...? ¡Guarde su turno!

Juana de Avila mira airada al Coronel, mientras le ofrece a su hermano el vaso que ya había llenado para sí. Francisco bebe ávidamente.

Continúa Esc. 96.

JUANA AVILA

Es usted un dictador y no le
consiento que brutalice a mi
hermano.

El Coronel no se digna responderle.

- 97 Alicia Roc con una taza llena de agua se dirige a un extremo de la salita en donde, acostado en un canapé y al parecer inconsciente, está su esposo, Sr. Roc. Alicia le pasa un brazo bajo la espalda y con esfuerzo consigue incorporarlo un poco.

ALICIA

¡Por fin, agua!... Bebe un poco.
Te hará mucho bien.

Le acerca el vaso a los labios y el viejo, sin abrir los ojos, traga una poca, pero parte del líquido se derrama sobre su barba y pecho. Alicia lo mira tristemente y le enjuga con su pañuelo el agua vertida. Se acerca al Doctor que está terminando de beber un vaso.

ALICIA

(al Doctor)

¡Dos días sin hablar, con los ojos
cerrados y separado de todos, in-
cluso de mí! Y usted dice que no
es nada...

DOCTOR

Y se lo repito, Alicia. Tiené lo
que todos nosotros, aunque debido
a su edad, a su sensibilidad de ar-
tista, la descarga emocional haya
sido tal vez más fuerte en él que
en los demás.

Se oye muy débilmente la voz de Roc.

SR. ROC

¡Agua!

Alicia no pierde tiempo en levantarse y correr a la fuente, mien-
tras el Doctor le toma el pulso.

La mayor parte de los presentes se precipita hacia el siguiente... en-
trándose unos a otros e intentando ocupar el primer puesto para
saludar al sed.

DOCTOR

Señores, amigos míos: háyanse
caso. Pónganse en fila. Fringe-
to un solo vaso para cada uno.
Luego, a la segunda vuelta deben
cuanto quitan. La falta de con-
tención podría ser peligrosa para
algunos, sobre todo para los enor-
mos.

En este momento brota un chorro de agua y todos se arremolinan
oyéndose, al mismo tiempo, susurros, intersecciones y gritos que impiden
seguir hablando al doctor. El chorro es irregular con una parte de
su volumen desfilándose tipo abo y otra en forma de pedruzcos sur-
tidor atropellado.

Ha desaparecido toda noción de cortesía y respeto mutuo entre la
turba elegante: lanzándose todos, en tropel, a sacar la sed, em-
pujándose con impetuosidad, la mano del uno apartando la del
del otro para apoderarse de los vasos llenos. Los se-
ñores llevan la peor parte, por lo que el Coronel, apurándose para
a empujones, viene a colocarse junto a la fuente.

CORONEL

¡Las mujeres primero!

Varias mujeres rememoran algunas frases y vanse hacia el chorro y
comenzan a saltar la red.

Francisco de Avila ya desfilándose a empujando consigue ponerse
entre las damas y pone un vaso bajo la improvisada fuente. El Co-
ronel lo aparta de un brutal empujón.

CORONEL

¡No me oye usted...! ¡Guárdele
su turno!

Juana de Avila mira al Coronel, mientras le ofrece a su
hermano el vaso que ya había llenado para él. Francisco pone
evidentemente.

- 98 La cara muy pálida y con expresión de sufrimiento, vemos a Leonora acostada en el suelo sobre unas fundas. Tiene un vaso de agua en la mano que bebe a pequeños sorbos. Con la otra mano se palpa el costado izquierdo, que es seguramente la parte de donde irradian sus dolores. Como las demás, está terriblemente demacrada y su desaliento es total.

- 99 Beatriz, Silvia, Lucía y Juana de Avila se refrescan la cara y la cabeza con el agua que sigue brotando de la cañería. Se une a ellas Blanca para seguir su ejemplo en aquella somera "toilette". Beatriz ha terminado y se dirige hacia el carrito.

Julio, el mayordomo, está comiendo algo que extrae de una taza. Beatriz se detiene mirándolo con extrañeza, no exenta de avidez.

BEATRIZ

¿Qué come Ud?

MAYORDOMO

Es papel, señorita.

Se trata de una pasta blancuzca, nada apetitosa a la vista, formada de papel macerado en agua. (Julio sigue sentado, pues ya la etiqueta ha desaparecido entre los invitados.)

MAYORDOMO

No es muy apetitoso, pero sirve para engañar el hambre.

BEATRIZ

Si no me diese asco...

MAYORDOMO

El sabor del papel no es desagradable, señorita Beatriz. Mis amiguitos y yo lo comíamos cuando éramos pequeños. Tal vez porque nos aburríamos en clase.

(la mira sonriendo sin dejar de mascar)

Como les ocurre a la mayoría de los niños, ¿no cree usted? El papel es bueno. Dicen que se hace con las hojas y la corteza tierna de los árboles, así es que... no puede hacer daño. Excuse mi atrevimiento, pero si se digna probarlo...

Beatriz indecisa se queda mirando la copa que le ofrece Julio. Parece que la ve con menos desagrado que antes.

LEANDRO (off)

¡Julio, venga aquí!

El mayordomo vuelve la cabeza en la dirección de donde lo llaman y siempre sumiso, se levanta y se dirige hacia la fuente.

100 Leandro está tratando de detener el agua que fluye de la cañería y que ha formado un buen charco en el suelo. Una vela de cera -- ablandada, unos trapos y un trozo de cable eléctrico sirven su propósito.

LEANDRO

(al mayordomo)

¡Ayúdeme!. Tire bien fuerte del alambre.

De todos modos el tosco arreglo no impide que siga deslizándose a lo largo del tubo un chorrito de agua que, afortunadamente, se pierde entre los ladrillos del muro. Siguen trabajando.

ANA MAYNAR (off)

(gritando)

¡No se vayan! ¡No me dejen sola!

CORTE A:

101 Leticia, asombrosamente bien aseada, está junto a la Maynar, que es de todas la que se halla en estado más lamentable. Debe de hacer días que no se peina y de su escote desgarrado emergen casi desnudos los senos. Leticia le coloca su propio chal en el cuello, cubriéndole así la desnudez.

Ana, presa de una gran fiebre, sudando copiosamente, con el rostro congestionado, se aferra con sus manos al brazo de Leticia.

ANA MAYNAR

¡Hambre... Hambre!... No coman.
No me dejen sola.

Se revuelve inquieta, Solloza.

ANA MAYNAR

¡Príncipe, sálvame! ¡El pacto!...

Impasible, Leticia le seca el sudor. (Se oye "off" el zumbido de una maquina eléctrica.)

- 102 Los invitados, satisfecha la sed se han ido sentando o tendiéndose donde pueden. Algunos incluso intentan conciliar el sueño. En el suelo, junto a Francisco de Avila, vemos tres estuches abiertos que, seguramente, provienen del armario: pitilleras de oro, un juego de plumas fuente, igualmente de oro, y el tercero que contiene dos máquinas de rasurar, una de las cuales, conectada, se pasa el joven con saña monótona por su rostro casi imberbe. El zumbido de la máquina molesta a Raúl, que sin decir palabra y mirando amenazadoramente a Francisco, la desconecta. Este vuelve su cabeza hacia Raúl y se muerde con rabia los labios, pero no dice nada.

- 103 Blanca se peina frente al espejo y sobre ella se posan los ojos de Francisco. El movimiento de las manos y brazos de aquella se resuelven en una extraña monotonía. Si bien la parte de cabellera visible en el espejo está ya ordenada, descuida por completo de pasar el peine por detrás de la cabeza. Los gestos de Blanca, como los de todos los presentes, comienzan a transformarse, a tomar nuevos modos que se aproximan a lo patológico.

(El Director irá mostrando con discreción los distintos "tics" que han ido adquiriendo algunos invitados: arrancarse pelos de las cejas, guiño de ojos, sacarse espinillas de la nariz, etc. como también "tics" verbales: monosílabos reiterativos, etc.)

Francisco que sigue pendiente del peinado, se revuelve inquieto. Está molesto, obsesionado por la torpeza de Blanca al ejecutar un acto tan trivial. Juana de Avila se da cuenta de lo que siente su hermano y su mirada que se posa tiernamente en Francisco pasa a Blanca y se hace colérica.

FRANCISCO AVILA

¡No puedo más, Xana, no puedo más!

Francisco nombra siempre a su hermana por el diminutivo infantil, aspirando ligeramente la "X".

Continúa Esc. 103.

FRANCISCO AVILA

¡Te lo juro! No resisto a esa har-
pía peinándose nada más media cabe-
za. ¡Je la hais! Prefiero la sed y
el hambre a tener que soportarla.

Juana vuelve a mirar a Blanca que, ajena a la reacción que produ-
ce, sigue arreglándose el pelo. Por fin, la hermana de Francis-
co se levanta y se acerca a la pianista.

JUANA AVILA

(violenta)

¿Por qué no se peina como es debi-
do?

La interpelada se vuelve mostrando asombro en su cara, no exento
de temor. Juana le arranca el peine de las manos y lo pasa enér-
gicamente por la cabeza de Blanca.

JUANA AVILA

¡Así! ¿Ve? ¡Hasta abajo! Es-
tamos hartos de verla. Ya no pode-
mos soportar sus manías.

Rompe el peine en dos trozos, los arroja al suelo, y vuelve a reu-
nirse con su hermano. Blanca estupefacta y llena de confusión ha
quedado inmóvil. Mira casi con lágrimas en los ojos los restos
del peine, pero no se atreve a recogerlos.

104 El mayordomo ha vuelto junto a la mesita. Eduardo está ahora ma-
cerando papel en agua y Beatriz sigue el trabajo de su novio con
avidez, casi con fruición. Se aproxima Rita Ugalde que parece bus-
car algo. Está recién peinada.

RITA

Perdóneme, Beatriz. ¿No ha vis-
to por casualidad una cajita de pla-
ta con cápsulas blancas dentro? ¿Y
usted, Julio?

MAYORDOMO

¿Una cajita? No. Lo siento, se-
ñorita.

BEATRIZ

Yo tampoco, Rita.

Continúa Esc. 104.

RITA

Es el remedio de Cristian. Lo guardaba como oro en paño. Pero todos tenemos la cabeza un poco...

MAYORDOMO

La voy a buscar ahora mismo.

Rita mira tristemente el carrito sin alimentos. Comienza a remover platos y tazas.

RITA

A lo mejor queda algún terrón de azúcar...

BEATRIZ

Ayer estuve buscando lo mismo pero... ya no quedaba nada... nada...

RITA

105 Rita se dirige al sillón en donde está sentado Cristian, que sufre visiblemente.

RITA

¿Te sientes mejor?

El se limita a lanzar un débil quejido.

RITA

Aguanta un poco todavía. Verás como aparece.

Raúl, siempre taciturno, se sienta cerca del matrimonio.

CRISTIAN

(con el pesimismo propio de su dolor de estómago)

Seguro que alguien ha encontrado la cajita. Y que la ha vuelto a esconder para que yo reviente.

RITA

No digas eso.

Raúl levanta su cabeza hacia Cristian con gesto avinagrado. Este no se da cuenta: su expresión se entenece como recordando algo.

CRISTIAN

Estoy pensando... siempre pensando. ¿Qué estarán haciendo ahora?

Continúa Esc. 105.

FRANCISCO AVILA

¡Te lo juro! No resisto a esta...
¡Te lo juro! No resisto a esta...
¡Te lo juro! No resisto a esta...

Juan vuelve a mirar a Blanca que, ajena a la reacción que produce, sigue arreglándose el pelo. Por fin, la hermana de Francisco se levanta y se acerca a la pizarra.

JUANA AVILA

(voluntaria)
¡Por qué no se parece a mi mamá!

La interpelección se vuelve mostrando asombro en su cara, no exento de temor. Juan le atrapa el brazo de la mano y lo para súbitamente por la cabeza de Blanca.

JUANA AVILA

¡Ah! ¿Ves? ¡Mamá se ve! Es...
¡Ah! ¿Ves? ¡Mamá se ve! Es...
¡Ah! ¿Ves? ¡Mamá se ve! Es...

Rompe el peine en dos trozos, los arroja al suelo, y vuelve a mirar a su hermano. Blanca se agacha y llena de confusión la penumbra inmóvil. Miras casi con lágrimas en los ojos los restos del peine, pero no se atreve a recogerlos.

104 El mayordomo se vuelve junto a la mesa. Eduardo está ahora mirando hacia el agua y Beatriz sigue el trabajo de su novio con avidez, casi con fascinación. Se aproximan Rita y Ubaldo que parecen llevar algo. Está recién peinada.

RITA

Perdóneme, Beatriz. ¿No ha visto por casualidad una cajita de...
Perdóneme, Beatriz. ¿No ha visto por casualidad una cajita de...
Perdóneme, Beatriz. ¿No ha visto por casualidad una cajita de...

MAYORDOMO

¿Una cajita? No, lo siento, señor.

BEATRIZ

Yo tampoco, Rita.

Continúa Esc. 105.

Rita apoya la cabeza en el hombro de él.

RITA

Yo tampoco puedo olvidarlos. ¡Pobres hijitos! Mi único consuelo es que el abate los cuidará con el mismo amor que nosotros.

CRISTIAN

¿El abate? Precisamente lo que más me inquieta es que nuestros hijos hayan quedado en manos de ese hipócrita...

Rita frunce el ceño y, ofendida, separa su brazo de la espalda de Cristian.

RITA

No seas injusto.

Cristian sube el tono de voz que se hace colérica y responde, acicateado por el dolor.

CRISTIAN

No me negarás que te hacía la corte y estoy empleando un eufemismo pero... prefiero callarme.

RITA

(desafiante)

No te calles. ¡Habla!

Raúl, molesto por la discusión, levanta la cabeza y les lanza una mirada de desagrado. Ugalde que iba a responder a su esposa - irritadamente, se da cuenta y descarga su enojo sobre aquel.

CRISTIAN

(a Raúl)

¿Le interesa mucho lo que estamos diciendo?

Raúl hace un gesto de fastidio y responde con voz cansina, despreciativa.

RAUL

Ustedes y sus tristes problemas conjugales me importan un comino.

Ugalde se incorpora de su silla colérico.

Continúa Esc. 104.

RITA

Es el remedio de Cristian. Lo guar-
daba como oro en paño. Pero todos
tenemos la esperanza de poco...

MAYORDOMO

La voy a buscar ahora mismo.

RITA

A lo mejor queda algún niño de
aquí...

BEATRIZ

Ayer estuve buscando lo mismo por-
to... ya no quedaba nada...

RITA

¿Te sientes mejor?
El se llama a la vez un poco de dolor.

RITA

Agüita un poco todavía. Verás
cómo aparece.

CRISTIAN

(con el pesimismo propio de
su dolor de estómago)
Soy seguro que algún día me sentiré la
cabeza. Y que la vuelta a la
del para que yo reviente.

RITA

No digas eso.

CRISTIAN

Eso es lo que me preocupa.
¿Qué estás haciendo ahora?

Rita, apoya la cabeza en el hombro de él.

RAUL
Yo tampoco puedo olvidarlos. Por-
que ellos son mi único consuelo es
que el estado los cuida con el mis-
mo amor que nosotros.

CRISTIAN
¿El estado? Precisamente lo que
más me inquieta es que nuestros
hijos hayan quedado en manos de
ese hipocrita...

Rita frunce el ceño y, clemente, aparta su brazo de la espalda de
Cristian.

RAUL
No seas injusto.

Cristian sabe el tono de voz que se hace colérico y responde, sol-
citado por el dolor.

CRISTIAN
No me negaré que te he hecho la corte
y estoy empleado en autismo por
to... prefiero callarme.

RAUL
(desafiante)
No te calles. ¡Habla!

Raúl, molesto por la discusión, levanta la cabeza y los brazos una
mirada de desafío. Ugalde que iba a responder a su esposa
irritadamente, se da cuenta y desvía su mirada sobre aquel.

CRISTIAN
(a Raúl)
¿Le interesa mucho lo que estamos
diciendo?

Raúl hace un gesto de fastidio y responde con voz cansada, despre-
ciativa.

RAUL
Estados y sus tristes problemas con-
vencidos me importan un comino.

Ugalde se incorpora de su silla colérica.

CRISTIAN

Es usted un insolente y habrá nota-
do que como a tal le trato desde
que estamos aquí.

RAUL

(con desgana)

Me da lo mismo. Yo lo desprecia-
ba a Ud. desde mucho antes.

Vuelve a quedar pensativo, sin preocuparse de la reacción de Ugal-
de. Rita sujeta a su marido por un brazo, pues intenta lanzarse
sobre el otro. Interviene Nobile.

NOBILE

Señores: su actitud de ahora... no
sé. Todos estamos en la misma si-
tuación y nada perderemos con tratar
nos cortesmente.

Al oír estas palabras, los que acaban de disputarse forman frente
único contra el anfitrión.

CRISTIAN

A usted le valdría más callarse, No-
bile.

RAUL

De acuerdo. Hace falta cinismo pa-
ra atreverse a dar consejos a sus
víctimas.

El anfitrión los mira con ojos angustiados.

NOBILE

¿Mis víctimas? ¿Por qué, Raúl,
por qué? Explíquese. Me sentiré
aliviado al escuchar una buena razón.

RAUL

(agresivo)

Estoy cansado de repetírselas.

106 El Coronel interviene al ver que se caldean los ánimos. Toma de
un brazo a Nobile.

CORONEL

Edmundo, venga conmigo. No ha-
ble más. No los irrite más de lo
(MAS)

Continúa Esc. 106.

CORONEL (CONT.)

... que están.

Lo lleva al otro extremo de la salita y lo hace sentar en una silla.

NOBILE

Siéntese a mi lado, Alvaro; se lo suplico.

Este accede de no muy buena gana.

NOBILE

Usted es mi amigo. Le juro que daría la vida por entender todo esto, por acabar con la situación. Me horroriza la desgracia y siempre he procurado aliviarla si he podido. ¿Cómo es posible que crean...?

CORONEL

Si, si... Cálmese. Ya está bien.

Abrumado, Nobile baja la cabeza sin responder. Lucía se aproxima y se sienta junto al Coronel.

LUCIA

Alvaro: tengo hambre, hambre... Piensa algo para que salgamos al fin de esta pesadilla.

El la toma de un mano, sin cuidarse de que su esposo esté a su lado.

CORONEL

Sólo un milagro puede sacarnos de aquí.

Y agrega con sorna y cierto despecho:

CORONEL

¿Por qué no organizamos un rosario colectivo?

Lucía levanta sus ojos al Coronel y dice, brillándole los ojos casi con fervor místico:

LUCIA

Edmundo y yo hemos prometido de todo corazón organizar un solemne Te Deum si la Divina Providencia nos libra de este encierro.

Continúa Esc. 105.

CRISTIAN

Es usted un insólito y habré notado que me trata como a tal le trato desde que estamos aquí.

RAUL

(con desagrado)
Me da lo mismo. Yo lo desprecio. Es a Ud. desde mucho antes.

Vuelve a quedar pensativo, sin preocuparse de la reacción de Ugo. Rta. sujeta a su marido por un brazo, pues intenta lanzarse sobre el otro. Interviene Nobile.

NOBILE

Señores: su actitud de ahora... no sé. Todos estamos en la misma situación y nada perderemos con tratarlos con cortés.

Al oír estas palabras, los que estaban de disputarse forman frente único contra al anfitrión.

CRISTIAN

A usted le voy a ir a calentar. No, sí.

RAUL

De acuerdo. Hace falta cimiento para sobrevivir a dar consejos a sus víctimas.

El anfitrión los mira con ojos angustiados.

NOBILE

¿Mis víctimas? ¿Por qué, Raul, por qué? Expóngame. Me sentiré aliviado al escuchar una buena razón.

RAUL

(agresivo)
Estoy cansado de repetirme.

105 El Coronel interviene al ver que se calientan los ánimos. Toma de un brazo a Nobile.

CORONEL

Edmundo, venga conmigo. No se pierda. No los trata más de la

El Coronel no puede menos de sonreír y atrayendo hacia sí la cabeza de Lucía la besa en la mejilla. Nobile desvía confuso su mirada. De pronto Lucía aspira el aire con un gesto de infinita repugnancia.

LUCIA

¡Y este hedor insoportable!... ¡Es espantoso!

El Coronel señala algo hacia la parte central del armario.

CORONEL

Estamos tratando de remediar éso.

- 107 Leandro y Eduardo Gándara se hallan ocupados en una extraña operación junto a la parte central del armario que sirve de tumba al señor Russell. Ayudándose con trozos de papel mojado y unas dagas de la panoplia, están introduciendo la pasta así formada en las rendijas del armario, precaución necesaria para contener en parte los miasmas fétidos que seguramente salen del interior. Se oye de nuevo la voz monótona de la Maynar.

ANA MAYNAR (off)

¡No se vayan! ¡No me dejen sola!

DOCTOR

- 108 El mayordomo arrodillado en el suelo, está recogiendo con una gran bandeja los escombros que quedaron al pie del agujero. Aunque el agua no cae directamente sobre el suelo de la salita, éste se halla enfangado y sucio. Con la bandeja llena se aproxima Julio a la puerta de cristales y arroja el contenido al interior del salón. Se distingue la basura que comienza a acumularse cerca de la puerta, pues los desperdicios o detritus de cualquier especie que se producen en la salita van a parar al salón.

- 109 Apenas se aleja Julio de la puerta, llega Raúl quien lleno de nerviosidad, estrujándose las manos, cruza dos y tres veces paralelamente el umbral. Por fin se para y se apoya en una de las jambas, mirando obstinadamente al suelo. Sus pies han quedado junto a un montoncito de escombros esparcidos sobre el mismo umbral. Con los escombros vemos otros desperdicios, como un par de platos -

rotos, papeles desgarrados, algún zapato de hombre, dos cuellos de pajarita muy sucios, etc. etc. El pie derecho de Raúl, con movimiento automático, revuelve estos detritus, los separa, los vuelve a juntar dejando de improvviso al descubierto un objeto de metal brillante. Es la cajita con cápsulas que con tanto ahinco buscaba Rita momentos antes. La punta del pie selecciona y separa de entre los escombros la cajita y de una enérgica patada la hace llegar hasta casi al extremo opuesto del salón.

DOCTOR

La primera.

- 110 Oímos un lamento débil, intermitente que proviene de una garganta femenina. Silvia se acerca al Doctor.

SILVIA

¿Qué podríamos hacer, doctor Conde?
La pobre sufre mucho.

El Doctor se encoge de hombros con gesto desalentado, pero sigue a Silvia hasta el ripcón en donde yace Leonora que sigue quejándose lastimeramente. Conde le toma el pulso.

LEONORA

No aguanto más, doctor. Prefiero morir. ¿Por qué no me matan de una vez?

DOCTOR

No diga disparates. Ya ve... hoy pasó el día bastante bien. Sus dolores no son continuos y terminarán por desaparecer. Aguante, aguante un poco.

Se ha acercado Nobile que, junto a Silvia, contempla compadecido a la enferma.

DOCTOR

(a Nobile)

Los analgésicos nos van siendo tan urgentes, tan necesarios, como los alimentos. ¡No disponer ni siquiera de una aspirina !...

El Doctor intenta levantarse, pero ella lo toma de una mano.

LEONORA

¡No me deje: se lo suplico ! Su presencia me alivia, doctor.

El Doctor no puede moverse y atrayendo hacia él la cabeza de la mujer, la besa en la mejilla. Nobile levanta la cabeza y mira a la mujer con un gesto de infinita repugnancia.

LUCIA

¡Y esta hedionda insupportable!... ¡Es espantoso!

El Doctor señala algo hacia la parte central del armario.

CORONEL

Estamos tratando de remediarlo.

107 Leonora y Eduardo Gándara se hallan ocultos en una extraña habitación junto a la parte central del armario que sirve de trampa al señor Ransell. Ayudándose con trozos de papel mojado y una gasa de la panoplia, están introduciendo la parte del armario en la habitación del armario, precaución necesaria para que los ministros lúbricos que seguramente están del interior. Se oye de nuevo la voz monótona de la Mayar.

ANA MAYAR (off)

¡No se vayan ! ¡No me dejen sola!

108 El mayor como atrevido en el suelo, está recogiendo con una gran bandeja los escombros que quedaron al pie del agujero. Aunque el agua no se directamente sobre el suelo de la sala, ésta se halla ensuciada y sucia. Con la bandeja llena se aproxima hacia la puerta de cristal y arroja el contenido al interior del salón. Se distingue la puerta que comienza a acumularse cerca de la puerta, pues los desperdicios o detritus de cualquier especie que se producen en la sala van a parar al salón.

109 Apenas se aleja Julio de la puerta, Nobile Raúl salen hacia la habitación, extrínsecos las manos, cruzados y tres veces giran lentamente el umbral. Por fin se para y se apoya en una de las jambas, mirando obstinadamente al suelo. Sus pies han quedado juntos a un montón de escombros que rodea el mismo umbral. Con los escombros vemos otros desperdicios, como un par de platos

rotos, papeles desgarrados, algún resto de hombre, dos cuernos de
pajarita muy sencillos, etc., etc. El pie derecho de Raúl, con movi-
miento automático, revolvía estos detritus, los agarraba, los volvía
a juntar dejando de improvisar el descubrimiento de un objeto de metal bri-
llante. En la celda con las celdas que con tanta ansiosa búsqueda ella
momentos antes. La punta del pie selecciona y separa de entre los
descompostos la celda y de una enérgica patada la hace llegar hasta
casi al extremo opuesto del salón.

110 Oímos un lamento débil, intermitente que proviene de una garganta
femenina. Silvia se acerca al Doctor.

SILVIA

¿Qué podríamos hacer, doctor Conde?
La pobre sufre mucho.

El Doctor se encoge de hombros con gesto desalentado, pero sigue
a Silvia hasta el rincón en donde yace Leonora que sigue durmiendo
lastimosamente. Como se toma el pulso.

LEONORA

No aguanto más, doctor. Prefiero
morir. ¿Por qué no me matan de
una vez?

DOCTOR

No diga disparates. Ya ve... hoy
pagó el día pasado bien. Que do-
lores no son continuos y terminarán
por desaparecer. Aguante, aguante
un poco.

Se ha acercado Nobile que, junto a Silvia, contempla con admiración
la enferma.

DOCTOR

(a Nobile)
Los análisis nos van dando tan-
to mejores, tan necesarios, como los
alimentos. ¡No dejen de alimen-
tar de una respiración!

El Doctor intenta levantarse, pero ella lo toma de una mano.

LEONORA

¡No me dejes así! ¡Repito!
¡Presencia me Silvia, doctor!

Este hace un gesto de resignación. A través de los ojos fabriles de
Leonora asoma una lucecita de esperanza.

LEONORA

Si salimos de esta cárcel, si me cu-
ro, quiero ir con Ud. a Lourdes.
Prométame que vendrá, ¿verdad que
sí?

DOCTOR

(sin convicción)

Lo prometo.

Leonora comienza a divagar, medio delirante.

LEONORA

Iremos a postrarnos a los pies de
la Virgen porque Ella, Ella es la
que nos sacará de aquí.

DOCTOR

No hable tanto, no se excite. Eso
puede afectarle gravemente.

LEONORA

Cuando estemos en Lourdes quiero
que me compre usted una virgen
lavable de caucho. ¿Verdad que
me la comprará?

En efecto: esas imágenes pueden comprarse en muchas tiendas de
imaginaria sansulpiciana, en Lourdes.

La enferma cierra los ojos y queda inmóvil, lo que aprovecha el
Doctor para levantarse.

111 Nobile hace un leve gesto con la cabeza al Doctor, como indicándole
que lo siga. Va directamente a un "secretaire" que hay en un rin-
cón, lo abre y extrae del interior un cofrecillo de ébano. Todos
sus movimientos, toda esta acción la ha realizado procurando pasar
inadvertido de todos menos del Doctor, que no lo pierde de vista.

Con el cofre en las manos llega hasta el nicho del piano, sube las
escalerillas y desaparece tras la cortina. Poco después y afectan-
do el mismo aire de indiferencia, el Doctor Conde va a reunirse con
Nobile. Los dos quedan ocultos a las miradas de los invitados.

Nobile alarga al Doctor el cofrecito, que tiene en la tapa sus iniciales de oro, y éste lo abre. En el interior hay una especie de masa parduzca y blanda. Conde la aproxima a su nariz y la huele. Frunce el ceño y vuelve a olerla. Después le da pequeños pellizcos, la materia no es ni muy blanda ni muy seca. El Doctor mira asombrado a su amigo.

DOCTOR

¿Cómo tiene Ud. ésto?

NOBILE

A esta salita le llamábamos el Paraíso de Tebas. Aquí nos reuníamos a veces unos cuantos amigos. Hemos pasado horas inolvidables.

DOCTOR

¿Por qué no me avisó antes... de ésto?

NOBILE

Imagínese en las presentes circunstancias si se enteran los demás...

DOCTOR

Pues, por el momento, los enfermos van a sentirse aliviados. Ya tenemos analgésico.

El Doctor separa una porción de la pasta para preparar el medicamento.

CORTE A:

- 112 Francisco de Avila ha venido a sentarse en la escalerilla y ha oído algo de las últimas palabras del diálogo anterior. Su rostro refleja una gran curiosidad. Como nota que los que están tras las cortinas se disponen a salir, apoya la cabeza en un brazo y cierra los ojos como persona ajena a todo.

Sale Nobile de su escondite, procurando ocultar el cofrecillo y despacio, con indiferencia se acerca de nuevo al "secretaire", depositando el cofre en su interior.

La mirada de Francisco de Avila revela curiosidad extrema. Juana, que nunca aparta los ojos de su hermano y que está junto a él, se incorpora un poco para preguntarle:

JUANA AVILA

¿Qué era éso?

FRANCISCO AVILA

Y a tí qué te importa.

JUANA AVILA

¿Qué es lo que ocultaba?

Francisco se tiende en el suelo, boca arriba. Juana acerca su cabeza a la de él.

JUANA AVILA

¿Qué?

FRANCISCO AVILA

Lo sabré cuando todos duerman.

Da media vuelta para evitar los labios de Juana que casi rozan los suyos.

113 De detrás de la cortina que oculta parte del armario, surge Blanca, que toma sitio junto a Francisco. Este se revuelve inquieto, la mira con repulsión y termina por incorporarse a medias. Reina un silencio total en la salita que rompe de pronto una voz femenina:

VOZ FEMENINA (off)

¡Tengo hambre !
(sollozo)

RAUL (off)

¡Silencio!

JUANA AVILA

¡Esto es demasiado. Déjennos descansar!

La voz calla, pero siguen los sollozos ahogados. Francisco continúa mirando de reojo a Blanca, con gesto de repugnancia. De pronto le dice agresivamente:

FRANCISCO AVILA

Vous sentez la hyène, Madame.

BLANCA

¿Qué dice ?

FRANCISCO AVILA

Que huele Ud a hiena.

JUANA AVILA

¿Qué me das?

FRANCISCO AVILA

Y a ti qué te importa.

JUANA AVILA

¿Qué es lo que ocultas?

Francisco se tiende en el suelo, boca arriba, para a la de él.

JUANA AVILA

¿Qué?

FRANCISCO AVILA

Lo sabré cuando todos duerman.

De media noche para evitar los latidos de Juana que casi tocan los suyos.

113 De detrás de la cortina que oculta parte del armario, surge Blanca que toma aliento junto a Francisco. Este se revuelve inquieto, la mira con repugnancia y termina por incorporarse a medias. Rápidamente total en la salida que rompe de pronto una vez femenina:

VOZ FEMENINA (off)

¡Tengo hambre!

(soltando)

RAUL (off)

¡Silencio!

JUANA AVILA

¡Esto es demasiado! ¡Déjame pasar!

La voz calla, pero siguen los sollozos ahogados. Francisco continúa mirando de reojo a Blanca, con gesto de repugnancia. Le pone la boca agrieta:

FRANCISCO AVILA

¡Vete a dormir, la perra!

BLANCA

¿Qué dice?

FRANCISCO AVILA

Que duerma la perra.

Espantada, Blanca se vuelve hacia él.

BLANCA

¿Cómo se atreve...? ¿Por qué me ofende?

115 El Coronel que está cerca, se revuelve airado:

CORONEL

(a Francisco)

Vergüenza debía darle a usted de hablar de miserias que todos llamamos por dignidad.

Francisco se incorpora muy excitado. Su voz suena más afeminada que de costumbre.

FRANCISCO AVILA

¿Por qué se asusta de la verdad?

Ella huele mal... y usted... y yo,

y todos... Vivimos en una pocilga.

Como cerdos.

Conforme habla se ha ido exaltando y grita dirigiéndose a los demás invitados.

FRANCISCO AVILA

Me dan asco todos Uds. ¡Los

detesto!

El Coronel, comprendiendo el estado anormal de Francisco, se abstiene de intervenir de nuevo, sobre todo, al ver que aquel se dirige al extremo opuesto de la estancia.

114 El Coronel vuelve a tomar asiento junto a los Nobile.

CORONEL (a Lucía)

¡Esto va a terminar muy mal, querida!

NOBILE

(con desaliento)

Lo que desde niño he odiado más: la grosería, la violencia, la suciedad... son ahora nuestras compañeras inseparables. Es preferible la muerte a esta abyecta promiscuidad.

Ella lo mira aquiescente y vuelve a tomar en sus manos la diestra del Coronel

- 115 Ana Maynar, en pleno delirio febril, se incorpora quedando sentada en el diván. Se cubre los ojos con las manos, como queriendo evitar una visión atroz. Más en seguida entreabre los dedos y vuelve a mirar frente a sí.

- 116 La salita vista por ella está completamente vacía. La luz ha cambiado a un claro oscuro irreal, de pesadilla. Reina un silencio absoluto. Se oyen las campanadas de una torre de iglesia, pero con sonido ondulante, deformado. Y a continuación el canto lejano de un gallo monstruoso, que parece aspirar su propio sonido en vez de emitirlo.

La frente de Ana está perlada de sudor que se seca con mano temblorosa, ayudándose del chal que poco antes le dejó Leticia. A continuación deposita éste sobre la mesa.

Ahora oímos una especie de castañeteo: "Click, click, click", producido por el choque del dedo medio contra la base del pulgar.

Ana lo escucha, aterrada, con los ojos muy abiertos.

Súbitamente, el click se hace oír en el mismo foulard o chal que dejó ella sobre la mesa, cuyos pliegues comienzan a ondular muy lentamente, como pétalos de una flor carnívora y de entre éstos, vemos surgir un rostro inhumano, horrible. No tiene frente y en medio de dos minúsculos ojos negros emerge una nariz roma, enorme, que cubre casi la mandíbula inferior. El chal forma como el sudario de este rostro de homúnculo, abyecto y grotesco al mismo tiempo.

En vez de terror, la aparición del rostro provoca risa en Ana. Inopinadamente, instantánea como un relámpago, la cara se transforma en una mano, que deslizándose muy suavemente se deja caer al suelo, produciendo el mismo ruido que cuando se da una palmada sobre la masa fresca de hacer pan.

Ahora Ana frunce el ceño y tiene una expresión de odio en los ojos. Vuelve a colocarse el chal en el cuello. Se levanta y empuña una estatuilla de bronce que ve allí cerca, sin duda para aplastar la mano.

Ella lo mira repentinamente y vuelve a tomar en sus manos la diestra del Coronel.

115 Ana Maynar, en pleno delirio febril, se incorpora quedando sentada en el diván. Se cubre los ojos con las manos, como queriendo evitar una visión atroz. Más en seguida entrecierra los dedos y vuelve a mirar frente a él.

116 La salita vista por ella está completamente vacía. La luz ha cambiado a un claro opaco, trivial, de pesadilla. Reina un silencio absoluto. Se oyen las campanillas de una torre de iglesia, pero con sonido ondulante, deformado. Y la continuación el canto lejano de un gallo monacalesco, que parece seguir en propio sonido en vez de emitirle.

La frente de Ana está cubierta de sudor que se seca con mano temblorosa, apurándose del chal que poco antes le dejó lechoso. A continuación deposita ésta sobre la mesa.

Ahora oímos un especie de castañeteo: "Click, click, click", producido por el choque del dedo medio contra la base del pulgar.

Ana lo escucha, aterrada, con los ojos muy abiertos.

Subitamente, el click se hace oír en el mismo local a chal que de ella sobre la mesa, cuyos pliegues comienzan a ondular muy lentamente, como pétalos de una flor carmín y de entre ellos, venecia surge un rostro humano, horrible. No tiene frente y en medio de dos minúsculos ojos negros amarga una nariz roma, enorme, que cubre casi la mandíbula inferior. El chal forma como el pedestal de este rostro de homínido, apático y grotesco al mismo tiempo.

En vez de terror, la aparición del rostro provoca risa en Ana. Inmediatamente, instantánea como un relámpago, la cara se transforma en una máscara, que desahucada muy suavemente se deja caer al suelo, produciendo el mismo ruido que cuando se de una palanquilla sobre la mesa frente de hacer pa.

Ahora Ana lanza al cielo una expresión de odio en los ojos. Vuelve a colocarse el chal en el cuello. Se levanta y empuja una catapulta de bronce que ve allí cerca, sin duda para disparar la mano.

Comienza a buscar bajo los muebles, sin resultado. Decepcionada, vuelve a sentarse, cuando nota, esta vez con horror, que los pliegues del chal que cubre su pecho se mueven bruscamente y ve salir de entre sus senos, muy despacio, muy pálida la mano blanducha que llega hasta su propio cuello y se aferra a él.

Enloquecida agarra la mano muerta y tras un pequeño forcejeo, consigue arrancarla de su garganta depositándola sobre sobre la mesa. La otra mano de Ana empuña una de las dagas que ya conocemos. La piltrafa ha quedado inmóvil sobre la mesa. Ana levanta la daga y con feroz violencia la deja caer sobre la mano, que se retira a tiempo para no quedar clavada en el tablero. Al mismo tiempo oímos un grito.

117 El Doctor está administrando a Cristian el fármaco compuesto por él. El enfermo muestra la pasta con visible repugnancia.

Proviene de Alicia cuya mano estaba extendida, apoyada sobre la mesa. La daga todavía vibra, vertical, clavada en la madera. Casi instantáneamente, Eduardo y Leandro se abalanzan sobre Ana, sujetándola.

LEANDRO

¡Habría que atarle las manos!

EDUARDO

No se da cuenta de lo que ha hecho.

EDUARDO

No se da cuenta de lo que ha hecho.

SILVIA

(casi histérica)

¡Llévensela de aquí! ¡En seguida!

Leandro, sin dejar de sujetar a Ana, que no ofrece ninguna resistencia, contesta con sorna:

LEANDRO

Sí: y que venga una ambulancia.

Han sentado a la Maynar en un sillón. Llega el Doctor, quien sin dejar de mirarla, mueve apesadumbrado la cabeza.

DOCTOR

A partir de ahora es preciso no perderla de vista.

Continúa a buscar bajo los muebles, sin resultado. Desesperada, vuelve a sentarse, cuando nota, esta vez con horror, que los pliegues del chal que cubre su pecho se mueven bruscamente y ve salir de entre sus senos, muy despacio, muy pálida la mano blanca que llega hasta su propio cuello y se aferra a él.

Entonces agarra la mano muerta y trata de sacarla a la fuerza, con sigla arrojando de su garganta palabras sobre la mesa. La otra mano de Ana aparece una de las daga que ya conocemos. La palista ha quedado inmóvil sobre la mesa. Ana levanta la daga y con furor violento la baja caer sobre la mano, que se retira a tiempo para no quedar clavada en el tablero. Al mismo tiempo el mueble se levanta.

Proviene de Alicia cuyo mano estaba extendida, apoyada sobre la mesa. La daga todavía vibra, vertical, clavada en la madera. Caen instantáneamente, Eduardo y Leandro se abalanzan sobre Ana sujetándola.

LEANDRO

¡Había que darle las manos!

EDUARDO

No se da cuenta de lo que ha hecho.

EDUARDO

No se da cuenta de lo que ha hecho.

SILVIA

(con misterio)

¡Llévense la piel! ¡En seguida!

Leandro, sin dejar de sujetar a Ana, que no ofrece ninguna resistencia, continúa con ellos.

LEANDRO

¿Y que venga una ambulancia.

Han sentido a la Mayra en un alíen. Llega el Doctor, quien sin dejar de mirar, mueve apesadumbrado la cabeza.

DOCTOR

A partir de ahora es preciso no portarse de esta.

Roc sigue inconsciente y Alicia, todavía muy asustada, llora junto a él. Blanca la está consolando.

BLANCA

No llore, Alicia, ya pasó. La van a vigilar para que no vuelva a ocurrir nada parecido.

Le pasa la mano cariñosamente por la cabeza.

CORTE A:

118 El Doctor está administrando a Cristian el farmaco compuesto por él. El enfermo masca la pasta con visible repugnancia.

CRISTIAN

Es nauseabundo, doctor.

DOCTOR

Pero le va a calmar el dolor. Podrá Ud. dormir bien.

Eduardo, que viene de la sección izquierda del armario, cruza junto a ellos como una sombra y penetra en la sección derecha del mueble.

119 INTERIOR DEL ARMARIO. NOCHE.

Eduardo se tiende junto a su novia. Por acuerdo tácito, los naufragos han aceptado que esa sección del mueble se haya convertido en cámara nupcial.

Eduardo y Beatriz hablan con voz susurrada, muy juntas las cabezas.

EDUARDO

¿Qué día es hoy?

Ella se extraña de lo absurdo de la pregunta:

BEATRIZ

¿Cómo...?

EDUARDO

¿Cuánto tiempo llevamos así? Más de un mes, ¿verdad?

Por sigue insomniable y Alicia, todavía muy angustiada, llora mucho a él. Blanca la está consolando.

BLANCA

No llote, Alicia, ya pasó. La van a vigilar para que no vuelva a ocurrir nada parecido.

La pasa la mano cariñosamente por la cabeza.

CORTE A:

118 El Doctor está administrando a Cristian el fármaco compuesto por él. El enfermo mancha la gasa con visible repugnancia.

CRISTIAN

En administrando, doctor.

DOCTOR

Pero la va a calmar el dolor. Tómese Ud. dormir bien.

Eduardo, que viene de la sección izquierda del armario, cruza junto a él como una sombra y penetra en la sección derecha del mueble.

119 INTERIOR DEL ARMARIO. NOCHE.

Eduardo se tiende junto a su novia. Por suerte ténida, los muebles son tan sencillos que esa sección del mueble se haya convertido en cámara nupcial.

Eduardo y Beatriz hablan con voz susurrada, muy juntas las cabezas.

EDUARDO

¿Qué día es hoy?

Ella se extraña de lo absurdo de la pregunta:

BEATRIZ

¿Cómo...?

EDUARDO

¿Cómo? ¿Hoy? ¿Hoy? ¿Hoy?

BEATRIZ

No tanto... No hubiéramos podido resistir sin comer.

EDUARDO

Me parece que siempre hemos estado aquí.

BEATRIZ

Igual me pasa a mí.

EDUARDO

Y que aquí seguiremos siempre.

(una pausa)

A menos que...

BEATRIZ

¿Qué?

EDUARDO

Que hayamos tú y yo... que nos perdamos en las sombras.

Hay un silencio:

EDUARDO

¿No me respondes?

BEATRIZ

Donde vayas tú iré yo, Eduardo.

Juntan las mejillas y cesan de hablar.

INT. SALITA. NOCHE

120 Una mano apaga la luz general quedando todo en penumbra apenas rasgada por una pequeña veladora. El reloj marca las dos y media de la noche. Un silencio casi total vuelve a reinar, pero casi nada duerme. Las costumbres han sufrido una transformación: las horas de dormir son arbitrarias. A veces por una misteriosa unanimidad duermen todos con sueño tenaz a media tarde y otras veces, por la misma extraña coincidencia, todos andan despiertos y nerviosos a las cuatro de la madrugada.

121 Debido al silencio y a lo reducido de la estancia; a la hiperestesia de los sentidos de los naufragos, el tic-tac del reloj debe sonar en sus oídos como el de una torre de iglesia.

Juana de Avila, que está tendida en el suelo, abre los ojos al notar que alguien se acuesta junto a ella. Es su hermano. Juana va a hablar pero Francisco le tapa la boca con la mano. La salita está casi a oscuras, aunque podemos ver como el joven saca de debajo de su destrozado frac un grueso objeto que pone junto al rostro de Juana. Lo abre y tanto él como ella huelen su contenido, lo palpan. Sus miradas se iluminan, mirándose extasiados. Se trata del cofrecito de ébano cuyo contenido enseñara poco antes Nobile al Doctor.

FRANCISCO
(en un susurro)
No hay duda. ¡Lo que habíamos
pensado!

Xana lo besa en la mejilla. Pero de pronto se hiela su sonrisa porque Raúl, con los ojos bien abiertos y sólo a medio metro de ellos, apoyado sobre un codo, ha presenciado todo.

122 Ahora el reloj suena las cuatro. Hora y media más tarde de las escenas anteriores.

El Sr. Roc duerme, en posición invertida con respecto a la de Alicia, en un canapé. La joven está sumida en profundo sopor. Roc abre lentamente los ojos. (Este volver a la vida de Roc debe recordarnos la imagen estereotipada del vampiro que despierta en su ataúd.) Con insospechada flexibilidad, dados su estado y edad, el viejo se deja deslizar al suelo. Apenas podemos percibir su sombra reptante.

A dos pasos del canapé, acostado en la alfombra, con un cojín por almohada, duerme Leticia. La sombra arrastrándose llega junto a ella y queda un instante inmóvil. Se presienten, más que se ven, dos ojillos que la contemplan. Muy lentamente la sombra se enca-rama sobre la durmiente, cubriéndola. Hay un ligero movimiento, luego un suspiro y la sombra, asustada, abandona su presa. Pero Leticia sigue durmiendo.

123 Rita Ugalde duerme junto a su esposo, también sobre la alfombra, encima de unas fundas de sillón. La misma sombra llega junto a Rita y aproxima sus labios a los de ella. Así, con los labios juntos, transcurren cinco o seis segundos. De pronto, rasga el silencio un grito, y la sombra despavorida, a gatas, desaparece en dirección del canapé, antes de que Rita termine de incorporarse.

UNA VOZ (malhumorada)
¿Qué ocurre ahora?

OTRA VOZ
¡Silencio!

Juana de Avila, que está tendida en el suelo, abre los ojos al notar que alguien se acerca hacia ella. No su hermano. Juana va a hablar pero Francisco la tapa la boca con la mano. La calma en el caso a oscuras, cuando podemos ver como el joven saca de debajo de su chaqueta un arma que apunta hacia el rostro de Juana. Lo abra y tanto él como ella quedan en silencio. Se trata de una mirada de iluminación, mirándose extrañados. Se trata del contacto de dos seres contenidos en una sola persona. Nobile al Doctor.

FRANCISCO

(en un susurro)

No hay duda. Pero que hablamos
ganados!

Han ido bien en la mañana. Pero de pronto se ha vuelto a porque Raúl, con los ojos bien abiertos y algo a medio metro de ellos, apoyado sobre un codo, ha presenciado todo.

123 Ahora el reloj suena las cuatro. Hoy y media más tarde de las
escenas anteriores.

El Sr. Roc duerme, en posición invertida con respecto a la de Rita, en un canapé. La joven está sumida en profundo sueño. Roc abre lentamente los ojos. (Esta volver a la vida de Roc debe ser constante la imagen antagónica del vampiro que duerme en un canapé.) Con inesperada flexibilidad, saca su brazo y se levanta. Algo se deja deslizar al suelo. Apenas podemos percibir un som-
bra repentinamente.

A los pasos del canapé, acostado en la alfombra, con un codo por almohada, duerme Raúl. La sombra arrastrándose llega hacia ella y queda un instante inmóvil. Se presenta, más que se ven, dos ojos que la contemplan. Muy lentamente la sombra se acerca hacia Raúl. Hay un ligero movimiento. Luego un suspiro y la sombra, sacada, abandona su lugar. Pero Raúl sigue durmiendo.

124 Rita Ugalde duerme junto a su esposo, también sobre la alfombra, en una tumbona de sillón. La misma sombra llega hacia ella y aproxima sus ojos a los de ella. Allí, con los labios por los, transcurren cinco o seis segundos. De pronto, reaparece en el aire un grito, y la sombra desaparece. A guisa de respuesta, en la reacción del canapé, entre de que Rita termine de incorporarse.

UNA VOZ (murmurando)

¿Qué ocurre ahora?

OTRA VOZ

(susurrando)

Se nota un cierto movimiento en las sombras.

OTRA VOZ

¡Cuidado! Me han pisado la mano.

124 Alguien abre la luz general.

Justo a tiempo para que Roc pueda tenderse otra vez en su lecho, sin ser visto, pues la atención general se concentra en Rita que, medio adormilada, se acaba de incorporar seguida de Cristian, quien lanza miradas iracundas al Coronel, situado al otro lado de su esposa.

CRISTIAN

(al Coronel)

No estoy ciego, señor.

CORONEL

¿Qué diablos dice Ud.?

CRISTIAN

Su conducta de súcubo desmiente
al caballero.

Han ido levantando la voz y despertando a muchos que los miran, sin darse bien cuenta de lo que ocurre. Otros, acostumbrados a las abruptas rencillas, no se molestan en abrir los ojos. Rita toma de un brazo a su marido. El Coronel se pone de pie.

RITA

Cristian, te lo suplico. Estás haciendo el ridículo.

CORONEL

(a Cristian)

Hará Ud mejor en contener su lengua.

DOCTOR

Calma, señores, calma.

Nobile y Lucía se han acercado presurosos.

NOBILE

Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Se nota un cierto movimiento en las sombras.

OTRA VOZ

¡Cuidado! Me han pisado la mano.

124 Alguien abre la puerta.

Justo a tiempo para que Roc pueda tenderse otra vez en su lecho; sin ser visto, pues la atención general se concentra en Rita que, medio atormantada, se acerca de inesperada seguida de Cristian, quien lanza miradas frías al Coronel, situado al otro lado de su esposa.

CRISTIAN

(al Coronel)

No estoy ciego, señor.

CORONEL

¡Qué diables dice Ud.?

CRISTIAN

Su conducta de siempre demuestra al caballero.

Han ido levantando la voz y despertando a muchos que los miran, sin darse bien cuenta de lo que ocurre. Otros, acostumbrados a las atropelladas rencillas, no se molestan en abrir los ojos. Rita, que es de un brazo a su marido, el Coronel se pone de pie.

RITA

Cristian, te lo suplico. Bájale la voz al ridículo.

CORONEL

(a Cristian)

Haz Ud. mejor en contener su lengua.

DOCTOR

Calma, señores, calma.

Nobile y Lucía se han acercado presurosos.

NOBILE

Favor, ¿qué es lo que ha ocurrido?

UGALDE

Que el coronel como los ladrones se aprovecha de las sombras.

El Coronel se lanza hacia Cristian para abofetearle, pero se interponen Nobile, Lucía y la propia Rita.

- 125 Una de las hojas del armario se entreabre y aparece el busto de Eduardo con expresión somnolienta. Mira hacia el grupo de los contendientes y luego a Beatriz, que también se asoma. Parecen preguntarse con los ojos que es lo que ocurre.

DOCTOR (off)

¡Por favor, señores! Esto es indecoroso.

RITA (off)

Cristian, ¿te has vuelto loco? Te voy a explicar... Espera.

NOBILE (off)

Permítanme: se lo suplico...

CORONEL

¡Canalla!

Se oye ruido de voces sueltas, bufidos, empujones.

- 126 Raúl, Leandro y Francisco de Avila se han despertado.

FRANCISCO AVILA

¡Qué manicomio! ¡Aquí no se puede descansar!

RAUL

¡Mírenlo! Nobile metido en la trifulca. ¡Otro lío suyo!

LEANDRO

Vamos a ver.

Los dos se levantan y van a engrosar el grupo. Los contendientes se dejan sujetar por los que intentan apaciguarlos. Ya cinco o seis personas se interponen entre ellos.

DOCTOR

Esto es un viento de locura. Cál-
mense, primero, y luego hablen.
Todo menos llegar a las manos.
Es impropio, es indigno de noso-
tros. Señores: recuerden quie-
nes son, cómo han sido educados.

RAUL

(enérgico)

Yo pido que se nos explique si
ésto no ha sido provocado por
Nobile.

LEANDRO

Habrà que demostrarle con hechos
que no se puede jugar más con no-
sotros.

NOBILE

(digno)

Señores, prefiero no responderles.

Mientras tanto, el Coronel se desprende de quienes lo sujetan. To-
davía lleno de ímpetu furioso va a tomar asiento en una silla próxi-
ma al canapé de los Roc. Este sigue como inconsciente. Pero Ali-
cia se ha sentado y mira asustada a todos. Mientras han seguido
oyéndose otras voces.

RAUL (off)

¡Hasta que se nos termine la pa-
ciencia!

LUCIA (off)

Rita: tú solo puedes calmarle.
Habla con él. Explícale.

RITA (off)

Me ha cubierto de ridículo, Lucía.
No le podré perdonar esta ofensa.

Alicia, la dulce Alicia, agarra al Coronel de un brazo y en tono
histérico, inesperado en ella, lo sacude.

ALICIA

(casi gritando)

En vez de pelearse, debían darnos
de comer.

El Coronel la mira iracundo. Libera su brazo de un brusco tirón,
al mismo tiempo que la empuja con fuerza.

NOBILE

Que el coronel como los indios
se aprovecha de las sombras.

El Coronel se lanza hacia Cristóbal para apoderarse, pero se inter-
pone Nobile, Lucía y la propia Rita.

Una de las hojas del armario se entreabre y aparece el busto de
Estadío con expresión somnolienta. Alita hacia el grupo de los
contendientes y luego a Beatriz, que también se asoma. Parecen
preguntarse con los ojos que se le ocurre.

DOCTOR (off)

¡Por favor, señores! Esto es
indecoroso.

RITA (off)

Cristóbal, ¿te has vuelto loco?
Te voy a explicar... Espera.

NOBILE (off)

Permanecer: se lo suplico...

CORONEL

¡Caralla!

Se oye ruido de voces sueltas, batidos, empujones.

126 Raul, Leandro y Francisco de Avila se han despertado.

FRANCISCO AVILA

¡Qué mandamiento! ¡Aquí no se pue-
de descansar!

RAUL

¡Mírenlos! Nobile metido en la tri-
buna, ¡Otro día más!

LEANDRO

Vamos a ver.

Los dos se levantan y van a agitar el grupo. Los contendientes
se dejan agitar por los dos insensibles. Ya cinco o seis
personas se interponen entre ellos.

Continúa Esc. 126.

CORONEL

¡Déjeme en paz, señora!

Alicia cae al suelo, aterrada. El doctor se precipita en ayuda de la maltrecha joven.

DOCTOR

¡Alvaro! ¿Cómo es posible que usted...?

Silvia llega igualmente.

SILVIA

¡Alicia!

Entre los dos la levantan del suelo. Alicia solloza lastimeramente.

BLANCA

Todos, hasta los mejores, están perdiendo la cabeza.

La reacción del Coronel ha sido inmediata. Avergonzado se inclina hacia la joven.

CORONEL

¡Le pido perdón, señora! A usted y a todos. No comprendo cómo he podido... Estaba fuera de mí. No soy el mismo. ¡Perdón, otra vez, perdón!

El Sr. Roc ha permanecido inmóvil, con los ojos cerrados durante toda esta tumultuosa escena.

127 Reina otra vez la calma. Todos han vuelto a sentarse o a recostarse de nuevo. Nobile, sentado en el brazo de un sillón, se dirige al Doctor y a los más cercanos.

NOBILE

Permítanme que les sugiera una idea que espero les parezca adecuada. ¿No creen que para evitar roces tan lamentables como el ocurrido... Quiero decir, que las mujeres durmiesen de un lado de la sala y los hombres del otro...

CORONEL
¡Déjame en paz, señora!

¡Alfonsa corre al suelo, aterrada. El doctor se precipita en ayuda de la muchacha joven.

DOCTOR
¡Alfonsa! ¿Cómo es posible que usted...?

Silvia llega ignominiosamente.

SILVIA
¡Alfonsa!

Entre las dos la levantan del suelo. Alfonsa echada lastimeramente.

BLANCA
Todos, hasta los mejores, están perdiendo la cabeza.

La reacción del Coronel es algo inmediata. Avergonzado se inclina hacia la joven.

CORONEL
¡Le pido perdón, señora! ¿A usted y a todos. No comprendo cómo he podido... Estaba loco de mí. No soy el mismo. ¡Perdón, otra vez, perdón!

El Sr. Bon se permanece inmóvil, con los ojos cerrados durante toda esta tumultuosa escena.

127
Hacia otra vez la calma. Todos han vuelto a sentarse o a recostarse de nuevo. Nobile, sentado en el borde de un sillón, se dirige al Doctor y a los tres señores.

NOBILE
Permítanme que les sugiera una idea que espero les parezca adecuada. No creen que para dar luz a estas incógnitas como el oculto... ¿Quiero decir que las mujeres sufren de un lado de la vida y los hombres del otro?

LEANDRO
Perdone, pero... está usted hablando con caballeros.

RAUL
¡Déjalo! Es un anormal. Se empeña en insultarnos.

LETICIA
Tiene razón, Edmundo.

NOBILE
Yo creía que en el bien de todos...

El Doctor le pone amigablemente la mano en la espalda.

DOCTOR
Edmundo, no siga hablando. No comprende que...

El Doctor no puede terminar y la discusión se suspende bruscamente. Todos quedan asombrados, mirándose unos a otros en el colmo de la estupefacción, porque acaban de oírse unos balidos muy cerca de la salita y que seguramente provienen de la escalera principal.

CORTE A:

128 EXT. ESCALERA. NOCHE. (INTERIOR NATURAL)

Envuelta en sombras. Subiendo por las escaleras vemos a tres corderos que parecen huir de algo, por la prisa con que lo hacen. Abajo, en el vestíbulo suena un rugido feroz, rabioso, como el de una gran fiera irritada. Los corderos penetran en el vestíbulo que conduce al salón.

CORTE A:

129 INT. SALON. NOCHE.

Al fondo se ve la salita iluminada, con todos los invitados aglomerándose junto al umbral y visiblemente agitados. Entran corriendo los tres animales, dos de los cuales penetran despavoridos en la salita y otro se pierde detrás de un mueble cercano. Cinco o seis de los invitados se abalanzan sobre los animales, sujetándolos con todas sus fuerzas.

CORTE A:

130 EXT. ESCALERA. NOCHE. INTERIOR NATURAL)

La luz de la luna que entra por el gran ventanal, llena de penumbra indecisa la monumental escalera. Muy cerca oímos los rugidos del oso y los balidos desesperados de un cordero. Seguramente la fiera lo está devorando.

FADE OUT.

FADE IN:

131 EXT. CALLE PROVIDENCIA. DIA.

El aspecto de la calle apenas ha cambiado. Cuatro o cinco lujosos autos aparecen estacionados a lo largo de la acera que se extiende frente al jardín señorial. El público de curiosos ha disminuído notablemente, pero todavía se ven algunos policías deambulando por ambas aceras en ejercicio de vigilancia. La circulación de viandantes es nutrita, aunque a los que se estacionan pronto los hacen circular. La mayor parte llega allí atraída por un simple deseo de observar, tal vez descubrir algo nuevo sobre el misterioso asunto.

Vemos en primer término, un sacerdote muy pulcramente vestido de sotana y cabeza descubierta, que está comprando unos globos a tres niños, el mayor de los cuales apenas debe haber cumplido los siete años. Aparte del vendedor de globos hay otros ambulantes, pero fuera del perímetro permitido.

ABATE

Y ahora, vamos. Pero van a ser muy juiciosos.

El grupito cruza la calle y se aproxima al jardín, cuya verja está guardada por dos gendarmes. Apenas el abate y los niños ponen los pies sobre la acera, se les aproxima un policía.

POLICIA I

¿A dónde van?

ABATE

(afablemente)

Familia de Don Cristian Ugalde. Simplemente a ver, a que los niños contemplen la casa en donde están sus papás.

El policía hace un gesto de que pasen, con la cabeza. El abate va a unirse a un pequeño grupo de damas y caballeros situado a unos

EXT. ESCALERA, NOCHE. INTERIOR NATURAL

La luz de la luna que entra por el gran ventanal, llena de penumbra las indicaciones monumentales escaleras. Muy cerca oímos los ruidos del ascensor y los balidos desesperados de un corredor. Seguramente la fiesta lo está devorando.

FADE OUT.

FADE IN:

EXT. CALLE PROVIDENCIA, DIA.

El aspecto de la calle apenas ha cambiado. Cuatro o cinco infantes autos aparecen estacionados a lo largo de la acera que se extiende frente al jardín señorial. El público de curiosos ha disminuido notablemente, pero todavía se ven algunas policas desahucadas por ambas aceras en ejercicio de vigilancia. La circulación de viandantes es reducida, aunque a los que se estacionan pronto los hacen circular. La mayor parte llega allí atraída por un simple deseo de observar, tal vez descubriendo algo nuevo sobre el misterioso asunto.

Vemos en primer término, un sacerdote muy palidamente vestido de sotana y capera descubierta, que está comprando unos globos a tres niños, el mayor de los cuales apenas debe haber cumplido los siete años. Aparte del vendedor de globos hay otros ambulantes, pero fuera del perímetro permitido.

ABATE

Y ahora, vamos. Pero van a ser muy lentos.

El grupito cruza la calle y se aproxima al jardín, cuya verja está guardada por dos gendarmes. Apenas el abate y los niños pasan los pies sobre la acera, se les aproxima un policía.

POLICIA I

¿A dónde van?

ABATE

(atónito)

Familia de Don Cristóbal Ugarte, Sim-
plemente a ver, a que los niños con-
temporan la casa en donde está su pa-
dre.

El policía hace un gesto de que pasan, con la cabeza. El abate va a unirse a un grupo de señoras y caballeros que están a un-

Continúa Esc. 131.

metros de la verja. Vemos como se saludan y como alguna señora acaricia y besa a los niños.

- 132 Un hombre con aspecto de profesor o intelectual se acerca a uno de los gendarmes que guarda la entrada al jardín.

PROFESOR

Quisiera hablar con el señor comisario.

El policía, con la severidad que acostumbran los de su especie, lo mira de arriba abajo.

POLICIA II

¿Para qué?

PROFESOR

Soy el profesor Francisco Muñoz, catedrático de la Universidad. Se trata de algo muy importante.

Trás de dudar un instante, el policía dice:

POLICIA II

Espere un momento.

El policía se acerca al comisario que está a pocos pasos de la verja. El profesor no pierde de vista al mensajero, quien después de hablar brevemente con el comisario, le hace un gesto para que se acerque. Así lo hace el profesor inmediatamente.

PROFESOR

Señor Comisario: he estudiado a fondo el problema que tan honda impresión está causando en el mundo y creo tener la solución.

El Comisario lo mira casi ofendido, pues en las funciones de todo buen Comisario de policía, está la de ofenderse por cualquier pregunta que se le haga.

COMISARIO

¿Usted?

PROFESOR

Sí, señor, yo. Hoy se cumplen dieciséis días sin que nadie haya entrado aún en la casa, ¿no es cierto? (MAS)

PROFESOR (CONT.)

... PUES YO LO HARE. Yo sé que puedo entrar, hablar con ellos, si es que viven y luego salir y dar cuenta de la situación.

COMISARIO

¿Está seguro de lo que dice?

PROFESOR

Haga Ud. la prueba.

El Comisario lo mira frunciendo su ceño de policía y hace una seña a los dos acólitos que han escuchado la conversación. Uno de ellos toma al Profesor del brazo y lo empuja, indicándole así que siga su camino.

PROFESOR

¿No acepta mi proposición? Está bien. Me dirigiré a la prensa, a los poderes públicos. Es preciso que mi voz se oiga. Estoy seguro de poder solucionar este asunto.

Prosigue su camino muy disgustado, mientras el comisario le dice al policía II.

COMISARIO

¡Otro loco!

En este momento se oye un clamor de voces, mezcla de sorpresa y admiración.

- 133 El grupo de damas y caballeros a quienes se unió el abate ha llegado al umbral mismo de la verja y con rostros en que no se sabe si domina más la alegría que la sorpresa, gritan animadamente para que prosiga su camino a alguien que HA ENTRADO EN EL JARDIN.

En efecto; con su globito en la mano la niña pequeña de Cristian y Rita avanza hacia la mansión. En medio de un rumor indescriptible, todos ad líbitum la animan a que siga su camino, a que llegue a la casa.

Asustada, la niña se detiene y mira al grupo. Queda un momento indecisa, pero de pronto suelta el globo, se echa a llorar y vuelve corriendo sobre sus pasos para ir a refugiarse entre los pliegues de la sctana del abate.

mejor de la verja. Venos como se andan y como alguna señora
corren y pasa a los niños.

132 Un hombre con aspecto de profesor o intelectual se acerca a uno de
los guardas que guarda la entrada al jardín.

PROFESOR

Quisiera hablar con el señor comi-

El policía, con la severidad que acostumbra los de su especie, lo
mira de arriba abajo.

POLICIA II

¿Para qué?

PROFESOR

Soy el profesor Francisco Muñoz,
catedrático de la Universidad.
Se trata de algo muy importante.

Trata de hablar en instante, el policía dice:

POLICIA II

Espero un momento.

El policía se acerca al comisario que está a pocos pasos de la verja.
El profesor no pierde de vista al comisario, quien después de
hablar brevemente con el comisario, le hace un gesto para que se
acerque. Así lo hace el profesor inmediatamente.

PROFESOR

Señor Comisario, he estado a
fondo al problema que han
impuesto así estando en el
de y eso tener la solución.

El Comisario lo mira casi olvidado, pues en las funciones de todo
poco Comisario de policía, está la de olvidarse por completo por
quinta que se le haga.

COMISARIO

¿Qué?

PROFESOR

Señor, yo soy un profesor de
ciencia que me he dedicado a
la ciencia en la vida.

La decepción de todos es enorme.

VOCES AD. LIB.

¿Qué pasó? ¿Por qué no seguiste?
¡Prueba otra vez!
¡Fíjese Ud. de los niños! Etc., etc.

Una dama la toma del brazo para obligarla a entrar, pero la niña le muerde la mano. La señora da un grito. No se da cuenta de que apenas la niña tuvo conciencia de lo que iba a hacer, le ocurrió exactamente igual que a los adultos.

CORTE A

134 INT. SALON. DIA.

Lo primero que se destaca en el gran montón de basura y objetos heterogéneos que en forma de semicírculo rodea la puerta de cristales de la salita por la parte de afuera, sobre el piso del salón. Allí podemos ver uno de los tiboires que se hallaba al principio dentro del armario, pero terriblemente sucio y deteriorado y el célebre carrito de las viandas, volcado. Hay sillas rotas, papeles arrugados, libros deshechos, los escombros producidos por la búsqueda del agua, el violoncello, los hierros de los atriles y algunos fracs, que más bien parecen presea de traperero. Y todo ello, sobre un charco de agua y entre informes y repugnantes detritus. También se ven zapatos de hombre y alguno de mujer. Pero lo que entre todo sobresale son las pieles de dos de los corderos, con sus correspondientes cabezas, sacrificados por los hambrientos "náufragos"

CORTE A:

135 INT. SALITA. DIA.

Sobre la mesa de mármol, en el centro de la estancia, hay un montón de brasas y ceniza de donde proviene el humo que difumina las personas y los objetos y que ha invadido igualmente el gran salón.

Atado a una de las patas del piano vemos al tercer cordero que lanza plañideros balidos, debido tal vez al hambre. El animal aparece terriblemente flaco, pues lleva más de una semana sin comer.

Todos los invitados tienen el mirar alucinado y una expresión de gran hastío, de desesperación crónica, debido a la impotencia en que se hallan de poder ejercer la voluntad. Sienten odio hacia sí mismos y hacia sus compañeros de infortunio y si alguno habla, lo hace en voz cansina y opaca.

En las mujeres se observa algo más de aseo que la última vez que las vimos, debido a que cuentan con peines y agua, aunque la palidez de los rostros, por falta de sol y maquillaje, es mortal. Los lápices de labios, de tan grato perfume, debieron de pasar a los estómagos en los momentos de hambre. Los trajes de todos están mustios y desgarrados. Pero en camio los hombres aparecen muy pulcramente rasurados.

Cosa extraña: hay un gran orden en los muebles, colocados exactamente igual que en aquella fatídica noche del concierto. Tal vez se han impuesto todos esa disciplina, la del orden, para no caer del todo en la suma abyección. Aparte de que de ese modo les parezca hacer "más corto" el tiempo.

- 136 Ahora, algunos están comiendo. Leandro y cerca de él Julio, devoran un trozo de cordero medio crudo. Ambos llevan la camisa y las manos terriblemente maculadas de sangre: son sin duda los encargados de sacrificar los animales.

Los balaustres de la escalerilla que conduce al estrado del piano están destrozados. Han debido de servir para alimentar el fuego y medio asar los corderos.

- 137 El Sr. Roc, el "súcubo", muy mejorado roe el hueso de una chuleta con gran apetito y junto a él, sentada en el suelo, su esposa Alicia termina de cortarse con gran aplicación las uñas de los pies. Ve cerca de ella a Leticia pintarse los labios y hacia ella va, sentándose a su lado. Esta no la mira siquiera y sigue su tarea. Alicia la contempla con intención ávida y al fin, le dice con gran timidez:

ALICIA

Cuando termines... también yo quisiera...

Leticia la mira fríamente y mientras guarda el lápiz en el bolso de mano, murmura:

LETICIA

Haber aguantado el hambre... como yo.

Alicia baja resignada la cabeza.

La descripción de todos es...

VOCES AD. LIB.
Que pasó... por qué no seguía...
[Primeras voces van]
[El Sr. Roc, los niños, etc., etc.]

Una dama le toma del brazo para obligarla a sentarse, pero la niña le muestra la mano. La señora da un grito. No se da cuenta de que apenas la niña tuvo conciencia de lo que iba a hacer, le con-
tado exactamente igual que a los adictos.

CORTE A

134 INT. SALON. DIA.

Lo primero que se destaca en el gran salón de baile y objetos intermedios que en forma de semicírculo rodea la puerta de cristal de la sala por la parte de afuera, sobre el piso del salón. Allí podemos ver uno de los libros que se hallan al principio del tiro del armario, pero terriblemente sucio y deteriorado y el resto de los libros de las vitrinas, volcados. Hay alfombras rotas, papeles arrugados, libros deshechos, los recuerdos producidos por la destrucción del agua, el violoncello, los restos de los platos y algunos trajes, que más bien parecen trozos de trapero. Y todo ello, sobre un charco de agua y entre infantes y repugnantes dentaduras. También se ven zapatos de hombre y alguno de mujer. Pero lo que entre todo sobresale son las pilas de los corderos, con sus correspondientes cabezas, sacrificados por los hambrientos "súcubos".

CORTE A:

135 INT. SALITA. DIA.

Sobre la mesa de mármol, en el centro de la habitación, hay un montón de platos y cenizas de donde proviene el humo que ilumina las personas y los objetos y que ha invadido igualmente el gran salón.

Ainda a una de las patas del piano vemos al tercer cordero que han sacrificado patidos, debido al mal olor. El animal aparece terriblemente flaco, pues lleva más de una semana sin comer.

Todos los invitados tienen el mismo aspecto y una expresión de gran hastío, de desesperación céntrica, debido a la impotencia en que se hallan de poder ejercer la violencia. Algunos están incluso muertos y hasta sus cuerpos de infantes y al alguno más, se han

- 138 Sentado en un rincón, con la mirada desvaída y presa de una gran tristeza vemos a Nobile. Lleva la cabeza vendada en un trapo ensangrentado. Se incorpora lentamente y con un vaso vacío en la mano, se dirige hacia el florero que sirve de depósito de agua potable para los "náufragos". Se sirve y bebe a pequeños sorbos.

El Coronel, con Lucía sentada en sus rodillas, ambos silenciosos, la cabeza de ella reclinada sobre el hombro de él, observan distraídamente a Nobile, quien termina de satisfacer la sed y se dispone a volver a su sitio.

LUCIA

(a su marido)

¿Cómo te encuentras?

NOBILE

Bien. La cabeza un poco...

Sigue su camino con la mirada dirigida al suelo.

LUCIA

(al Coronel)

¡Pobre! Si no es por tí... y por Leticia. Son unos salvajes. Nunca les agradeceré lo suficiente el que lo defendieran.

El Coronel, sin responder, frota suavemente su mejilla con la de Lucía.

- 139 En otro rincón, sentadas en el suelo, vemos a Silvia, Blanca y Ana Maynar. Esta última, aunque terriblemente delgada, ojerosa, desgredada, ha mejorado sin duda en salud mental. Su expresión ha perdido el aire alucinado que tenía ocho días antes. La fiebre desaparecida, sólo le ha quedado una gran debilidad física. Con gran trabajo va a levantarse, pero Silvia se lo impide.

SILVIA

No se moleste.

Se levanta y va a buscar el bolso de Ana, en donde al principio vimos llevaba unos extraños atributos de gallina. Mientras ejecuta esa acción, Ana, con voz fatigada, le dice a Blanca.

ANA MAYNAR

Fué un presentimiento. Antes de ir a la ópera aquella noche oí una (MAS)

ANA MAYNAR (CONT.)

...voz interior que me decía de un modo insistente: "¡Llévate las llaves! 'Llévate las llaves'".

BLANCA

¿Las llaves?

ANA MAYNAR

En la kabala llamamos "llaves" a aquellos objetos mágicos que pueden abrir las puertas de lo desconocido.

En ese momento llega Silvia que le entrega el bolso.

ANA MAYNAR

Ahora les ruego un silencio absoluto.

Abre el bolso y entrega a cada amiga una pata de gallina.

ANA MAYNAR

Usted, Blanca... Agárrela bien. ¡Así!

La obliga a empuñar la pata con las uñas dirigidas hacia arriba.

ANA MAYNAR

Y usted al contrario, Silvia.

Le da la otra pata, pero con las uñas en dirección de tierra. Después saca un puñado de plumas y las pone en el centro del círculo. Pronuncia en voz baja unas palabras ininteligibles y bruscamente sopla sobre las plumas. Estas vuelan cerca, pues el fuelle pulmonar de la enferma no es muy potente. Algunas se detienen en el regazo de las damas y las demás se esparcen caprichosamente dentro del círculo. Las tres mujeres envejecidas, sucias, desgredadas, de miradas ligeramente alucinadas, ejecutan aquel extraño rito, ausentes por completo del medio que las rodea.

140 El Doctor Conde se acerca a Leonora que con el rostro contraído por el sufrimiento, parece dormir con sueño inquieto. Le pone la mano en la frente, le toma el pulso. La enferma no se mueve.

Se deja escuchar de nuevo el monótono zumbido de la máquina de afeitar. El Doctor vuelve la cabeza con gesto de enfado y ve a Raúl, muy abstraído rasurándose el dorso de la mano izquierda. A continuación se levanta una de las perneras y se pasa la máquina por la pierna, que por otra parte está ya perfectamente afeitada. No hay duda de que el rasurarse es un "tic" muy extendido entre

ANA MAYNAR (CONT.)
...vos interior que me diera de
un modo instantáneo: "¡Llévate las
llaves! ¡Llévate las llaves!"

BIANCA
¿Las llaves?

ANA MAYNAR
En la habitación "llaves"
a aquellos objetos insignificantes que
pueden abrir las puertas de la
desconocida.

En ese momento llega Silvia que le entrega el bolso.

ANA MAYNAR
Ahora las tengo en silencio ab-
soluta.

Apra el bolso y entrega a cada amiga una pata de gallina.

ANA MAYNAR
¡Usted, Blanca...! ¡Usted, Blanca...!

Le obliga a empujar la pata con las uñas dirigidas hacia arriba.

ANA MAYNAR
Y usted el corderito, Silvia.

Le da la otra pata, pero con las uñas en dirección de fuera. Des-
pués saca un puñado de plumas y las pone en el centro del círculo.
Pronuncia en voz baja una palabra inteligible y brevemente
acaba sobre las plumas. Estas vuelan hacia el bello grupo
nar de la enferma no se muy pronto. Algunas se detienen en el
regazo de las damas y las demás se elevan caprichosamente dan-
do del círculo. Las tres mujeres envuelven, sacan, desgranan-
dan, de miradas ligeras y rápidas, algunas al fondo, algunas al
anterior por completo del medio que las rodea.

140 El Doctor Conde se acerca a Leonora que con el rostro contrito
por el sufrimiento, parece decir con voz indistinta: "La pena la
tengo en la frente, le tiene al pulso, la enferma no se mueve."

Se daña al recordar de nuevo el momento memorable de la recepción de
la enferma. El Doctor vuelve la cabeza con gesto de dolor y ve a
Bianca, muy silenciosamente, al fondo de la mano izquierda.
A continuación se levanta una de las enfermas y se para la mano
por la puerta, que por esta parte está perfectamente abierta.
No hay duda de que el momento es el "yo" muy extendido entre
las enfermas.

los "náufragos". Con gesto colérico el Doctor llega hasta el en-
chufe eléctrico y desconecta el aparato. Raúl ni se da cuenta y
sigue con parsimonia acariciándose la pierna con la máquina.

- 141 Nobile está sentado en una silla. Su aspecto es de postración ex-
trema. Leticia pasa junto a él y se detiene para mirarlo. Su ros-
tro refleja una mezcla de cariño y desprecio al mismo tiempo. No-
bile levanta hasta ella sus ojos tristes. Inesperadamente, la joven
toma la venda de la cabeza del herido y se la arranca de un tirón,
arrojándola al suelo. En el pelo de Edmundo se notan los restos
de sangre coagulada. La reacción de Nobile es opuesta a la que
podría esperarse. Mira con admiración a Leticia, sus labios se
entreabren en una sonrisa y parece que van a decir algo. Ella con
gesto de enfado sigue su camino hasta llegar junto al corderillo al
que pasa la mano por la cabeza con gran ternura.

- 142 El corderillo atado a la pata del piano sigue balando lastimeramen-
te, con intermitencias que hacen más profundo el silencio de la sa-
lita. Alguno de los invitados da vueltas lentas alrededor de la es-
tancia, sin objeto, como león enjaulado.

- 143 Cristian duerme sobre el regazo de Rita, con quien debió ya recon-
ciliarse tras su última disputa. Su rictus de dolor no desaparece
ni aún mientras descansa. Rita en cambio, mira sonriente hacia
un objeto quimérico, mientras su mano derecha alisa los cabellos
de su dormido esposo.

- 144 Grupo de las tres mujeres entregadas a la kabala. Ana Maynar si-
gue examinando las plumas dispersas en medio del silencio expec-
tante de sus compañeras. Un gesto de desaliento se marca en su
rostro.

ANA MAYNAR

No puedo leer. Hacía falta san-
gre inocente. Tendremos que es-
perar al sacrificio del último cor-
dero.

- 145 Cerca de ellas y a un metro de la sección derecha del armario, vemos a Francisco de Avila sentado en el suelo con una de sus manos apoyada en el mismo. De pronto nota que sus dedos se humedecen y, extrañado, pone la mano frente a sus ojos. Está manchada de rojo. En seguida comprende que es sangre y sus ojos se abren aterrorizados. Mira hacia el armario y pronto ve que por su parte inferior brota un diminuto arroyuelo del horrible líquido. Se levanta y se acerca al mueble que está ligeramente entreabierto. Lo abre más y queda yerto de terror, sin poder dar un grito ni hacer un gesto, al ver lo que hay dentro.

Su hermana, que no lo pierde de vista, se aproxima a Francisco.

JUANA AVILA

¿Qué ocurre?

El otro no responde y se lleva la mano a los ojos, como para no ver algo horrendo. Juana a su vez mira al interior del armario. En vez de terror, su rostro permanece casi impassible, se entreabre su boca y mira estúpidamente hacia los invitados. Tarda un momento en hablar.

JUANA AVILA

(balbuceando)

Señores... amigos... ¡Ya está!...

Alarga su brazo hacia el mueble, señalándolo.

JUANA AVILA

¡Beatriz... Eduar... do!

Hay un momento de apatía entre los demás. Miran a Juana y luego se interrogan con los ojos los unos a los otros. Silvia, Blanca y Leandro se acercan al armario casi al mismo tiempo. La hoja que ha quedado medio abierta les permite ver pronto lo que hay dentro. Se acentúa el alucinamiento de sus miradas, el aire estúpido de sus rostros. Silvia se echa a reír histéricamente.

- 146 El Doctor, el Coronel y Lucía llegan a su vez. El primero al darse cuenta de lo que ocurre, entorna la puerta impidiendo que nadie pueda ver su interior.

DOCTOR

Leandro, Coronel, ayúdenme, hagan que se retiren todos.

Los dos ejecutan inmediatamente las órdenes.

LUCIA

¿Qué ocurre? Yo quiero ver.

Los dos hombres empujando a las señoras suavemente las alejan del mueble. El Doctor vuelve a abrir la hoja y arrodillándose vemos como su busto desaparece en el interior. Ya todos los naufragos, exceptuando a los enfermos y Raúl, se han incorporado y en medio de un silencio solemne, esperan la reaparición del Doctor. Por fin éste, muy demudado el semblante, se incorpora a su vez y dirigiéndose a todos, con un gesto les hace comprender que los novios se han suicidado cortándose las venas de las muñecas. Leticia y Nobile silenciosos, abstraídos, no se han dado cuenta de nada. El corderillo sigue balando tristemente.

CORTE A:

147 INT. SALON. NOCHE.

Todo a oscuras y al fondo la salita iluminada débilmente. En el umbral mismo de la puerta de cristales, vemos unos diez de los naufragos, algunos sentados, la mayoría de pie y todos mirando hacia el salón sin moverse ni hablar.

Oímos unas fuertes pisadas amortiguadas por la alfombra, que se acercan en primer término y la sombra del oso que se detiene un momento frente a nosotros y luego, con toda calma, prosigue su camino hasta desaparecer por el comedor.

148 INT. SALITA. NOCHE.

Los diez espectadores siguen en silencio, como embobados, con la vista fija en el salón. Se diría que están presenciando un espectáculo interesante. De pronto Francisco se echa a reír estúpidamente. Alguno vuelve lentamente su cabeza hacia él, pero los más siguen inmóviles. Leandro está cerca de Francisco y nota que éste lo mira y que tal vez sea él el causante de su hilaridad. Francisco, sin poder contener la risa le dice:

FRANCISCO AVILA

Estaba pensando...

(ríe)

¿Qué cara pondría Ud. si le diera un empujón ahora y lo metiera en el salón?

Francisco ríe más fuerte. Leandro se demuda y lo mira aviesamente.

LEANDRO

Atrévase Ud. y lo mato.

Cristian, apoyado en una de las jambas de la puerta, siempre con expresión de dolor, se echa las manos a la boca y las coloca en forma de bocina gritando con todas sus fuerzas:

CRISTIAN

¡Nakam, adonai!

Todos escuchan y miran al salón, como si de sus sombras pudiera venir la respuesta.

CORTE A:

- 149 El Sr. Roc al oír el grito se incorpora del sillón en donde está sentado y renqueando se dirige a la puerta. Va a colocarse junto a Cristian.

SR. ROC

(tembloroso)

Cristian, ha llegado el momento.

¡La palabra impronunciable!

Los dos gritan con todas sus fuerzas, diciendo cada uno una letra de la palabra impronunciable.

SR. ROC

¡Hache!

CRISTIAN

¡I!

SR. ROC

¡Haceh!

CRISTIAN

¡Hache!

SR. ROC

¡O!

CRISTIAN

¡Hache!

Silencio. Todos escuchan con atención de cazadores al acecho.

CORTE A:

- 150 El Doctor, el Coronel y Lucía han oído silenciosos el extraño silabeo.

CORONEL

¿Qué significa éso? ¿Han perdido el poco seso que les quedaba?

Conde explica con gran seriedad.

DOCTOR

Es el grito masónico de socorro. Al oírlo cualquier franc-masón debe acudir en ayuda del que lo lanza. Pero aquí... como no sea el oso...

CORTE A:

- 151 En la puerta de cristales comienzan a hacerse huecos. Se han retirado Roc y Cristian, cabizbajos. Francisco sigue con sus pequeñas explosiones de risa incontenible. Acuciado por el demonio de la perversidad y casi inconsciente de su gesto, le da un empujón a Leandro el cual se tambalea un instante en el mismo umbral de la puerta, pero consigue, al fin, guardar el equilibrio. La respuesta es fulminante, dando una feroz bofetada a Francisco que lo envía rodando por el suelo. Verlo así, malparado, su hermana y lanzarse contra el agresor es cuestión de un segundo. Se entabla entre los dos una lucha a brazo partido, en la que la harpía no lleva la peor parte. Tres, cuatro náufragos se lanzan a separar a los contendientes en medio del mayor silencio. Nadie habla, pero todos forcejean. Al fin consiguen llevarse a cada uno por su lado. Muchos de los invitados no se han movido siquiera de sus sitios.

- 152 Vemos al abofeteado Francisco que acaba de servirse del florero un vaso de agua, cuya ingestión tiene que suspender dos o tres veces por las explosiones de risa que todavía lo sacuden. Parece como si el incidente que acaba de tener lugar fuera ajeno a él. Se acaricia la mejilla ofendida y termina de beber, riendo.

- 153 El reloj. Poco a poco sus saetas comienzan a adquirir velocidad, hasta hacerse vertiginosa.

DISOLVENCIA.

154 INT. SALITA. DIA.

Pasamos bruscamente a día. La sala iluminada por una luz difusa y ténue que proviene de los balcones del salón, ofrece un espectáculo menos agitado que en la secuencia anterior. Todos los invitados yacen sentados o acostados en medio de un silencio que sólo rasga, a veces, algún suspiro o queja de los enfermos.

Nos vamos acercando a la cara de Raúl que, recostado en unas fundas con expresión lejana y beatífica, los ojos entornados, está mascando algo. La imagen se desvanece paulatinamente y es substituída por otra muy opaca, muy difusa, que llega casi a dejar negra la pantalla, consistente en una serie de círculos concéntricos que se extienden como las ondas de las aguas de un lago cuando se lanza a ellas una piedra. Casi simultáneamente, oímos voces.

VOZ DE RAUL

¿Qué llave es?

VOZ DE MUJER

La del medio... la más roja, la más dura de todas.

Se escucha el ruido que produce un manojo de llaves, como si una mano estuviera buscando una de ellas.

VOZ DE RAUL

¡Aquí está! Vamos.

Se oyen los pasos de dos personas que se acercan y en primer término, oímos abrirse una puerta con chirriar de cerradura y quejido de maderas. Surgiendo bruscamente los acordes de una orquesta de cien músicos que interpreta de una manera distorsionada y loca, en allegro vivace, el andante de la quinta sinfonía de Beethoven. Las ondas concéntricas van esfumándose y la pantalla queda negra, rasgada de vez en cuando por resplandores fugaces.

Se oye un rumor creciente y heterogéneo de conversaciones, de pies que rozan el suelo, de la música que acelera vertiginosamente su ritmo, de risas femeninas. Los invisibles personajes deben de estar bailando.

ESC.CONT.

VOZ DE MUJER

¡No cabe un alfiler!

VOZ DE RAUL

¡Y qué calor! El único que no
lleva smoking soy yo.

VOZ DE MUJER

¡Qué obsesión con lo del smoking!

VOZ DE RAUL

(despechado)

Mañana mismo me mando hacer uno.

VOZ DE MUJER

Ven. Vamos a bailar.

- 155 El rostro de Raúl. Sonríe con expresión de placer infinito. La iluminación es tan débil que casi no podemos distinguirlo. Su cuerpo parece flotar entre nubes opacas.

VOZ DE MUJER

(bailando)

Ta... ra... la... la... la.

VOZ DE RAUL

¡Qué loca eres! No des más vuel-
tas.

Cientos de pies siguen arrastrándose por el suelo en aquel baile fantasmal. Poco a poco se va haciendo perceptible un zumbido extraño y lejano que gradualmente irá creciendo en intensidad y aproximación. La pantalla vuelve a hacerse negra.

VOZ

¿Oyen Uds.?

OTRA VOZ

¿Qué es éso?

VOZ

Suena afuera.

Crece los rumores ininteligibles, mientras el zumbido se hace más violento y más cercano. La orquesta deja de tocar. Se escuchan gritos de alarma.

VOZ

¡Ya están ahí!

OTRA VOZ

¡Cierren pronto las ventanas !

El zumbido es ahora intensísimo.

VOZ

¡Socorro !

OTRA VOZ

¡Están atrancadas ! ¡No se pueden cerrar!

VOZ

(en un aullido)

¡¡Ayy....!!

OTRA VOZ

¡Sálvese quien pueda ! En un instante habrá millones en el salón.

VOZ

(aullando)

¡Ayyyy!

Llega al apogeo el estrépito, los ayes de las mujeres, los aullidos, las voces de socorro. El zumbido es ensordecedor.

VOZ

Raúl, ayúdame. Sostenla en tus brazos. Tiene las dos piernas serradas.

- 156 Se oye el ruido producido por sierras muy finas ensañándose sobre cuerdas de instrumentos de orquesta que estallan como choetes. El zumbido metálico termina por ahogar todas las voces. Son miles de sierras de todas clases y tamaños serrando diferentes objetos. Fugazmente, como relámpago, irán apareciendo en la pantalla en plena acción, pero sin que podamos distinguir donde aplican sus dientes: sierras gigantes mecánicas de banda y de disco sobre madera, sierras pequeñas sobre metal, sierras de cirujano sobre cráneos, sierras grandes y pequeñas de carpintero. Imágenes relampagueantes, en alguna de las cuales, moviéndose y mordiendo como gigantes insectos, veremos hasta cien sierras en acción.

- 157 Raúl se agita angustiosamente, su frente está perlada de sudor. Abre sus ojos de miradas vacías. Sólo un rictus de espanto en su boca entreabierta.

- 158 En la salita el silencio y una gran quietud.

Francisco de Avila se incorpora torpemente y se dirige al secretaire. Lo abre. La cajita de ébano está al alcance de su mano. La toma y levanta la tapa. Está vacía. Con un sollozo de rabia la arroja fuera de la salita, sobre el montón de basuras que hay en el salón.

- 159 Leticia, sentada en el suelo, con la cabeza reclinada sobre su brazo apoyado en un diván, los ojos cerrados, sus mandíbulas moviéndose levemente como si saborease algo, está junto a Nobile, que parece profundamente dormido. Nos vamos acercando gradualmente al rostro de ella, mientras una solemne campanada de torre de catedral resuena en la estancia y a poco otra, más profunda, y en seguida una tercera, más aguda. Es un toque funeral que, monótonamente, se irá repitiendo durante toda la escena que sigue.

La pantalla se oscurece hasta el negro total.

Sobre las campanadas crece un rumor sordo, como el que harían cientos de pies al marchar sobre la tierra, se oyen sollozos y oraciones murmuradas.

VOZ DE LETICIA

¡Qué muchedumbre !

VOZ DE NOBILE

¡Murió en pecado mortal !

El gentío ha debido detenerse frente al atrio de la catedral, pues las campanadas suenan ahora ensordecedoramente. Se eleva un responso en canto gregoriano entonado por voces graves, al que responde una voz profunda y agria:

VOZ PROFUNDA

Libera me Domine de morte
aeterna Cum de coeli modeli
sunt de terrae.

Continúa Esc. 160.

RITA

No seas así. Es tu ángel de la guarda. ¡Aupa, a dormir!

Se oye el crujir del lecho.

RITA

Espera: te pondré bien la almohada.

Se oyen los manotazos que ahuecan la almohada.

NIÑO

Buenas noches, mamá.

RITA

Buenas noches, hijito.

El rostro de Rita sonríe ahora dulcemente, maternalmente.

CORTE BRUSCO A:

161 EXT. CALLE PROVIDENCIA. ATARDECER.

Sobre la verja de entrada al jardín, flota azotada por la brisa vespertina una bandera amarilla, como la que suelen ondear los barcos puestos en cuarentena.

Los transeúntes son escasos y el tráfico casi nulo. Hay dos ambulancias de la Cruz Roja estacionadas a una cuadra de distancia. Algunos gendarmes aburridos y diez o doce viandantes han substituído a la multitud que vimos días antes.

Por la acera, frente a la mansión, avanzan dos hombres que se detienen para encender un cigarrillo. Reconocemos en ellos al cocinero y al marmitón de los Nobile.

PABLO

(mirando al jardín)

Nada. Igual que hace días. Solo que ahora la casa está en cuarentena.

Señala la bandera.

MARMITON

¡Como si fuera una epidemia! Más les valía...

Continúa Esc. 161.

Acaban de llegar dos mujeres que se detienen junto a los que hablan. Se trata de las dos criadas que consiguieron escaparse a tiempo de la encerrona.

MENI

¡Pablo !

PABLO

¡Caramba! ¿Qué viento las trae por aquí?

CAMILA

El mismo que a Uds. A ver si hay alguna noticia.

MARMITON

Como no sea la de que han reven-
tado todos.

MENI

¿Usted lo cree?

MARMITON

Dicen que a veces llegan hasta la
calle aires corruptos.

CAMILA

(señala la verja)

¡Miren !

- 162 Se ha armado un revuelo. Acaba de desembocar a la calle, viniendo del jardín, el oso amaestrado. Un policía ha sacado la pistola y sus compañeros, alejándose del animal, empiezan a empuñar las suyas. Más, por la esquina, ha aparecido un hombre que al darse cuenta de lo que ocurre, se lanza corriendo hacia los policías.

LUCAS

¡No lo maten !

Se trata de Lucas, el primer criado que vimos huir de la casa. Sin temor se acerca al animal y le acaricia el cuello. El oso se deja hacer como si fuera un falderillo.

LUCAS

Es de un compadre mío. Yo lo
traje a la casa a petición de la
señora, la noche aquella.

(MAS)

Continúa Esc. 162.

LUCAS (CONT.)

(a los policías)

Tóquenlo Uds. también. Verán
cómo no hace nada.

Así lo hace uno de los policías y, en seguida, otro. Se forma un grupo alborozado alrededor del animal.

PABLO

(desde la acera de enfrente)

¡Lucas!

Este vuelve la cabeza y una sonrisa de alegría se dibuja en su cara. Se precipita hacia sus compañeros. Lo vemos desde lejos darles la mano. Se dan empujoncitos cariñosos.

CORTE A:

163 En la esquina, mirando hacia el grupo de los cinco servidores de Nobile, vemos la pareja que faltaba: los dos camareros.

CAMARERO I

(asombrado)

¿Les dijiste tú que veníamos?

CAMARERO II

¿Yo? Ni una palabra.

CAMARERO I

Entonces, ¿qué hacen todos reu-
nidos aquí?

CAMARERO II

Yo que sé.

CAMARERO I

Vamos a enterarnos. A lo mejor
hay alguna novedad.

Los dejamos alejarse hasta que se unen al grupo de los otros criados. Mientras se saludan muy sorprendidos todos de aquel inopinado encuentro, cuyo diálogo no podemos oír por la distancia, pasamos al interior de la mansión.

Ya se ha puesto el sol y las penumbras comienzan a invadir la calle.

CORTE A:

164 INT. SALITA. NOCHE.

Todas sus luces están encendidas. Una mano se posa en el hombro de Leandro que levanta su vista y ve a Raúl hacerle una seña con la cabeza, indicándole que lo siga. Cristian y Francisco están junto a aquel. Los cuatro se dirigen a un rincón y en voz muy baja comienzan a discutir algo. Raúl hace gestos enérgicos a los que asienten los otros.

La atención de los demás está pendiente del conciliábulo, dominados por una extraña tensión.

- 165 Blanca y Silvia acaban de acomodar en su diván de enferma a Leonora, ahuecando el cojín en que apoya su cabeza y cubriéndole las piernas con una funda sucia y arrugada. Están muy cerca del grupo de "conspiradores".

BLANCA

(en voz baja)

¿Lo ha oído? Raúl ha dicho que muerto él, esto termina.

SILVIA

(con expresión de harpía)

Muerta la araña la tela se deshace.

LEONORA

(con un quejido)

Si tuviera dignidad... sabría lo que debe hacer.

Miran hacia el estrado del piano cuyo grueso cortinón de terciopelo aparece corrido como la cortina de un teatro.

BLANCA

Se ha escondido con Leticia.

- 166 El Doctor se acerca a ellas y les dice con voz imperiosa:

DOCTOR

Les ordeno que se callen. Es lo más decente que pueden hacer.

Y luego agrega en voz más alta dirigiéndose a los del grupo:

DOCTOR

Hablen en voz alta, señores, que todos sepamos lo que traman.

Raúl, con frialdad, avanza hacia el estrado.

RAUL

Queremos de una vez terminar con él.

DOCTOR

¿Terminar con él? ¿Han perdido el juicio? Eso es insensato... completamente irracional.

FRANCISCO AVILA

No queremos razones. ¡Queremos salir de aquí!

A un gesto de Raúl los cuatro hombres se disponen a subir por la fuerza si es preciso hasta el estrado del piano tras cuyas cortinas debe de estar Nobile. Pero ya el Coronel y el Doctor se han anticipado y cierran el paso a los atacantes.

CORONEL

Si buscan pelea la van a encontrar.

LEANDRO

¡Apártese, Coronel! Nada queremos con Ud. ni con el Doctor.

Se levanta un rumor entre los "náufragos" que, de un modo histérico, azuzan a los agresores.

CRISTIAN

La necesidad excusa nuestra acción.

167 El Doctor descorre de un golpe la cortina. Nobile aparece con la cabeza baja, las manos juntas sobre su regazo, como si estuvieran atadas; su actitud en suma, evoca al mártir. Por el contrario, Leticia mira llena de ira a los atacantes, erguida, fiera, con aire de auténtica Walkiria.

168 Leonora se incorpora en su sillón de enferma.

LEONORA
¡Mátalo, mátalo!

JUANA AVILA
¡Más vale tarde que nunca. ¡Ca-
nalla!

RAUL
¡Fuera! ¡Déjennos pasar!

DOCTOR
¡Oiganme antes, locos!

169 Ana Maynar grita, como enloquecida:

ANA MAYNAR
(por el doctor)
Mátalo a él también. Por algo
se opone.

DOCTOR
Dénse cuenta antes de las terri-
bles consecuencias de lo que van
a hacer. Este vil atentado no
será el único. Supone la desapa-
rición de la dignidad humana, el
convertirse en bestias...

Raúl le corta la palabra.

RAUL
Apártese doctor o no respondo de
lo que pueda sucederle.

LEANDRO
Basta de discursos. ¡A por él!

Se lanzan a las escalerillas. El Coronel derriba a Leandro de un
puñetazo. El Doctor, llevando la peor parte, trata de detener a
Raúl. Cristian se abalanza a la panoplia. Toma una de las dagas.

CRISTIAN
¡Ahora veremos!

- 170 Francisco, a su vez, empuña la otra y se lanza decidido a hacer uso de ella. Pero Nobile, extendiendo una mano para calmar a los combatientes, dice:

NOBILE

No es necesaria la violencia.

Todos dejan de luchar y hay un momento de expectación.

NOBILE

Sé lo que debo hacer.

Su actitud es tan serena, tan decidida, que momentáneamente calma los ímpetus de los que iban a atacarle. En medio de la mayor expectación se abre paso dirigiéndose a un bargueño que hay en el lado opuesto al armario. Sus movimientos son precisos, tranquilos. Comienza a buscar algo en los cajoncitos del mueble.

Los atacantes comprenden su intención y se van sentando unos y otros quedan de pie, inmóviles, sin perder de vista al anfitrión.

- 171 Nobile toma un objeto que no podemos distinguir de uno de los cajones y se lo echa al bolsillo, encaminándose después al armario, a su sección izquierda, en donde, seguramente, piensa consumar su sacrificio y antes de entrar se vuelve para mirar por última vez a Leticia.

- 172 De pronto se oye una exclamación de ésta y, en seguida, sus palabras.

LETICIA

Un momento, Edmundo, no te muevas.

El aludido, asombrado, se detiene y mira a Leticia que es ahora el blanco de todas las miradas. ¿Por qué ese "casi grito" ha producido tan gran impresión en los "náufragos"? Nadie sabría decirlo, pero todos tienen la intuición, el sentimiento de que algo extraordinario va a suceder.

- 173 El Doctor, más asombrado que los demás, se acerca a Leticia, cuya cara marca un profundo estupor.

Continúa Esc. 173.

DOCTOR

¿Qué le ocurre, Leticia?

Esta no le responde. Vuelve a pasear su mirada por los presentes. Frunce el ceño. Parece recordar algo. Poco a poco su expresión se anima, presa de una inspiración súbita. Está casi temblando:

LETICIA

(con voz opaca, emocionada)

No lo sé... Mejor dicho, sí...

¡Es tan... extraordinario!

No se oye en la salita ni una voz, ni una respiración.

LETICIA

¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

No sé: he perdido la cuenta.

Pero imagínense los cambios de lugar de cada uno de nosotros durante... durante esa horrible eternidad. Piensen en las mil combinaciones de piezas de ajedrez que hemos sido. Incluso los muebles: los hemos cambiado cien veces de sitio y...

Se detiene. Su voz suena ahora con una convicción, con un poder absoluto. Todos hasta los que han llegado al más alto grado de indiferencia y abyección están pendientes de sus labios. Continúa, subrayando sus palabras:

LETICIA

Pues bien: en este momento estamos todos - personas y muebles - en la posición y lugar exactos en que nos encontrábamos aquella noche. ¿O es otra alucinación? Dígame, Alvaro. Díganmelo todos.

174 Roc, que estaba recostado en el canapé, se incorpora y mira medio atontado a su mujer que está junto a él. Alicia vuelve su cabeza a ambos lados, mirando la colocación de los otros. Luego clava los ojos en Roc.

SR. ROC

(balbuceando)

¿Quién... quién se acuerda?

26

ESC.CONT.

ALICIA

Si: en este canapé estábamos y yo tenía una mano tuya entre las mías.

Le toma la mano derecha.

- 175 Cristian Ugalde, asombrado, mide con la vista la colocación de los otros. Luego hace un esfuerzo para recordar.

CRISTIAN

Realmente, es increíble... En efecto: yo estaba aquí y a mi lado, tú. ¿verdad, Rita? Y a mi izquierda...

SILVIA

¡Yo! Lo mismo que ahora.

- 176 Blanca se acaba de sentar al taburete del piano, da media vuelta y mira casi con terror el instrumento. Se oye un rumor de exclamaciones y voces sueltas.

- 177 El Coronel, que no había bajado del estrado desde que comenzó la pelea por Nobile y que ahora apoya su brazo derecho en el plano, retira éste como si aquel quemase. En efecto: en esa posición estaba la noche del concierto.

- 178 Raúl y Leandro se miran entre sí, tratando de recordar.

RAUL

(malhumorado)

Está bien... pero, ¿qué puede importarnos todo eso?

Leticia, sin responderle, se dirige a Blanca.

LETICIA

(febril, con fiebre creadora)

Blanca: usted estaba tocando... ¿Recuerda lo que era?

Continúa Esc. 178.

BLANCA

Perfectamente: lo último que to-
qué fué una sonata de Scarlatti.

LETICIA

¡Pues vuelva a tocarla: en segui-
da! El último tiempo nada más.

Blanca, desconcertada, no se decide a ejecutar la orden.

LETICIA

¿No me ha oído? ¡Toque Ud. !
¡Tóquela !

Es tan imperativo su acento, tan apremiante, que la pianista, impre-
sionada, se dispone a obedecer. Se nota que Leticia está obrando
a impulsos de una inspiración, de una intuición radiante, como si
temiese que un pequeño obstáculo fuese a destruir su ímpetu salva-
dor.

179 Juana de Avila, toma a su hermano del brazo y lo obliga a levanta-
tarse.

JUANA AVILA

Tú estabas de pie, detrás de mí.

El la mira con gesto de temor y al obedecerla, se ve que acepta la
afirmación de Juana.

En ese momento comienza a sonar el piano interpretando la sonata
de Scarlatti.

Ahora descubrimos la totalidad de la salita. En efecto: a no ser
por la abyección de los invitados, a no ser por su miserable aspec-
to de mendigos, a no ser por su demacración, sus miradas alucina-
das y macilentas, las espaldas curvadas, los gestos inseguros, por
lo hirsuto de barbas y cabelleras femeninas, se diría que estamos en
aquella noche de pecheras blancas, de trajes deliciosos, de omodales
exquisitos, de miradas amables, de sonrisas convencionales...

180 Blanca sigue interpretando los compases finales de la sonata cuya
mecánica insegura y emoción superficial contrastan con la brillante
interpretación de la otra vez.

Por fin suenan las notas finales y la pianista deja caer sus manos sobre las rodillas y la cabeza sobre el pecho.

Leticia que sigue siendo presa de la misma extraña excitación, con la misma luz creadora de su mirada, pregunta dirigiéndose a todos:

LETICIA

¿Quién empezó a hablar? Hagan
un esfuerzo de memoria. ¡Re-
cuérdenlo!

Un momento de silencio. Silvia, casi como una sonámbula, se levanta y en medio de la expectación general, se acerca a la pianista y tras dudar un instante, exclama con voz opaca, casi ahogada por un sollozo:

SILVIA

¡Qué interpretación admi ...
deliciosa !

LETICIA

¡ Responda Ud., Blanca ! ¿Qué
le hubiera usted respondido?

BLANCA

Si... Scarlatti...

Se acerca a Nobile.

NOBILE

(como bajo un recuerdo hipnótico)

¡Qué lástima... no tenemos...
no disponer de un clavecín...
qué audición hubie... hubie-
ra sido perfecta!

CORTE A:

- 181 Raúl, por fin, ha presenciado el milagro, lo que le hace entrar de lleno en el juego, porque ve en él su salvación, Sin que nadie se lo mande, avanza unos pasos hasta llegar junto a Blanca.

RAUL

(emocionado)

¡Delicioso, Blanca! Más
Scarlatti, por favor.

Blanca mira angustiada a Leticia, sin saber qué responder.

Continúa Esc. 181.

LETICIA

¿No le parece que es ya muy tarde, Blanca, para seguir tocando? Son las tres de la madrugada.

Blanca asiente con la cabeza, agradecida a la ayuda que le acaba de prestar su amiga.

BLANCA

(sollozando)

Les ruego que... que me disculpen. Es muy tarde... estoy fatigada.

Ha llegado el momento del diálogo que esperaba Leticia. Ahora interviene de un modo comminatorio, apremiante:

LETICIA

Efectivamente es ya muy tarde. Todos estamos cansados y deseamos retirarnos. ¿Verdad, señores?

Se oye un clamor desesperado. Muchos lanzan un "Si...." en un grito repetido. Varias mujeres sollozan.

LETICIA

Pues... ¡vámonos! Salgamos todos. ¡Pronto! ¡Sígueme!

Sin esperar a nadie, se dirige a la gran puerta de cristales. El momento lo subraya una angustia general, casi insostenible. Pero ya las lágrimas de la alegría comienzan a nublar casi todos los ojos.

Leticia, sin vacilar un instante, CRUZA VICTORIOSAMENTE EL UMBRAL.

Momentáneamente paralizados por el estupor, la reacción de los invitados es fulminante. Lanzando gritos de alegría se precipitan en tropel confuso hacia la puerta y unos segundos más tarde, la salita queda completamente vacía.

CORTE A:

182 INT. SALON. NOCHE.

Todos han pasado sobre el montón miserable de detritus y se han

esparcido por el salón. Ugalde estrecha entre sus brazos a Rita, el Coronel a Lucía, Silvia, llevando de la mano a Blanca, camina hacia la puerta del comedor, Raúl y sus amigos ríen y se estrechan las manos o se abrazan. Ya no hay rencores ni odios. Sólo la alegría de ser libres. Nobile estrecha en sus brazos a Leticia, se besan apasionadamente.

- 183 El Dr. Conde y el Coronel se precipitan al balcón y lo abren de par en par. Salen al exterior y aspiran con fruición el aire frío. Segundos después los demás acuden en tropel a reunirse con ellos. Al fondo de la avenida de árboles se ve la verja y algunas siluetas que caminan por la acera. Todos los naufragos a una comienzan a gritar con alegría vesánica. Vemos las siluetas que se detienen sorprendidas, hacen gestos con los brazos a alguien que no se distingue. Inmediatamente se forma un grupo de quince o veinte personas en el umbral de la verja.

184 EXT. JARDIN. NOCHE.

Los policías, los choferes de las ambulancias, los enfermeros y, abriéndose paso a codazos, los siete criados de la casa que, sin dudar un instante, atraviesan la verja y como locos, seguidos de los demás, se dirigen corriendo a la mansión.

FADE OUT.

FADE IN:

185 EXT. CATEDRAL. DIA.

Al fondo, el altar profusamente iluminado como una inmensa joya radiante. Está expuesto el Santísimo. Las notas solemnes del órgano acompañan las voces de los tres mil fieles presentes, que entonan un solemne Tedeum por la liberación de los cautivos de la calle de la Providencia.

Como es de liturgia, todos los asistentes, incluyendo a los oficiantes, están de pie, y éstos revestidos de blanco.

- 186 En primera fila, bien distanciados de la gran masa de fieles e igualmente de pie, vamos a algunos de los náufragos. Lucía, el Coronel, Blanca, el Sr. y la Sra. Roc, etc. Todos menos Nobile y Leticia. Los encontramos notablemente mejorados y la corrección de sus trajes y su perfecto aseo, hacen difícil reconocer en ellos a los miserables náufragos de la calle de la Providencia.

CORO

Tu ad liberandum suscepturus
hominem, etc.

Poco a poco, las voces del coro van alejándose y la imagen se desvanece.

DISOLVENCIA.

187 EXT. CATEDRAL. DIA.

Ha terminado el acto religioso. Los sacerdotes se encaminan a la sacristía y los fieles se disponen a salir del templo. Pero ocurre algo raro, en la fila más cercana a la gran puerta de salida. Un grupo se ha aglomerado junto al umbral, sin que nadie intente atravesarlo. Cuchichean entre sí, se miran indecisos, las filas de atrás que estaban haciendo presión para activar la salida, dejan de ejercer ésta, se aflojan y la presión se verifica en sentido contrario al de la salida. Se oyen voces veladas, por respeto al lugar:

VOCES AD LIB.

¿Qué pasa que no salen? ¡Empuje Ud.! ¡Esta sí que es buena!
¡Salgan ya! Etc.

Un gran estupor, mezclado de espanto, comienza a aparecer en algunos rostros, pero nadie intenta salir.

DISOLVENCIA.

188 EXT. CAMPANARIO. DIA.

El campanario con las campanas mudas, inmóviles. Llega de la plaza un gran clamor de multitud, como en días de motín o levantamiento popular.

189 EXT. PLAZA DE LA CATEDRAL, DIA.

Del gran portalón de la catedral sobresale, clavada entre las ojivas del frontón, la bandera amarilla de la cuarentena. Aumenta el indescriptible rumor de cientos de personas. Se oyen disparos sueltos, seguidos de un gran silencio, roto únicamente por el ruido de cientos de pies que corren sobre la enlosada plaza. Más disparos. Ayes. Interjecciones. Voces de mando.

Grupos de gente que huyen perseguidos por cargas policíacas.

Algún herido postrado en el suelo.

Por una esquina de la plaza aparece un rebaño de unas veinte terneras conducidas por dos hombres a caballo.

Las terneras enfilan hacia la puerta del templo. Los hombres que las conducían se han detenido a prudente distancia. El rebaño comienza a penetrar en el vestíbulo del templo.

F I N

El presente informe tiene por objeto dar cuenta de los trabajos realizados en el curso del año 1900.

Los trabajos se han dividido en tres partes: la primera, referente a los trabajos de campo; la segunda, a los trabajos de gabinete; y la tercera, a los trabajos de laboratorio. En la primera parte se han realizado los trabajos de campo en las montañas de la zona de estudio, con el fin de obtener datos sobre la flora y la fauna de la zona. En la segunda parte se han realizado los trabajos de gabinete, con el fin de clasificar y describir los materiales obtenidos en el campo. En la tercera parte se han realizado los trabajos de laboratorio, con el fin de determinar la naturaleza de los materiales obtenidos en el campo.

Después de haber realizado los trabajos de campo, se han clasificado los materiales obtenidos en el gabinete.

Los trabajos de gabinete se han dividido en dos partes: la primera, referente a la clasificación de los materiales; y la segunda, a la descripción de los mismos.

En la primera parte de los trabajos de gabinete se han clasificado los materiales en función de su naturaleza, y en la segunda parte se han descrito los mismos, dando cuenta de sus características principales.

Los trabajos de laboratorio se han dividido en dos partes: la primera, referente a la determinación de la naturaleza de los materiales; y la segunda, a la determinación de su origen. En la primera parte se han determinado la naturaleza de los materiales, y en la segunda parte se ha determinado su origen.

CONCLUSIÓN

Lulu Vines

125 Bd. du Montparnasse

Paris, VI

(3 Avril 1900)

URSULINES DISTRIBUTION

10, rue des Ursulines, PARIS 5^e - MEDicis 24-81

Paris, le 11 Mai 1965

URD/2464

Madame VINES
125, Boulevard Montparnasse
P A R I S

Madame,

Nous tenons à vous remercier bien sincèrement de votre complaisance à nous confier le script de L'ANGE EXTERMINATEUR, ce qui nous a permis d'en copier le dialogue en espagnol demandé par les belges, qui viennent d'acheter ce film.

Nous vous retournons ce script, en nous excusant de l'avoir gardé un peu longtemps.

En vous renouvelant nos remerciements, veuillez agréer, Madame, l'assurance de nos sentiments distingués.

✓ R Peillon

Madame PEILLON

P.J.

